

Forum.com

Papeles de formación continua

**¡ADVIENTO: TIEMPO DE DIOS
Y CAMINO DE ALEGRÍA!**



Índice

Editorial 3

Retiro 5

Formación 11

Comunicación 27

Pastoral Juvenil 31

La Solana 39

El Anaquel 45

Bicentenario Don Bosco 65

Año de la Fe 71

Revista fundada en 2000

Segunda época

Dirige: José Luis Guzón

Ctra. Ledesma, 32-35

37.006 – Salamanca

Tfno.: 923 225 983

jlguzon@salesianos-leon.com

Colabora: Segundo Cousido

Dep. Legal: LE 1436-2002

ISSN: 1695-3681



El Adviento como camino hacia la pobreza

Con la solemnidad de Cristo Rey llegamos a la clausura del Año de la fe, que hemos vivido con intensidad, en la esperanza vivir cada una más auténtica vida cristiana. Recordamos aún la apertura de este año de gracia el 11 de octubre de 2012, cuando se cumplían los cincuenta años del inicio del Concilio Vaticano II por el beato Papa Juan XXIII.

El papa Francisco clausurará este año de la fe que ha sido pródigo en actividades para fortalecer nuestra fe. El papa Benedicto XVI se proponía en su inicio acercarse al legado del Vaticano II desde una «hermenéutica de la continuidad», es decir leer el Concilio a la luz de la tradición de la Iglesia, sin rupturas, desde la doctrina y la praxis que han sostenido nuestra historia de fe.

Ahora llegamos al final del periplo del «Año de la Fe». Es momento de balance y evaluación, ocasión única para ver en qué medida nuestra fe ha salido más robustecida y hemos conseguido que la fe de la Iglesia esté un poquito más presente en el corazón de nuestra sociedad.

Si concretamos un poco más, el legado del papa Benedicto XVI ha sido el «Credo», un credo que hay que grabar en el corazón y en la memoria y un credo que hay que operativizar en nuestra vida cotidiana.

En línea con esta operativización del «Credo», el papa Francisco está haciendo hincapié en su estilo de animación y gobierno de la Iglesia universal, como Obispo de Roma, en las «Obras de misericordia», en la preocupación por los demás, especialmente los más pobres y necesitados.

El papa Francisco nos está recordando que los pobres son un tesoro en la Iglesia, pero que hay que ir mucho más allá del asistencialismo: «La simple acogida no basta. No basta dar un sándwich si no se acompaña de la oportunidad de aprender a caminar sobre sus propios pies. La caridad que deja a los pobres tal y como están no es suficiente. La misericordia verdadera, aquella que Dios nos da y nos enseña, pide justicia, pide que el pobre encuentre su camino para dejar de serlo».

El Adviento tradicionalmente lo asociamos con la venida del Mesías, con su nacimiento en carne mortal, en medio de una gran pobreza. Nosotros sabemos que en su vida tuvo un trato cercano y preferente. Jesús «nació en la pobreza, vivió en la privación de todos los bienes y murió desnudo en una cruz» (Constituciones SDB 1875 (introducción), p. XXIV).

Bien podríamos enfocar nuestro Adviento como un acercamiento al mundo de los pobres, como una cercanía cada vez mayor. «He oído los gritos de mi pueblo». Dios llama a los pobres. ¿Nos lo creemos, respondemos y lo hacemos sentir así a los jóvenes para que ellos también respondan con generosidad a la llamada que Dios hace?

Toda esta realidad que con frecuencia nos sobrepasa ¿la convertimos en oración al Padre de los pobres que puede más que nosotros?

La *Evangelica testificatio* nos señalaba una escala preciosa en la que podemos reflejarnos fácilmente. Como en toda escala o escalera cada uno puede estar en un peldaño:

- * sensibilidad ante la pobreza,
- * compromiso,
- * trabajo,
- * comunión de bienes,
- * austeridad.

Se trata de seguir luchando y no anquilosarnos allí donde nos encontremos. Feliz Adviento.



Retiro

El “Da mihi animas”: Su contexto

Carlos Rey, sdb

Estimados todos(as):

Saludos fraternos. Este año centramos nuestra atención en la Espiritualidad de Don Bosco. Os ofrezco un material para el RETIRO COMUNITARIO.

Está pensado para un Retiro Trimestral (un día), pero puede ser fácilmente adaptado a un Retiro Mensual más corto. Es útil también para la propia meditación en días posteriores al Retiro.

Proceso y claves pedagógicas

Propongo un proceso en dos momentos, que se puede seguir o no:

- Exposición del tema: conviene que lo haga una persona, que también puede orientar el trabajo posterior.
- Trabajo personal: a partir de aquí, la secuencia está pensada para la reflexión en soledad.

I. El Blasón salesiano

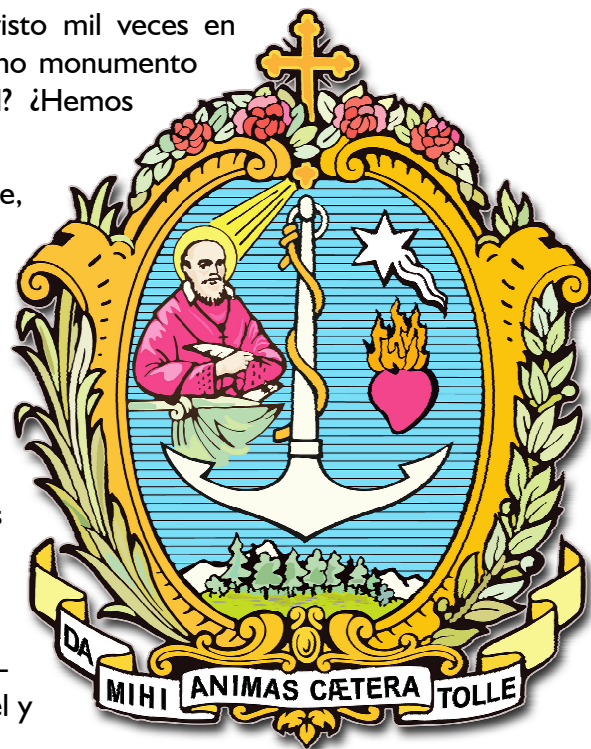
Su primer esbozo vio la luz el 12/12/1884. Aprobado con algunos retoques, fue utilizado por primera vez en una circular del 8/12/1995.

¿Quién, entre los SDB-FMA, no lo conoce? Lo hemos visto mil veces en nuestras publicaciones, casas, salones de actos e hasta como monumento público (Salamanca). Pero... ¿Hemos meditado sobre él? ¿Hemos rezado a partir de él? Es lo que propongo hoy.

El blasón no es solo un logotipo, sino un icono que contiene, a modo de compendio, lo esencial e irrenunciable del carisma salesiano. Cada uno de sus símbolos es valioso, ocupa el sitio que le corresponde, está integrando en el conjunto e interactúa con todos los otros. Nada es aleatorio en él ni daría igual que no estuviese u ocupase otro lugar. Expresa el don del Espíritu Santo a la Iglesia por medio de Don Bosco.

Puede ser explicado, pero su sentido y riqueza más hondos no se captan con la mente ni de una vez por todas; se van iluminando según el SDB-FMA crece en su identidad cristiana y salesiana. Su comprensión no depende del saber, sino de la identificación vivencial y espiritual con él. El SDB-FMA lo entiende cuando, al contemplarlo, se reconoce en él y exclama: “este icono me refleja; soy yo!”.

Por eso es importante reflexionar sobre él y orar a partir de él; por eso merece la pena dedicarle un Retiro Espiritual. Es lo que os propongo hoy.



I.1 Comprensión y dinamismo

Lo primero que llama la atención es una enorme ancla, claramente desproporcionada; por encima de ella, la cruz y, por debajo una frase, también enorme, en forma de oración: “Da mihi animas, caetera tolle”.

En el centro, varios elementos componen una escena más compleja con el ancla (fe), la estrella (esperanza) y el corazón (amor), la figura de Francisco de Sales y un bosque con un fondo de montañas.

En los laterales tres símbolos más: el laurel (derecha), la palma (izquierda) y el rosal (arriba).

Si hacemos del ancla una flecha, se ve una perfecta línea descendente que va desde la cruz a la oración del “Da mihi animas...”, pasando por el ancla, el bosque y las montañas.

Pero hay más: todos los símbolos son dinámicos, es decir, tienen y expresan vida: la cruz irradia, el corazón arde, la estrella deja rastro, Francisco de Sales recibe un rayo de luz y escribe, el “Da mihi animas...” ondea al viento, el bosque crece hasta casi ocultar las montañas y crecen también, hasta rodear por entero el blasón, la palma, el laurel y el rosal.

Todo el conjunto se presenta como un todo bello, harmónico y dinámico. ¿Qué significa?

I.2 Sentido e interacción

Los símbolos revelan mejor su riqueza cuando los asociamos a personajes, con su historia, y a la Historia de la Salvación (AT y NT). Así:

La cruz habla de Jesús, punto culminante de la Redención, obra de la Trinidad, que irradia su Luz y Vida sobre toda la humanidad.

Francisco de Sales, recibe esta Luz-Vida del Espíritu Santo (rayos) y la transmite en sus escritos.

El bosque es Don Bosco que, como el grano de mostaza, ha crecido hasta alcanzar las cumbres de la santidad y acoger bajo sus ramas a una multitud de personas.

El “Da mihi animas...” es el lema de Don Bosco, y lo es también de todo SDB-FMA. Lema en forma de oración, ¡muy importante!

La línea descendente permite ver la unión existente entre Jesús, Don Bosco y el SDB-FMA, dejando claro: 1º cuál es el eje de esta unión: la Vida Nueva que proviene de la fe (el ancla); 2º cuál es el canal por el que el SDB-FMA recibe la Luz-Vida divina: Don Bosco.

En el interior, *Francisco de Sales y Don Bosco* aparecen inseridos en la Vida Divina presente en los símbolos de la vida teologal (fe, esperanza y caridad), en los rayos (Espíritu Santo) y en la simiente ya convertida en bosque (“el Reino es como un grano de mostaza...”).

I.3 Consideraciones

Contemplando la simbología del blasón, el SDB-FMA puede considerar, reflexionar sobre diversos aspectos de su identidad y a orar desde ellos:

La grandeza de Dios

La contemplación del misterio de la Redención en Jesús y de la obra de Dios en Don Bosco y Francisco de Sales, le hace caer en la cuenta de la grandeza de Dios y de su obra salvífica: pisamos “suelo sagrado” (Ex. 3,5).

El propio límite

La misma contemplación, al hacerle consciente de que su pequeñez, le hace humilde: “Señor, no soy digno...” (Mt 8,8).

Lo mismo sucede ante la llamada de Dios a seguirle al modo de Don Bosco, pues le supera absolutamente: “Aturdido y espantado, repliqué que era un niño pobre e ignorante, incapaz...” (MO 10).

La súplica

Incapaz de todo dejar y todo darse, el SDB-FMA adopta una actitud orante, pidiendo a Dios que le transforme al modo de Don Bosco: “Señor, da mihi animas coetera tolle” (“Centra, Señor mi vida en la evangelización de los jóvenes..., y quítame todo lo demás”).

La acogida del don

Necesitado y atento a la acción de Dios, el SDB-FMA reconoce y acoge las mediaciones que Dios le ofrece: Jesús y la Palabra, Don Bosco, San Francisco de Sales...

La aceptación de la vida como es

Consciente de que su camino estará jalonado de rosas y espinas, acepta el día a día, pues no le faltará la asistencia del Espíritu Santo.

El nacimiento a la vida de fe

Confrontado por la vida, el SDB-FMA va dejando poco a poco sus seguridades (capacidad, medios...), centrando su vida en Dios y aprendiendo a vivir desde la fe. Por eso el ancla es tan grande: porque sólo Dios es puede ser su eje y fundamento.

Hombre Nuevo y Vida Nueva

Conforme avance en la vida de fe, irá muriendo a sí mismo y a toda sabiduría humana (palma) y creciendo a una Vida y Sabiduría nueva y perenne (laurel)¹, que Dios solo revela a los humildes (Mt 11,25). Vida y Sabiduría que impregnará su ser y su acción.

Que te resuene

Lee el texto un par de veces. Hazlo con sosiego y fijándote en el blasón. Descubre en él aspectos y matices que no habías captado antes.

Observa qué ha llamado tu atención, en qué aspectos te reconoces más y en cuáles menos.

Pregúntate por qué.

Deja que salga lo tuyo propio ante la distancia, que seguramente habrá, entre la vida salesiana y lo que expresa el blasón. Pero no lo hagas desde la razón, sino desde el corazón. Deja que el corazón exprese lo que siente.

Obs.: Si en cualquier momento del proceso te sale rezar, deja todo lo que te indico y prioriza la relación con Dios, Padre o Hijo.

2. La Palabra – conecta y confirma

En aquel tiempo, tomando Jesús la palabra, dijo: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar (Mt 11,25-27).

La predicación de la cruz es una locura para los que se pierden; mas para los que se salvan -para nosotros- es fuerza de Dios. Porque dice la Escritura: Destruiré la sabiduría de los sabios, e inutilizaré la inteligencia de los inteligentes. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el docto? ¿Dónde el intelectual de este mundo? ¿Acaso no entonteció Dios la sabiduría del mundo? Así, mientras los judíos piden signos y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, locura para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la locura divina es más sabia que los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que los hombres (1 Cor 1,18-20.22-25).

¹ La hoja de laurel es perenne. Una vez arrancada permanece verde y tarde mucho en marchitarse. Ha representado la grandeza, el poder y la sabiduría.

Que te resuene

Ya conoces este texto. No importa. Léelo con calma un par de veces.

Toma conciencia de la riqueza de la vida salesiana que expresa el blasón, aunque la realidad que vivas sea diferente.

Vuelve a los símbolos que más te han afectado. Deja que te resuenen.

Observa qué tienen que contigo, con algo tuyo importante, vital.

Obs.: Si en cualquier momento del proceso te sale rezar, deja todo lo que te indico y prioriza la relación con Dios, Padre o Hijo.

3. Reflexiona

¿Ves conexiones entre los símbolos del blasón y los textos bíblicos? ¿Los hay entre todos ellos y tu vida salesiana?

Haz un sencillo ejercicio: cuelga de cada símbolo algo de tu vida salesiana, sea positivo o no, agradable o no. Ej: en las “rosas y espinas”, tu gozo y tu dolor; en el “corazón ardiente” tu afectividad; en el “Da mihi animas...” tu cansancio o desánimo...

Escribe algo, lo que te salga; mucho o poco, no importa.

4. Oración personal

Si has trabajado los textos, tienes material suficiente para tu oración.

4.1 Punto de partida

No es el saber ni las ideas, sino lo que te llamado la atención, lo que te ha resonado. Aquello tuyo que has visto en el blasón y en la Palabra.

Desde tu reflexión, conecta con Dios, Padre o Hijo. Observa cómo te sientes en tu vida salesiana: si te sale satisfacción, paz, dolor, lágrimas... Al dejar que te salga estando en tu presencia, ya estás en “relación con Dios”. Porque de “relación afectiva” con Él se trata.

4.2 Tiempo

Media hora, al menos.

4.3 Desarrollo

4.3.1 Ponte en presencia de Dios. Modos posibles

- *Dirígele una frase breve:* “Señor Jesús”, “Creo en Ti” o simplemente, una mirada espiritual.
- *Considera su presencia en todo tiempo y lugar:* “Si subo al cielo allí estás, si bajo a los infiernos, allí te encuentras” (Sal 138,28).

- *Observa cómo nos da vida:* “En Dios vivimos, nos movemos y somos” (Hch. 17,28).
- *Considera cómo te mira:* “Vedle detrás de la pared, mirando a través de las ventanas y de las celosías” (Cant. 2,9).
- *Imagina que Jesús está junto a ti, te ve y te observa.*
- *No pretendas sentir su presencia.* Basta percibir, en la fe, que estás ante Él.

4.3.2 Resonancias

Vuelve a lo que has leído, reflexionado, escrito. Retoma lo que te ha llamado la atención, afectado, iluminado...

Deja que te resuene de nuevo, sin pensar, sin buscar su utilidad. Permanece en ello mientras dure.

4.3.3 Relación afectiva

Ábrete a la relación personal con el Señor. Hazlo a través de uno o varios de los sentimientos propios de una “relación afectiva”:

- *Acoge los dones de Dios:* haber caído en la cuenta de..., una nueva luz, haber integrado aquel hecho, tu conciencia de la acción divina en ti, tu conmoción, consolación interior, paz, deseo de Dios, voluntad de cambio..., tu necesidad de ayuda...
- *Agradece a Dios por sus obras en ti:* aquel periodo, hecho o persona, tu gozo o dolor, el sentido de esto o aquello, la pérdida que te purificó, tu paz interior, la fe que te sustenta...
- *Alaba a Dios por cómo es:* paciente, misericordioso, fiel, justo, amoroso, poderoso, cercano, presente, actuante...
- *Entrégale lo que eres:* lo mejor, lo ambiguo y lo peor de ti, tus triunfos y fracasos, lo que no consigues vencer, lo que te supera... tu pecado.
- *Pide lo que necesites:* “muéstrate Señor”; “perdóname”; “ayúdame a integrar”; “enséñame a amar”; “hazme ver el sentido”; “susténtame, cámbiame por dentro”; haz tú lo que yo no puedo”; “Señor que vea”...
- *Confía y descansa:* “en ti confío Señor”; “a ti me entrego”; “creo Señor, pero aumenta mi fe”; “mi Señor y mi Dios”; “me basta tu palabra”...

4.3.4 Refléjate

En una postura: a los pies de Jesús (pecadora), de rodillas (padre del niño epiléptico), sentado a su escucha (María hermana de Marta), a camino (discípulos enviados)...

En un personaje bíblico: Pedro, Tomás, María hermana de Marta, Nicodemo, Samaritana, el fariseo, el publicano, el ciego del camino...

Formación

Dios para gozar²

Santiago Fidel Ordóñez, ocsso

En el umbral de esta conferencia y antes de que san Bernardo levante la mano a propósito del título (*Dios para gozar*), vamos a decirle que tiene razón: *el motivo de amar a Dios es Dios mismo*. Si lo amáramos porque nos hace felices, de hecho estaríamos amando nuestra felicidad y Él quedaría convertido en un instrumento para alcanzarla. El anhelo de felicidad, por el contrario, es estímulo y camino para descubrirlo a Él: *Dios, gozo supremo de nuestra vida*.

Resistencias a la hora de asumir el presente tema: Espontánea, por no decir visceral, sería la reacción de pensármelo muy bien antes de aceptar la invitación. Sencillamente, por lo que impone (considero que estas Semanas tienen un nivel muy laudable y su bien ganado prestigio); por lo que implica (hay que tratar de dar la talla, ciertamente) y por el público destinatario... ¡que sois vosotros! Mas, mira por dónde, mis resistencias han caído esta vez por sí solas.

Efectivamente:

- Cómo decir que no -en el Año de la Fe- a un tema que nos toca tan de lleno como creyentes y seguidores del Señor Jesús: *Dios para gozar, Dios gozo supremo de nuestra vida*.

² Pronunciada en la XLII Semana nacional de vida religiosa. Publicada en *La búsqueda de Dios. Alegría de la fe en la Vida Consagrada*. Publicaciones Claretianas, 2013.

- Y cómo no “ayudar” a quienes tanto nos ayudan a los Religiosos desde el ámbito de la revista *Vida Religiosa* y desde este esclarecido Instituto Teológico homónimo, claretiano

Cabe preguntarse cuál es mi público destinatario invisible: Como nos decían en Retórica, es ese que nos está repercutiendo desde dentro y que no siempre coincide con el visible: Se advierte, no tanto por lo que expresamos verbalmente, sino por el tono, los matices, la acogida que percibimos, las reacciones que imaginamos, Lo llevamos en nuestra mente y le hablamos desde el corazón. Eso se nota, por ejemplo, en el tono polémico y encendido de algunos predicadores ante un público que, curiosamente, es la mar de sencillo y apacible.

Pensad en Jorge Mario Bergoglio, eminente y sencillo Cardenal de Buenos Aires, convertido en Papa aquella tarde del 13 de marzo de este año. El flamante obispo de Roma pidió a sus diocesanos romanos, destinatario explícito y declarado, un momento de oración para que Dios lo bendijera antes de darles él la bendición. Pero su pedido fue en verdad *Urbi et Orbi*. Todo el mundo se sintió muy suyo, destinatario invisible en la verdad y la belleza de aquel gesto. La sintonía electrizada fue, en efecto, mundial.

El destinatario

El destinatario visible ciertamente lo sois vosotros en cuanto respetable público. Pero el invisible es para mí cada uno de nosotros en cuanto “corazón inquieto” que diría Agustín de Hipona. Ese “público invisible” de corazones inquietos, que no vemos pero que palpamos, es el que nos concierne a todos los humanos.

Y tengo otro destinatario, lejano en el tiempo, pero presente en mi mente aquí en esta mañana: Es un joven de *hace unos quince años...* vinculado a notorias figuras de la política española socialista de la llamada transición política).

Simpático y “entrador”, con un si es no es de osado y confianzudo, siempre que pasaba por delante, me espetaba una especie de premonición: *¡Que me vas a evangelizar!* (En aquel entonces, dicho verbo estaba menos en boga que hoy día). Y me lo decía a mí, que no soy amigo de ir pregonando a Dios por doquier sino más bien de irlo transparentando... por aquello del apotegma: “Qué puede agregarte mi palabra si no te lo he dicho ya con mi silencio”.

Ya a punto de despedirse, retornó al interior del monasterio para recorrer con la mirada – por última vez- los lugares con los que tanto se había familiarizado. A su regreso, lo noté algo emocionado. Fue entonces cuando soltó el interrogante que llevaba dentro: *A ver, tienes que decirme por qué estás siempre alegre.*

Aquel bendito monje (que era yo) reaccionó evasivamente como devolviéndole la pelota: *¡Ah, sí? Pues me parece que no te lo voy decir, porque entonces sí que te estaré evangelizando.*

Querido joven de hace quince o diecisiete años, perdóname. Pienso que debería haberte dicho algo: al menos, una frase escueta. Tu pregunta era por qué estás siempre alegre. Mi contra-pregunta es: Y por qué no si Dios es un *Dios feliz que hace felices.*

I. Dios feliz que hace felices

Vayamos a la Liturgia, pues en ella es donde celebramos la vida en el Dios que nos hace felices.

Cuando nos dirigimos en cristiano a Dios en la oración litúrgica, solemos poner -en el vocativo que la encabeza- un adjetivo o una oración calificativa de relativo que guarde relación estrecha causal con la petición que va a ser formulada: Los adjetivos más frecuentes en las oraciones colectas de la Liturgia suelen ser: *omnipotente, sempiterno, misericordioso*. Y el *Dios de Bondad* a quien nos dirigimos, ciertamente va a poner de manifiesto su calidad y bondad de Padre porque *puede* atendernos; porque, seguro que nos atiende *misericordiosamente* al contemplar desde su *Corazón* nuestra *necesidad* (“*miseri-cors*”). Nada digamos si la concluimos llevando en mano la tarjeta eficaz (“Por nuestro Señor Jesucristo”) y nos mueve bien adentro la confianza y el impulso orante del Espíritu. Ahí sí que nos estaremos metiendo de lleno, audaz y felizmente, en el ámbito trinitario. Y ¡quién no sale de él afortunado...! Si la confianza ha estado en su punto, el afortunado es el orante mismo aun cuando no haya tenido la “fortuna” inmediata de su petición. Él ha salido más semejante a Dios, más bueno y más misericordioso. ¡Más en paz y más... feliz!

Mas, ¡qué curioso!, en el vocativo de las oraciones colectas de la Liturgia, no utilizamos el adjetivo *feliz, dichoso...* Lo damos por descontado. Todos deseamos la felicidad, seres limitados que somos. El bien nos produce dicha, y al Sumo Bien lo pensamos sumamente dichoso: Dios Feliz por antonomasia. Y, si acudimos a ÉL, es precisamente porque nos aporta felicidad, nos hace más felices, más concordantes con nosotros mismos, mejores, en suma.

Cuando hablamos del Dios Feliz hablamos del Ser Supremo, del Sumo Bien y de la Belleza Suprema. Lo contemplamos en Sí mismo.

Cuando hablamos del Dios de bondad, de misericordia, de todo bien, lo contemplamos desde su relación con nosotros: que nos colma de bienes que nos hace más felices. De ahí que estemos más habituados a lo segundo. Ya es una estupenda consecuencia, si se da en nosotros, la que experimentara y aconsejara Teresa de Calcuta: es decir, que lo que nos acontece desde Dios acontezca igualmente desde nosotros para los demás: “Todo el que se acerque a ti salga más aliviado y como más bueno”. Digamos, como “más feliz”.

Voy a poner una oración cuyo vocativo se refiera a Dios feliz... Evoquemos la oración de la semana 20 del T.O. y pongamos como cometido la alegría del encuentro con Jesús que aluda a la escena “mateana” del Juicio Final. La misma oración podemos expresarla en cuatro claves que adquieren sendas resonancias en el orante.

En clave de acción de gracias: Cuando somos conscientes de lo bueno que se da en nosotros y que no procede de nosotros: ¡Gracias!

Oh, Padre felicísimo, de Dicha suprema: Gracias muy de veras porque preparas bienes inefables para los que te aman. Sigues infundiendo tu amor en nuestros corazones, para que amándote en todo y sobre todas las cosas, irradiemos alegría en nuestro alrededor: la de que cada prójimo necesitado a nuestro lado sienta al ser atendido como a tu Hijo mismo, que vive y reina contigo...

En clave de buen humor: Cuando nos reímos de nosotros mismos con amor.

Oh, Padre felicísimo, de Dicha suprema: Ya ves -¡y es de risa!- cómo, a pesar de que preparas bienes inefables para los que te aman, no acabo de amarte como quisiera en todo y sobre todas las cosas ni irradío a mi alrededor la alegría que Tú esperas. Pero porque la esperas y me sigues esperando, aquí me tienes para darte la alegría de

atender Cristo mismo en cada prójimo necesitado a mi lado.. Ciertamente lo puedo hacer en el Espíritu de tu Hijo que vive y reina contigo...

En clave de contrición: Cuando estoy hecho trizas y hecho polvo, pero acogido y salvado.

Oh Padre felicísimo, de Dicha suprema: Ya ves cómo me encuentro... A pesar de que preparas bienes inefables para los que te aman: no irradío a mí alrededor tu alegría y tu esperanza, y eso que infundes tu amor en nuestros corazones. Realmente es como para quedar aniquilado. Pero, a punto de abatirme, destrozado y hundido, alzo a Ti mis ojos, lleno de confianza porque me alzas para amarte en todo y sobre todas las cosas y comunicar a cada prójimo que encuentre a mi lado la alegría de ser atendido como Cristo mismo tu Hijo, que vive y reina contigo...

En clave de "petición": La que El nos hace. Sí, se ha fiado de nosotros, puede pedirnos lo imposible a nuestros ojos. Son esos "milagros" que nos pide tantas veces. "Milagro": Algo maravilloso que nos desborda y, sin embargo, lo tenemos que hacer.

Oh Padre felicísimo, de Dicha suprema: Ciertamente que preparas bienes inefables para los que te aman y quieres que irradiemos tu alegría en nuestro derredor. No está a mi alcance el hacerlo, lo compruebo, pero soy yo quien debe actuar... Grande es tu confianza en mí, aquí me tienes, pues, con una fe a punto de milagro. Lo haré en el nombre de tu Hijo que contigo vive y reina...

El "Dios feliz que hace felices" aparece nítido en el ámbito de la vida de oración. Allí es donde cabe una relación personal profunda y donde el anhelo de felicidad pasa por lo concreto de las situaciones de la vida. Esa vida de oración tiene su expresión más alta en la Eucaristía, "cumbre y fuente" de vida en Cristo. Nada extraño, pues, que tanto en la preparación a la misma como en los ritos de despedida tenga cabida la referencia a la alegría:

Introito ad altare Dei... El salmo 43, que rezábamos al iniciar la misa en latín de cuando éramos monaguillos ("pequeños monjes" del altar) recoge el anhelo del desterrado de acercarse al altar: *Ad Deum qui laetificat iuventutem meam*. Dios que alegra mi juventud, que me hace siempre joven, que me da fuerza y vigor. *Dios, gozo de mi vida*, traduce José Luis Alonso Schökel.

Razón, pues, tenía Nehemías, el gobernador; Esdras, el sacerdote y escriba, y los levitas que enseñaban al pueblo: "Hoy es un día *consagrado* a nuestro Dios: No hagáis duelo ni lloréis.

Y añadieron: Andad, comed buenas tajadas, bebed vino dulce y enviad porciones a quien no tiene preparado, pues es un día *consagrado a nuestro Dios*. No estéis tristes, pues *el gozo en el Señor es vuestra fortaleza*.

Que seamos fuertes es motivo de alegría para Él. La alegría nos hace fuertes, la tristeza en cambio es inhibidora.

Qué bien lo sabía Felipe Neri, que acuñó la frase en el Oratorio: "Tristeza y melancolía, fuera de la casa mía". Igualmente, un grande admirador suyo, Juan Bosco, quería que en sus Casas reinara siempre la alegría, como signo y fruto de la Gracia de Dios y, a la vez, sostenedora de la misma. El pecado, en cambio, lejos de ser signo de alegría y de vida feliz, habla de una vida

de riesgo, marcada, ya en el mismísimo placer, de un aire de tristeza interior y de flaqueza moral.

Por eso, queda recogido también en los ritos de despedida de la misa.

Luego de la bendición, el saludo final se relaciona con tres conceptos: Vida, alegría, fuerza

- *La alegría del Señor sea nuestra fuerza.*

Que la alegría del Señor os haga y mantenga fuertes. Que vuestra vida sana y fuerte sea motivo de gozo para el Señor (Lo de Nehemías).

- *Glorificad al Señor con vuestra vida.*

Que vuestra vida “manifieste” que Dios está “presente” en ella. Y esa vida sea un motivo de “gloria” para Él.

- *Llevar a todos la alegría del Señor Resucitado.*

La alegría como experiencia de la participación en el Misterio de Cristo Resucitado y como un compartir y un irradiar el gozo de la misma en los hermanos.

Si las cosas son así, “podéis ir en Paz”: Gloria del Señor, como dice Ireneo, es “el hombre en pie” (los cadáveres yacen), el hombre con vida, ¡y con qué vida!: con tal vida. Podéis ir en paz colmados de ella y colmada la celebración del acto “cumbre y fuente” de vida cristiana. Con el Dios que hace felices, nos convertimos de este modo en portadores de felicidad cristiana.

Portadores de felicidad:

Si Cristo está en nosotros, somos portadores de felicidad. De la mano de Gal 2, 20, me place hacer una distinción entre mística y misterio de modo espontáneo y sencillo:

mística (“vivo yo, mas no yo”),

misterio (“es Cristo quien vive en mí”)

Nosotros somos *místicos* porque estamos cargados de *misterio*. El Dios que nos hace felices nos ha sido revelado en Cristo y nosotros, como discípulos y seguidores suyos, estamos identificados con el Hijo encarnado que nos lo ha revelado. Si le seguimos es porque nos llama a la Vida y la tenemos en Él, pues condice de lleno con nuestra condición humana y colma nuestras aspiraciones más profundas sobrepasando nuestras coordenadas espaciotemporales. Nos trasciende. Nuestra vida es una vida “cristificada”: *mística* es nuestra vida misma en Él; *misterio* es Él mismo, que nos la hace vivir.

Y esto es así gracias a que *la vida en Cristo* del creyente está totalmente alcanzada por el Espíritu del Señor de la Gloria: de este modo, es una vida “enseñoreada” y “espiritualizada” ya que el *Espíritu del Señor* Jesús la impulsa y la justifica.

De suyo, es una vida de calidad, gozosa, dichosa, marcada por el fruto múltiple del Espíritu: donde el amor está liberado, la alegría es pascual y nada de basarse exclusivamente en “alimentos terrestres”. Además, es ágil y llevadera porque su “carga” no resulta pesada y el “yugo” es suave. Todo ello gracias al Espíritu del Resucitado que nos hace morir de verdad logrando que no tengamos nada que ver -como un auténtico cadáver- con los valores mundanos antievangélicos. Esos, sí, que resultan pesados. Estar crucificado para el mundo de

antivalores humanos es posible porque se está consagrado -por el Espíritu de Dios- a la unión profunda con el Misterio.

Una vida así nos llena de contento, en esa libertad liberada que se comprueba y nos hace verificar que es posible llegar a ser “servidores unos de otros por medio del amor”, lejos imuy lejos! de continuar siendo esclavos que se muerden y se devoran mutuamente camino de una destrucción total (Cf. Gal. 5, 13-20).

2. ¿Soy feliz?

Depende de lo que entendamos por ser feliz. En esta vida, mi no es rotundo pues únicamente Dios nos puede colmar, y, como dice el refrán, sólo un idiota dice que es feliz *del todo*.

La felicidad se reduciría probablemente a unos cuantos bienes, bien mantenidos y saboreados; o a unas pautas de conducta que llenan de paz la conciencia y hacen sentirte bien contigo mismo y con los demás; o al arte de no complicarte la vida, sino vivirla en sencillez y frugalidad (la *aurea mediocritas* de Horacio lejos de estresantes ambiciones y amigo de virgilianas horas, geórgicas o bucólicas), haciéndote querer y estimar al tiempo que procuras ser un factor positivo para hermanos y vecinos. O en ese ir llenando el vaso de cada día - dentro de su afán- con pequeñas e íntimas alegrías.

No, por nada del mundo quiero contentarme con ese tipo de felicidad. Sostengo que la alegría no hay que perderla en absoluto y hay que cultivarla de continuo pues da calidad a la vida. Por eso, hay que estar siempre contentos... y ¡ojo! *no instalados*. Estar contento en todo y con todo, llenarse de satisfacción y no decir basta. Precisamente, el saber que no te detienes y que sigues hacia la Felicidad plena hace que puedas llenar los momentos, con serenidad. No cabe el mar en el hoyo hecho en la arena de la playa (estamos evocando la anécdota agustiniana), pero todo el hoyo está repleto de agua marina. Y saber que el mar está ahí da serenidad al pozo, pues no carecerá de agua de ese ilimitado Mar.

Tengo muy claro que en el término *felicidad* pongo un contenido de una consistencia tan *divina* que nada podrá contra ella: ni el tiempo, ni las vicisitudes, ni nada imaginable. Porque el que es Feliz (¡miren que está escrito intencionalmente con mayúscula!) me hace feliz. Sí, pero *en camino* hacia la Felicidad y hasta llegar a ella. Y no descansaré hasta arribar al “descanso eterno”. Eso significará que sólo entonces todo mi ser estará aquietado pues estaré poseído por la Felicidad, en gozo definitivo y luz perpetua.

Bueno es saber que subyace en todo esto el ponderado razonamiento de San Agustín: *Todos deseamos vivir felices*. Los párrafos siguientes, recogidos por un estudioso de Agustín, nos vienen de perillas:

No puede llamarse feliz: quien no tiene lo que ama, sea lo que fuere; ni el que tiene lo que ama, si es pernicioso; ni el que no ama lo que tiene, aun cuando sea lo mejor. El primero vive en tormento, el segundo vive en engaño y el tercero no está bien (es un enfermo). Los tres son desgraciados. Y, ya se sabe, desgracia y felicidad no son coexistentes en el mismo hombre. La cuarta solución: No hay nadie que sea feliz si no disfruta, si no tiene a la mano aquello que es lo mejor, y todo el que lo disfruta es feliz; por lo tanto, si queremos vivir felices, debemos poseer lo que es mejor para nosotros”. Ecol. Chat. I, 3,4: BAC., Obras t. 4 p.264; PL 32,13124).

Debemos, pues, buscar qué es lo que hay mejor para el hombre. La perfección del hombre no puede residir en lo corporal (Ibíd., 4,6): el alma es muy superior a todos

los elementos del cuerpo: ni su placer, ni su belleza, ni su agilidad. Todo ello depende del alma, hasta su misma vida. Por tanto, si encontrásemos algo superior al alma y que la perfeccionara, eso sería el bien hasta del mismo cuerpo. Suponed que un auriga alimente, cuide y guíe a sus caballos siguiendo mis consejos, ¿no soy yo el bien de esos caballos? Luego lo que perfeccione al alma será la felicidad del hombre (Ibíd., 5,7-8).

Nadie duda que la virtud sea la perfección del alma. Ahora bien, esta virtud, o es el alma misma, o es algo fuera de ella. Decir que la virtud es el alma misma equivale a un absurdo, porque el alma imperfecta, sin virtud, encontraría su perfección en poseerse a si misma, esto es, en poseer una cosa imperfecta. Luego la virtud es algo que está fuera del alma, y si no queréis darle este nombre porque lo reserváis para los hábitos y cualidades de la misma alma, entonces me referiré a aquello que hace que la virtud sea posible (Ibíd., 6,9). "Esto que confiere al alma que la busca, la virtud y la sabiduría, o es un hombre sabio o es Dios". El hombre no lo es, porque falla aquella condición de la inadmisibilidad; "queda, pues, sólo Dios. El seguirlo está bien; el conseguirlo, no sólo bien, sino que es vivir feliz". Evidentemente me dirijo a aquellos que creen en Dios (ibid., 6,10). Bien claro nos lo dice la Sagrada Escritura: Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, con toda tu alma (Mt. 22,23). ¿Quieres más? Sí quisiera, si fuera posible. ¿Qué te dice Pablo? Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman... Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?... ¿La tribulación? ¿La angustia? ¿La persecución? ¿El hambre? ¿La desnudez? (Rm 8, 28-35). En Dios tenemos el compendio de todos los bienes. Dios es nuestro sumo bien. Ni debemos quedarnos más bajo ni buscar más arriba. Lo primero sería peligroso; lo segundo, imposible (Ibíd.).

Espigando en el Google

Quizá no parezca muy serio el acudir al Google, pero al menos nos puede dar una idea de lo que se recoge en "pensamientos.org" en el término *felicidad*. Puede ayudarnos a ver con qué se contenta la gente, a qué llama ser feliz. Para no leer todo, basta con ver los títulos de los bloques agrupadores que hemos puesto y –espigando alguno que otro- podemos hacernos idea del conjunto de los mismos.

Simplicidad:

Pasa con la felicidad como con los relojes, que los menos complicados son los que menos se estropean (Nicolás de CHAMFORT)

Validez

La felicidad es al mismo tiempo la mejor, la más noble, y la más placentera de todas las cosas (ARISTÓTELES).

Un minuto de felicidad vale más que mil años de gloria. (Jean.Baptiste Poquelin MOLIÈRE)

La mayor felicidad de la tierra, que nada nos puede quitar, consiste en unirse a Dios amándole y sirviéndole (Madre Maravillas de Jesús).

Personal:

Por qué buscáis la felicidad, ¡oh, mortales!, fuera de vosotros cuando la tenéis dentro de vosotros mismos (BOECIO).

La felicidad es algo que depende no de la posición, sino de la disposición (Jhon G. POLLARD).

La felicidad se alcanza desde el sacrificio (Juan Pablo II)

La felicidad nace como la rosa, de las espinas y los trabajos (SAAVEDRA FAJARDO).

La verdadera felicidad no viene del obtener lo que nos gusta, sino del cultivar afecto hacia lo que no nos gusta (Mahatma GANDHI).

La felicidad no se encuentra en las muchas cosas poseídas sino en el modo de gozarlas, aunque sean menos (Francisco SUÁREZ).

La felicidad no hay que buscarla, hay que construirla:

Es como la mariposa: Cuanto más la persigues más huye. Pero si vuelves la atención hacia otras cosas, ella viene y suavemente se posa en tu hombro (Víctor FRANKL)

La felicidad no se encuentra, se construye cada día (anónimo).

La felicidad no es un fin sino el medio de la vida (Paul CLAUDEL).

No le pidas a Dios que te haga feliz; pídele que te haga útil. Tu felicidad llegará sola (Maurice MITCHELL).

Es estar en armonía:

La felicidad consiste en poner de acuerdo tus pensamientos, tus palabras y tus hechos (Mahatma GANDHI).

La felicidad está en hacer lo que uno quiere, y, en la medida de lo posible, en dejar de hacer lo que no se quiere (Bernardo DEL HOYO).

La felicidad y la alegría dependen de estar en armonía consigo mismo, con los demás, con el mundo y con Dios (Martín DESCALZO).

Depende mucho de nuestros pensamientos:

No es feliz el que no cree serlo (Lucio Anneo SÉNECA).

La felicidad suprema en la vida es tener la convicción de que nos aman por lo que somos, o mejor dicho, a pesar de lo que somos (Víctor HUGO).

Para compartirla:

La felicidad llega a la propia casa haciendo dichosos a los demás (San Juan M^a VIANNEY).

Nadie puede ser feliz a solas (Raoul FOLLEREAU).

La felicidad es la alegría de los otros (Abel HERMANT).

La felicidad no es perfecta hasta que no se comparte (Jane PORTER).

Tenemos solamente la felicidad que hemos dado. (Eduardo PAOLLEROU).

No hay más que un modo de ser felices vivir para los demás (Liev Nikolayevich TOLSTOI).

La felicidad es como un beso. Debes compartirlo para disfrutarlo (Bernard MELTZER).

Amiga de la humildad:

La felicidad es como una puerta que se abre hacia adentro y para abrirla hay que dar humildemente un paso atrás (Soren KIERKEGAARD).

Asumir los acontecimientos y la realidad como vienen:

La felicidad es gratitud por el presente, gozo del pasado, y fe en el futuro (Proverbio inglés).

No pretendas que las cosas ocurran como tú quieres. Desea, más bien, que se produzcan tal como se producen y serás feliz (EPICTETO de Frigia)

La felicidad es, sin duda, aceptar valientemente la vida (H. BORDAUX).

Se la obtiene dándola:

Dar la felicidad y hacer el bien, he ahí nuestra ley, nuestra ancla de salvación, nuestro faro, nuestra razón de ser (Henri-Frédéric AMIEL).

Felicidad quiere decir encontrar la propia alegría y la alegría de los otros (Georges BERNANOS).

Hay mayor felicidad en dar que en recibir (Hch. 20, 35).

La manera de conseguir la felicidad es haciendo felices a los demás (Baden POWELL).

Concretamente:

La felicidad para mí consiste en gozar de buena salud, en dormir sin miedo y despertarme sin angustia (Françoise SAGAN).

La felicidad del hombre se encuentra en la contemplación de la verdad (Santo TOMAS DE AQUINO).

La felicidad depende de tres cosas: la voluntad, las ideas respecto a los acontecimientos en que estás envueltos y el uso que hagas de esas ideas (EPICTETO de Frigia).

¿Qué hace falta para ser feliz? Un poco de cielo azul encima de nuestras cabezas, un vientecillo tibio, la paz del espíritu. (André MAURIAC).

Somos propensos a verla en los demás y no en nosotros:

La felicidad es como el arco iris, no se ve nunca sobre la casa propia sino sobre la ajena (Proverbio alemán).

La auténtica felicidad siempre es independiente de las circunstancias externas (EPICTETO de Frigia).

No cometer el error de no serlo:

He cometido el peor pecado que un hombre puede cometer: ¡no he sido feliz! (José Luis BORGES).

Hay quien adquiere la mala costumbre de ser infeliz (George ELIOT).

Habla de la felicidad. El mundo ya es suficientemente triste sin tu dolor (Orison SWEET MARDEN).

Dimensión ascética de la alegría.

Para vivir habitados por la alegría debemos procurar, como mínimo:

- *No borrar con el codo lo que escribimos con la mano...* Es decir, no tener en los labios sublimes palabras y después actuar con toda tranquilidad como si eso no fuera verdad del todo, o si fuera media verdad. Os acordáis de la anécdota aquella. La oí cuando tenía unos quince años: “Novicio, le preguntaba dulcemente Ignacio de Loyola a un joven con escoban en mano: Por quién estás barriendo. Y el otro, muy avisado y como de memoria le suelta rápida la respuesta. AMDG, Padre Ignacio. Pues, si es así yo creo que podría poner un poquito más de esmero. La dimensión ascética de la alegría implica cuidado y atención: como para que los sentimientos no nos revelen lo contrario. ¡Ojo! Nada puede ensombrecer mi convicción proclamada de que soy hijo de Dios. ¿Qué es lo demás al lado de esto? Tenerlo en cuenta ayuda a mantener la dimensión ascética de la alegría y, desde ella avanzar con paz entre mil y una dificultades en esa confianza de hijos con el Padre.

- *Llenar nuestra espera del deseo vivo del gozo de Dios: Qué espero si no lo espero.*

Lo que escribo puede sonar a poesía, pero no puedo decirlo de otra manera, al estilo de los místicos.

El ahora del presente y el presente del final: / ¡oh, momentos! ¡bien me piden vida de alta calidad! / Preciosos, la hacen preciosa si peso y brillo le dan: / Realismo del presente, broche de oro del final, no se evaden, se refuerzan, se aquilatan más y más./ Qué momentos luminosos de lucidez especial: imponente en el postrero, por cuidar en el actual: inclusión fiel y guardiana de los latidos por dar.

Momentos de gran valía que un mañana mostrará; / ciertamente decisivos... y un día coincidirán: / final del avemaría, estreno de eternidad, / del gozo definitivo en la Dicha y en la Paz.

No soy dueño de mi tiempo, no regulo yo el tictac. / Es puro don, pura gracia para darme y para dar; / para a coger a su Dueño que -¡quién sabe!- está al llegar... / ¡Dichosos los que están listos para la fiesta nupcial...! / Si hay sensatez en la alcuza, la llama responderá.

Estoy henchido de aurora..., no importa la oscuridad: / la noche se me hace clara si aguardo el alborar / manteniendo el equilibrio de la *sobria ebriedad*. / Vivo encresto para el Padre, muero al pecado y su mal, / a merced del Santo Espíritu que bien sabe a dónde va.

Revestido de alborada –vida y culto espiritual, / templo de Dios, reino suyo ¡bienvenida eternidad! / ¡Sorpresa! ¡Todo sorpresas!: la Gracia... Gloria será. / Hora de la transición –en serena y honda paz- /de la Fe a la Visión, a como viéndome está / el Señor, Rey de la Gloria, abierta de par en par.

Momento maravilloso...! ¿Cómo no voy a vibrar? / Lo espero, cierto, lo espero: llenando el presente va / la confianza en la Presencia que me impulsa más allá... / Ella mantiene la marcha y sabe cómo llegar / –por el sendero de días- al Hoy de Dios... sin final.

El ahora será hora de la dulce eternidad.

(Poesía que hice en pascua, Roma, 24/047 2011)

Mientras tanto:

- Nada de envidia ni rivalidad (que traen consigo tristeza y hostilidad): Esquivar instintivamente y con sagacidad lo que pueda menoscabar la alegría.
- Nada de poner el corazón en cosas que van y vienen..., Darles, en cambio, el toque de luminosidad y sobriedad del propio camino a la felicidad, tan en contraste con una sociedad de consumo, de tantas necesidades creadas artificialmente y difíciles de satisfacer.
- La ascética de la alegría pide –como ámbito regulador- un horario llevado con paz:

Es bueno tener a la vista:

Un horizonte de sentido que unifique la pluralidad de vivencias en el tiempo y las convierta en savia que da vigor al árbol.

Una mirada, a larga y a corta distancia, como en los faros de los coches, que permita vivir el tiempo acogido como algo previsto en el que se van tejiendo y realizando los proyectos.

Una agenda de cuanto se tiene por delante en la jornada por iniciar: Permite la flexibilidad necesaria como para acoger lo imprevisto sin desasosiego y salir airoso en las diversas circunstancias que surjan.

Una atención a las efemérides: Las que van unidas al gozo y al afán de cada día, sin disturbar nuestra atmósfera espiritual.

Una resonancia de lo vivido en el día, que lleva a una visión retrospectiva que alimente la reflexión y enriquezca la experiencia personal. En este sentido, vivimos con paz en el tiempo y no se convierte en un entrometido alocado.

La ascética de la alegría supone tener una actitud recogida, centrada, que huya de la dispersión: No meter la nariz –como se suele decir- en todo cuanto dan los medios de

comunicación, casi sólo sensibles a lo sensacional: por tanto, y por lo común, a lo que hiere, a lo que hace ruido, a lo que golpea la vida, a historia de guerras... y desgracias. De ahí que dijera alguien que *las páginas de la historia felices son las no escritas*.

3. El Dios de Jesús de Nazaret

El Dios de nuestra felicidad: reclama una actitud apacible y feliz.

3.1 - El Dios del Padrenuestro... nos pide una confianza de niño en sus brazos paternos. Literalmente es así, Jesús es muy claro al respecto. Nos pide un abandono total en Él, actitud que tiene mucho de ascética en cuanto que debe cuidarse y ejercitarse...

La confianza filial verifica y hace posible la ausencia de todo temor, cuando este quiere golpear a nuestra sensibilidad. El padrenuestro lo podemos rezar –y de hecho lo rezamos– tantas veces, pero lo estaremos viviendo si, acunado en la cuenca paterna de las manos del Padre, duerme el niño, el niño que llevamos dentro. Se experimenta de veras un auténtico gozo y una paz inalterable, porque reina en nosotros su voluntad. Y esa es su gloria. Nos encontramos así en situación de Cielo en ámbito de fe y de esperanza. Somos reino suyo, porque se hace en nosotros su querer, que, en definitiva es que seamos felices. Y Dios es glorificado en su creatura, que se “hace” hija en una relación de “origo viventis a vivente *in similitudinem naturae*” Nos vamos *haciendo* hijos *creciendo* en la semejanza. Mientras tanto, sentimos la necesidad del pan cotidiano, la de corresponder a tanto cuanto le debemos y la de experimentar ser liberados del mal, tan expuestos como estamos a tentación. Necesidades todas a ser vividas como hijos de Dios y como ocasiones de contacto beneficioso con Él.

3.2- El Dios de las bondades de Jesús. La fe que a Jesús le gusta, la que le hizo derramar su bondad y realizar prodigios mientras pasaba haciendo el bien. Recordemos algunos momentos.

Mt 4, 13- 41: el Señor, parece ser que nos quiere *rompeolas*: Cuánta zozobra porque el mar está picado... ¡y el Señor: dormido en la popa! Si su presencia es la de estar dormido, respetemos su modo de estar, sencillamente porque *está* y es lo que interesa. Veamos qué capacidad de fe tenemos, comprobemos que somos nosotros los que deben mantener pacificada la proa, mientras Él es el Señor de los vientos y el mar...

Mt 8, 1- 4: Entremos en la lógica de la bondad: El Señor puede... ¿lo quiere? ¿Cómo no va a querer?. Por tanto, coraje en la decisión. Y actuar sin dar espacio a la duda. Entrar en el Misterio y, así. Dejarnos transformar. El cambio nos convierte en canto de alegría por el fruto de la fe.

Lc 5, 18-26: las dificultades tienen de bueno que nos hacen discurrir y ponen a prueba nuestro ingenio: La fe sorprendente agrada tanto al Señor. Desborda nuestra misma petición: “Perdonados te son tus pecados”. Y topamos con lo inaudito, que sabe a blasfemia pero resulta ser una revelación. Lo constatable a nuestros ojos corporales: la curación, el tullido que toma su camilla pone en bandeja a nuestra fe la posibilidad gozosa de palpar lo divino, de augurar qué salvación comporta el Señor, que “quiere” y “puede”. Nos limpia integralmente, como hará el bautismo, porque nos sumerge en la acción sanadora y salvadora de Dios. “Para eso ha venido” A llamarnos con silbido de buen Pastor, a llamarnos por nuestro nombre, ya que no se le escapa detalle alguno de nuestra vida de pecadores llamados a la salvación.

Jn 5, 1-14: ¡Aunque sea sábado! Tanto tiempo esperando a tener la suerte de llegar a tiempo al agua sanadora ¡y ni por esas! Pero aparece él, que tiene una mirada atenta y un corazón dispuesto. ¡Bendita la salud y fuera la camilla! Dios no descansa, actúa como Padre y nos lo revela en el desconocido a la orilla de la piscina.

Lc 22, 31-32: Hablamos de fe, y es inevitable reconocer que podemos ser cedros del Líbano caídos. La fragilidad de la arcilla nos debe hacernos pensar en el tesoro que tenemos entre manos: el don de Dios: Ya sea el de la Palabra de Dios, ya sea el del carisma específico... en el fondo es el de la Fe entregada, que pide respuesta responsable. La oración viva y existencial desde el fondo de nuestra fragilidad. Cabe recordar el ardiente interrogante de Paul Claudel: “Vosotros que tenéis la Luz ¿qué hacéis con ella?” O las ardientes palabras exclamativas de un famoso convertido: “¿Cómo he podido tardar tanto en descubrir el gozo de la Fe?” Los que somos quizá cedro del Líbano para alguien tenemos un motivo de gran importancia para pedir al Señor que nos mantenga erguidos y firmes.

Lc 8, 43-48: Como la hemorroísa en lo secreto, también precisamos llegar hasta el manto de Jesús para sentir en lo profundo su virtud curativa. Un contacto que nos llene en lo más íntimo y nos convierta en pregoneros silenciosos pero patentes. Que expresen: “Que bueno es el Señor, que bueno ha estado con nosotros”. Un clamor jubiloso convincente por la propia sanación será la propia condición transformada: “Te lo diré mi ser desde lo íntimo”.

4. Dios, nuestra canción y nuestra fiesta:

Nuestra vida se hace liturgia, cuando la saboreamos en un puro agradecer, en un ocioso contemplar disfrutando la acción de Dios en nosotros, en un estar amándole porque sí, porque su presencia lo llena todo y mantiene nuestra sensibilidad despierta, vibrando de esperanza y llenando la espera.

Mientras tanto Dios se trasparenta en una vida habitada por Él.

La transparencia de Dios es la comunicación inocente de algo vivido intensamente: nos da un aire de “infancia espiritual” que busca simplicidad al estilo de Francisco de Asís: hacía simples las cosas grandes, y rodeaba de un halo de grandeza las cosas pequeñas: saboreadas desde la bondad que revela en sus creaturas el Padre que está en los Cielos.

Transparencia: que desde la experta candidez (que no es ingenuidad), pasa por una astuta vigilancia manteniendo puro el corazón sin contaminarse de ambiente mundano, antievangélico.

Transparencia: que es fruto de la unión con el Dios Simplicísimo: “Tengo un amor secreto, y tan secreto es, que sólo a mi me ven”, que diría el poeta de Solentiname, Ernesto Cardenal, en *Telescopio*. La transparencia es un no ser para dejar que pase la luz, mucha luz. Quedamos así, transfigurados.

Y, ya se sabe, toda transfiguración inunda de luz y de alegría. No hay lenguaje reductor, hay silencio elocuente, donde las palabras estorban si no son evocadoras... y grávidas de Misterio.

Entonces, el Dios de nuestra transparencia es el Dios de la “música callada” y la “soledad sonora”...

Para acabar:

Dios, como gozo supremo de nuestra vida, tiene su palabra dada que nos mantiene en su Amor y da sentido profundo a la propia existencia y la sostiene... A Él es debida la intensidad en el compromiso y la irradiación de gozo sereno. Emite luminosidad en el esperanzado, que avanza así hacia el encuentro definitivo, seguro a pesar de las inseguridades que entran en juego en toda vida de Fe, precisamente para reafirmarse de continuo: “Tu Amor, Señor me guía, Tú sabes a dónde me llevas...”

Se vive en un presente que abre futuro porque desemboca en eternidad: Lo que es... se revelará cuando seamos “aleluyas vivientes” en el Reino del Padre.

Cabe concluir así: Joven de hace quince años y todo ser humano de “corazón inquieto”: qué buena es la alegría que llama tu atención: gracias por la atención que le prestas si te “toca” positivamente y si, de alguna manera, *inos evangeliza!*

Roma, 31-03-2013, Solemnidad de la Pascua
el “Día” por antonomasia que hizo el Señor..

Comunicación

Ruta para pasar de la pastoral al aprendizaje espiritual

José María Bautista

“Algunas personas sienten la lluvia. Otras, simplemente se mojan” dice Bob Dylan. “Y esto depende de su aprendizaje espiritual” añadiría yo. Hay personas que sienten a Dios, muchos de ellos ateos. Hay personas que no lo sienten, muchos de ellos “clericales”. “Me pasa a mí también, cuando tengo enfrente a un clerical, me convierto en anticlerical de repente”, dice Francisco. Ahora que estoy haciendo una investigación sobre el reciente fenómeno del ateísmo para la revista Iglesia Viva, no tengo mucha fe en las palabras confesionales o anti de clérigos y ateos. No me fío de su fe. Como buen semiótico, solo me fío de su mensaje global, no de la literalidad de sus palabras.

Las ideas que te voy a contar no son una certeza, sino una invitación a pensar en el mundo de la incertidumbre. No espero que estés de acuerdo conmigo, preferiría que no lo estuvieses, para que pudiésemos hablar, no para que me grites, sino para hablar.

I. En el mundo de Twitter,

la inteligencia espiritual es conversación.

Fíjense que no digo “pastoral”, porque decir pastoral es decir homilía, donde un pastor, un libro, un powerpoint, un vídeo... lanza homilías sin parar. ¿Es viable, concebible o pensable la palabra “pastoral” en los tiempos de Twitter?

¿Dónde estabas hace 8 años? ¿Qué hacías cuando desayunabas, cuando viajabas en el metro o en el bus? ¿Qué hacías mientras te aburrían los telediarios y además no te informaban de lo que estaba pasando? ¿Cuándo buscabas a alguien? ¿Cuándo aprendías?

Hace 8 años no existían los iPhone, iPad, Twitter, Wikipedia, Instagram, *coaching*, mindfulness, neuroaprendizaje, Spotify, WhatsApp, Pinterest, Moodle, Drive, Hangout, Google Glass, *crowdfunding*, Youtube...

Tengo claro que en un mundo donde el hardware y software han experimentado tal revolución, irremediamente el software mental con el que pensamos, vemos, creamos, nos comunicamos o aprendemos necesita una revolución.

Tranquilo, creo que nunca en la historia reciente hemos hecho mejor pastoral. Sí, los de pastoral somos lo más. Pero mientras no cambie el paradigma o software que sustenta nuestras actividades, nuestra pastoral será un barniz añadido a la epidermis de nuestros alumnos, que se descascarilla en cuanto salen de la burbuja.

Pero no me preocupa el analfabetismo tecnológico de algunos educadores. Me preocupa su teología, su mirada teológica. Un lenguaje teológico y evangélico que anuncia a Jesús encarnado y no es capaz de encarnarse, es como címbalo que retiñe, que no sé muy bien qué significa (ahora sí, que lo he buscado en Wikipedia). Esto es lo que pasa con educadores que no saben qué significa Spotify, Hangout, Pinterest... con alumnos que no saben qué significa “címbalo que retiñe”. El problema es cuando los educadores estudian teología y aprenden qué significa “címbalo que retiñe”, pero no lo aprenden, sino que lo memorizan, porque aprenderlo significaría ir enseguida a abrirse cuenta en Spotify, Hangout o Pinterest... como decisión teológica.

Cómo era la “pastoral” de Jesús: pura conversación.

2. En el mundo infinito de Spotify,

Dios es infinito.

Dios no puede ser ese concepto domesticado que anunciamos. Dios no es un anuncio, es una experiencia. En estos tiempos en los que solo se aprende haciendo, con aprendizajes reales que vengan de la vida y entren en la vida... Dios no puede ser ese corderito que encerramos en la jaula del Principito. No me extraña que a Nietzsche se le muriese Dios.

Precisamente el mensaje de salvación consiste en que alguien llega y nos dice, eh, que estás metido en una jaula, sal, sí, puedes salir, venga, espera, que voy, que me encarno, que me hago hombre y verás cómo yo, siendo como tú, puedo salir de la jaula, si yo puedo, tú también puedes.

No, el anuncio no puede ser encerrar a Dios en conceptos, sino lograr que el cerebro, que es donde reside el alma, tenga experiencia del infinito. Si no lo logramos ellos solo adorarán la experiencia de infinito de Spotify.

El gran cambio de paradigma consiste en pasar de la “pastoral” al aprendizaje espiritual.

Conceptos como “transmisión de la fe”, “anuncio del mensaje” y “pastoral explícita” son las tres carabelas de un mundo antiguo, de un paradigma, no ya pastoral, sino de aprendizaje, donde cuatro eran los que tenían el conocimiento y se lo pasaban a los demás.

Hoy estas son las barreras para el aprendizaje espiritual. Como dice Dewey “el aprendizaje es un proceso activo y no una transmisión empaquetada de conocimiento”. Pues el aprendizaje espiritual, también.

3. En el mundo de Youtube,

la gente no explica cosas, la gente cuenta relatos

A Jesús nunca consiguieron arrancarle una definición de “Reino de Dios”, solo sabía contar parábolas. Mientras alguien no me demuestre lo contrario, no veo mejor forma de hacer experiencia espiritual que con el formato del vídeo. Antes, la “pastoral-oral” inteligente lo lograba con el relato. El relato sigue vigente, no el relato-homilía, menos aún la homilía-homilía. Pero el relato que deviene en experiencia, deviene en vídeo.

En los años 80, cuando la iglesia todavía estaba en el mundo y no había miedo a experimentar, la pastoral intentó y logró cambiar a la luz del nuevo paradigma postmoderno.

En los años 90, el cambio se quiso institucionalizar, pero caímos en lo que Watzlawick llama “cambiar todo para que nada cambie”. Congregaciones enteras hicieron la opción de adaptarse al “lenguaje” de los jóvenes, “para no cambiar nada”. Por eso propongo la vía de pasar de la pastoral formal a la “performance” espiritual.

El reto ya no es solo aprender haciendo, sino hacerlo de forma que provoquemos experiencias de inmersión que impacten de lleno en el hemisferio derecho. No basta con que haya niños leyendo salmos cansinamente a las 9 de la mañana en los colegios.

La propuesta del modelo “performance” consiste en sumergir a la persona en un mundo envolvente, que establece analogía con la vida, para que vivan una película como protagonistas, no como espectadores. Este formato se construye a base de vídeo, música, metáforas, personajes, diseño, imagen... sobre todo, diseño y concepto.

4. En el mundo de Instagram, Flickr, Picasa o del iPhone

la vida es capturada en vivo y en directo.

Abre tu álbum de fotos y deja que Dios te diga algo. Cada día acontece un milagro a tu alrededor.

Como dicen Malaguzzi y Carla Rinaldi, el aprendizaje se produce en medio del encuentro con la materia y la cotidianidad. El método es la escucha al niño. En el aprendizaje espiritual, también.

Así que uno de los mayores problemas actuales es la falta de fe, pero la falta de fe en el niño.

Deberíamos llamarlo “aprendizaje espiritual por conversación”.

¿Quieres algo práctico? Pido un cambio de paradigma, esto no es muy práctico. Tengo un truco, un indicador de calidad para evaluar las competencias espirituales que aprenden tus

alumnos. Cuando ves que un niño empieza a “sentir” la lluvia, quiere decir que está preparado para sentir a Dios, que a lo mejor ya lo está sintiendo.

Si, por el contrario, saca 10 en religión, pero no siente la lluvia, házselo mirar. Dudo que alcance la competencia de sentir a Dios.

Otro argumento, cuasimatemático. En un colegio grande, si logras que sus 100 educadores eduquen los 100 lenguajes del aprendizaje espiritual durante una jornada de 5 ó 6 horas = tienes 600 horas de aprendizaje espiritual en un día X 40 semanas = 24.000 horas de aprendizaje espiritual. Mucho más que las 20 ó 30 actividades anuales del equipo de pastoral.

5. El mundo de Pinterest es el mundo de la neurociencia y el neuroaprendizaje.

La experiencia espiritual nace del hemisferio derecho. Nace de la inteligencia emocional y existencial, porque te “salva” de tus miedos del cerebro mamífero y de tus confortables creencias limitadoras. Nace de la inteligencia visual, porque solo cuando en alguien se dispara la sensibilidad es viable la contemplación y entonces empiezan a crecer las probabilidades matemáticas de que alguien sea capaz de percibir la mano de Dios cuando pasa cerca. Nace de la inteligencia ética, una inteligencia malograda, que parece que solo se ocupa de actuar. La inteligencia ética es la capacidad de ver lo invisible y de actuar en consecuencia.

Habrà un día en que la neurociencia logrará poner el aprendizaje espiritual en la cúspide de los sistemas educativos del mundo porque, como dice Richard Davidson, la práctica del “mindfulness” durante dos semanas produce cambios en la corteza prefrontal que elevan la inteligencia emocional y el pensamiento optimista hasta niveles similares a monjes con más de 10.000 horas de meditación.

La neuroespiritualidad ocupará a investigadores y educadores porque será clave para alcanzar la felicidad. Y la felicidad será el currículo de la escuela del futuro.

Si quieres recetas:

- Dedicar tiempo para aprender a tener mirada teológica de encarnación. Revisa qué competencias tienen tus educadores y revisa tu plan de formación.
- El aprendizaje se produce por descubrimiento, no por transmisión. Extrapola el cambio metodológico en el aula también al aprendizaje espiritual.
- El fin espiritual es la felicidad. Haz ejercicios diarios de meditación. Haz de la interioridad una opción antropológica del centro. Diseña una performance al trimestre para todos tus educadores.
- Para subir por la escalera del aprendizaje espiritual hay que subir los peldaños con sentido común. Revisad vuestro currículo, vuestras metas profundas de comprensión y las competencias verticales o “steps” para lograrlas.
- Pasa de la “activitis” pastoral al currículo espiritual. Revisa qué quieres evaluar, qué liderazgo espiritual ejerces y qué *coaching* lo facilita.

Si te ha sabido a poco, tranquilo, que este Manifiesto todavía no ha terminado.

Continuará...

Pastoral Juvenil

Carta a un joven que duda

Marc Vilarassau Alsina, sj

Querido amigo, con tu carta has querido compartir algunas de tus perplejidades, sobre todo las que hacen referencia a Dios y a la religión, al igual que dos amigos pueden compartir un café en un bar del centro. Mi respuesta no pretende ser la solución a «tu problema», sino un elemento más para tu reflexión. Pienso que no se trata tanto de «encontrar soluciones» como de «buscar significado». Las soluciones pueden satisfacer inquietudes, pero el significado da sentido e impulso a nuestras vidas.

La religión como camino

La búsqueda de Dios no es más que un largo aprendizaje, y si no, que pregunten a los místicos y los profetas. No hay nada más lejos de esta búsqueda que el mundo cerrado y miedoso de las seguridades decretadas o los blindajes religiosos, cuando se dan, obsesionados con preservar al hombre de su esencia más noble: la de disponer responsablemente de su libertad y su capacidad de raciocinio. Esta es, sin duda, una de las tentaciones ancestrales de toda religión. Y no solo de la religión. Tu modesta experiencia en este campo ya te ha

permitido vislumbrar una verdad de la que yo participo plenamente: la religión no es en sí buena o mala; las que son buenas o malas son, en todo caso, las personas que la profesan. La religión es un camino para acercarse a una verdad y una ayuda para vivir las consecuencias que esta verdad supone para la vida de quien se proclama creyente. Si ayuda a eso, es buena, y si no, es mala.

Es por eso por lo que profesar una religión, sea la que sea, y no tratar de ponerla en práctica no parece que tenga mucho sentido. Pero aquí empieza el lío y el escándalo, cuando una «misma» profesión lleva a prácticas tan diferentes y, a menudo, antagónicas o irreconciliables. Gandhi y los extremistas del Cachemira son todos hindúes; la periodista yemení Tawakul Karman, premio Nobel de la Paz, y los miembros de Al Qaeda son todos musulmanes; Martin Luther King y los telepredicadores radicales son todos protestantes; los esclavistas y los mártires guaraníes eran todos católicos; etc.

¿Qué sucede, entonces? Sucede que Dios no escoge religiones, sino personas, para manifestarse; y es a través de las personas como revela su justicia, su amor y su voluntad liberadora. La religión puede estar al servicio de esta revelación de Dios, o bien puede pretender poner a Dios a su servicio. Por eso nos es difícil soportar a una persona o una institución que quiera convertir a Dios a su religión personal, poniéndole en la boca constantemente sus conveniencias y legitimando todas sus ambigüedades con el sello inapelable de la divinidad. Este es el peor pecado que podemos cometer los hombres, lo que más duramente condenó Jesús de Nazaret: practicar la injusticia, el crimen y la mentira en nombre de Dios.

Fueron algunos de los fariseos del tiempo de Jesús, las guerras santas en nombre de Alá, la también santa Inquisición, la justificación burda de la esclavitud, la bendición de los dictadores en América Latina y, por no ir tan lejos, el rechazo puritanista de los homosexuales y de todos aquellos que no cumplen las condiciones que las buenas costumbres y las leyes naturales imponen. La historia, en este punto, se repite, y la tentación de hacer decir a Dios lo que nos conviene no es nada fácil de superar. Cada uno de nosotros debe examinar lúcidamente hasta qué punto cae en esta tentación, aunque no le pongamos el nombre de Dios a lo que nos legitima.

El sol

y las nubes

Tú mismo haces una definición muy atractiva de lo que debería ser la religión cuando hablas de *«una vía para llegar al Amor»*, y también das un matiz interesante de este Amor, diciendo que es *«el lugar donde todas las grandes religiones convergen»*; pero enseguida te desanimas cuando el crudo realismo te lleva a reconocer que, si estas religiones o *«vías hacia el Amor... son interpretadas o ejecutadas por el hombre, siempre estarán muy lejos de esta verdad que es Dios»*. Te invito a ver en esta constatación un motivo de esperanza. Al mismo tiempo que una limitación importante, es también una garantía de la imposibilidad real de manipular Dios.

A menudo vemos a Dios como un contrincante del hombre, siempre «más allá» para las cosas buenas y «demasiado cerca» para las cosas malas. Hacemos contratos y pactos negociados con él y queremos que sea siempre previsible, según lo que nos convenga en cada momento: así le podemos echar las culpas cuando algo sale mal, o bien pensamos que se esconde de nosotros para fastidiarnos precisamente cuando más lo necesitamos. Nos parecemos al niño que, contrariado, le pregunta al padre: *«Padre, ¿por qué se esconde el sol detrás de las*

nubes?», Y el padre le responde: «*Te equivocas, hijo; el sol está delante de las nubes, eres tú el que está detrás*». Lo más honesto no es echarle la culpa al sol, sino a las nubes; y lo más sensato es esperar a que pasen.

La fe no es un simple asentimiento de la voluntad ni tampoco una herencia automática, al menos no la fe adulta, y perdona que le ponga este calificativo. Tú mencionas que es triste que se tenga que «*trabajar la fe para no perderla, como la fuerza física*», y realmente sería muy triste si trabajar la fe quisiera decir «*comerse el tarro para tragarse una idea muy abstracta y rehuir las dudas*». En este sentido, tienes toda la razón: lo peor que se puede hacer con la fe es «trabajarla», ya que la fe tiene tanta relación con las dudas como lejos está de ser una idea abstracta. Y acudo a la experiencia personal.

La fe

y las creencias

Mi abuela siempre había estado obsesionada con sus dudas, porque para ella las dudas eran señal de falta de fe. Por otro lado, sus amigas tenían las cosas muy claras y nunca dudaban de nada. Ella sentía la presencia de Dios, pero muchas veces sentía el vacío de quien se acerca al silencio y tiene que dar un paso adelante. Entonces se quedaba desnuda, agarrada al hilo delgado de la fe, sin otro apoyo. Sus amigas, en cambio, manifestaban solo la certeza que proviene de estar firmemente anclado en creencias sólidas. Entre mi abuela y sus amigas solo había una diferencia: mientras ellas tenían creencias, ella tenía fe.

Con esto no quiero decir que no hay que tener creencias. Una fe sin creencias y, por lo tanto, sin convicciones, es una fe blanda, que se escurre con las primeras lluvias. Lo que quiero decir es que las creencias pueden convertirse fácilmente en ideas abstractas, desligadas totalmente de nuestra vida: puedo manifestar ampulosamente que Dios es omnipotente, altísimo, y que lo amo sobre todas las cosas y, al tiempo (sin que esto me provoque mucho conflicto), maltratar a mi mujer, evadir impuestos y rechazar al vecino porque es de otra raza. Es evidente que la fe tiene como fundamento algunas creencias, pero, en último término, es la «confianza en alguien» y no la «certeza en algo» lo que define y da sentido radical a una fe.

Las certezas no comprometen; la confianza, sí. Porque confiar supone asumir un riesgo, el riesgo de la fe. Una fe y unas creencias que no comprometan (y, por tanto, que no arriesguen) son como paja que se lleva el viento. Nada más lejos de dejarse comer el tarro. Por tanto, y volviendo a tu queja legítima, no es la fe la que exige trabajo, sino el compromiso que nace de la fe. Dicho con otras palabras, lo que cuesta es ser coherente con esa fe; lo que cuesta es darle «carne» a esa fe para evitar que se quede en puro «espíritu».

Sencillo,

que no fácil

Tú mismo reconoces, con cierta inquietud, que «*quizá todo se reduce a vivir amando, independientemente de este o aquel Dios, hacer el bien, darse a los demás, como san Francisco de Asís, prescindiendo de uno mismo*», y ciertamente sería difícil resumirlo con más simplicidad y exactitud a la vez. Pero que sea sencillo no quiere decir que sea fácil, y para comprender esto no hay que hacer muchos ejercicios mentales, teniendo al alcance, como tenemos, una historia tan cargada de resistencias (personales y sociales) que contradicen patéticamente aquello que parecía tan simple.

A Gandhi le sedujo irresistiblemente el Dios de la paz y el amor incondicional, pero esta seducción le llevó a un compromiso muy serio por la lucha no-violenta, hasta el punto de perder la vida en el intento. Podríamos decir lo mismo de Nelson Mandela, luchador contra el *apartheid* en Sudáfrica; de Aung San Suu Kyi, la líder disidente birmana; de Rigoberta Menchú, portavoz de los indígenas guatemaltecos; de Anna Politkovskaya, periodista que murió por denunciar los crímenes del estado ruso en Chechenia... y de tantos y tantas otras.

Por otra parte, nosotros también somos objeto de confianza en la relación de la fe, de una confianza que se mantiene a pesar de nuestras incoherencias. Sin esta experiencia de reciprocidad, la relación de amistad que es la fe se desliza hacia alguno de sus dos extremos viciados: ya sea el victimismo o el voluntarismo. El victimismo sustituye la confianza por la dependencia servil. Se trata de hacer muy grande al otro para justificar nuestra pequeñez y, de este modo, ahorrarnos el crecer. El voluntarismo, por su lado, mide la confianza con el termómetro de la eficacia y solo computa los resultados positivos. En el fondo, pone de manifiesto la dificultad de ir más allá de la confianza en uno mismo. El primero hace difícil la solidaridad; el segundo, la misericordia.

Vivir

en «clave» de verdad

A menudo, la palabra «Verdad» nos da miedo, y no sin razón, puesto que en su nombre se han hecho muchas animaladas. Nos suena a fundamentalismo. Solo creemos, y aún, en las verdades personales. Cada uno la suya, y todas igual de respetables. En caso de existir una «Verdad», así, en singular y en mayúsculas, será una especie de suma aritmética de todas nuestras pequeñas verdades particulares, por lo que no vale la pena tenerla en mucha consideración.

Para posibilitar la convivencia entre todas estas pequeñas verdades solo hay que establecer unas condiciones mínimas que aseguren la tolerancia y el respeto mutuo, que no es poco. Pero tampoco es suficiente. Solo por algo vivido como verdadero, es decir, como dotado de un valor absoluto para uno mismo, como sujeto de la atención y el deseo más profundos, se puede llegar a «apostar» toda la vida. El evangelio de Mateo refleja muy bien lo que quiero decir: *«Es parecido a un tesoro escondido en el campo: el hombre que lo descubre, lo vuelve a esconder y, loco de alegría, va, vende todo lo que tiene y compra aquel campo»* (Mt 13,44). Mientras no encontremos un tesoro –una Verdad con mayúsculas–, iremos «acumulando» nuestra vida, pero no encontraremos en qué «gastarla», porque nada valdrá suficientemente la pena.

Todas las religiones se basan en una pretensión de lo absoluto, es decir, tienen como fundamento último la creencia en una verdad universal, en función de la cual todas las otras verdades se han de discernir. En este sentido, la religión parece incompatible con el aparente relativismo de las verdades personales. Pero no tiene por qué ser así. El cristianismo también se fundamenta en una verdad (podríamos decir) absoluta. Pero no se trata de una verdad al estilo «Coca-Cola», que es inmutablemente la misma sean cuales sean las particularidades de los consumidores.

La verdad en la que se basa la fe cristiana, en cambio, es una verdad revelada en la vida de un hombre que respondía al nombre de Jesús de Nazaret. Él nos muestra que la única verdad radical –y, por tanto, absoluta– es esta: *nuestras vidas tienen sentido en la medida en que son donación gratuita por amor a los demás*. Una verdad fundamental que debemos traducir cada

uno a nuestro lenguaje personal, según la medida de nuestra disponibilidad. Este es nuestro único y auténtico tesoro, nuestra gran Verdad. No hay que comerse el tarro para ver que se trata de un tipo de verdad que no puede ser poseída y que, por consiguiente, no se puede imponer a los demás. Solo se puede compartir, celebrar y predicar con el ejemplo.

La película «Cadena Perpetua» nos muestra cómo los reclusos de una penitenciaría de alta seguridad, después de vivir muchos años encerrados en el mismo edificio, haciendo cada día sensiblemente lo mismo y rodeados de la misma gente, acaban «institucionalizados», es decir, no pueden imaginarse a sí mismos en una realidad diferente de la de la cárcel. Por eso, cuando finalmente obtienen la libertad condicional, no son capaces de vivir sin todas las dependencias impuestas a lo largo de tantos años. La privación de la libertad es su manera de vivir. Del mismo modo, podríamos decir que el problema de las religiones no es que propongan una verdad universal, sino que la «institucionalicen», de tal forma que se acabe identificando la verdad con la institución religiosa que profesa. La Verdad no necesita defensores uniformados, sino gente que la transparente y que la viva. Solo de esta manera puede ser creíble.

Una historia

salvada

Ahora me remito de nuevo a mi experiencia personal, a las razones que me han llevado a seguir una «vía hacia el Amor» y no otra, hasta el punto de asumir, no sin conflictos, todas las consecuencias que esta opción conlleva. Es evidente que si hubiera nacido en la India, mi religión sería la hindú; pero con esta aparente objeción seguiríamos estancados en el nivel de los valores universales de todas las religiones y en su repercusión sociológica, y yo quisiera ir más allá. Quiero revelarte un descubrimiento que me ha iluminado mucho desde no hace mucho tiempo y que, a pesar de su obviedad aparente, no es ni tan corriente ni tan consolador como para mí lo está siendo. Y es que *yo soy mi historia*, con todos sus momentos grises, que son muchos, y con todos sus aciertos, que no son pocos. Solo conociéndola, acogiéndola y amándola, puedo vivir libremente y creativamente el presente. Un ejemplo vale más que mil razonamientos, aunque sea un nuevo paréntesis:

A los doce años tuve un accidente haciendo volteretas en el trampolín de una piscina. Me llevaron corriendo al hospital. Mi padre se quedó haciéndome compañía mientras esperábamos el hilo y la aguja –fueron 20 puntos, de una oreja a otra–. En aquellas circunstancias me dio por llorar, mientras mi padre pasaba su mano por mi nuca y me decía: «*Llora tranquilo, llora todo lo que necesites*». No me preguntó por qué lloraba, no hacía ninguna falta: ambos sabíamos que no era el daño, ni el susto, ni nada de eso; lloraba porque él estaba conmigo y me pasaba la mano por la nuca, sencillamente. Este gesto, como tantos otros, se ha convertido para mí en un sacramento entrañable de la paternidad de Dios. He recibido de sus manos toda mi historia, llena de momentos «buenos» y momentos «malos», y la he recibido como una caricia, como pasando la mano por el cogote: la he recibido salvada.

Pues bien, parte de esta «historia salvada» es la experiencia religiosa que desde pequeño y de muchas maneras diferentes he ido recibiendo, unas veces para rechazar y otras para agradecer, como ocurre con todas las influencias que nos configuran. En esta historia hay momentos cruciales que se destacan por su significación especial; son aquellos que quedan fijados en la memoria porque han supuesto cambios de dirección clave para entender dónde

estoy ahora. Son las migas de pan que te sirven en un momento dado para rehacer el camino recorrido.

Y a lo largo de este camino, todas las migas de pan me hablan de lo mismo: *Solo el amor es capaz de dar un sentido a nuestras vidas y un futuro a nuestras historias. Y solo un Dios que se ofrece Él mismo, en Cristo Jesús, puede dar sentido plenamente a ese amor.* Los evangelios son la descripción de esta manera de hacer de Jesús, de su estilo de vida, de su fe, de su mensaje..., de su Dios. Desde entonces, mucha gente ha encontrado en ellos la razón y la fuerza para vivir entregadamente. Es el pueblo itinerante de Dios, del que yo silenciosamente me siento formando parte.

Espiritualidad

en lugar de religión

Me dejo para el final el tema que más me interesa en estos momentos, aunque quizá no sea el que más te interese a ti. Me refiero a esa pregunta que me lanzas de pasada, como quien no quiere la cosa: «*¿No te has preguntado por qué cada vez hay más gente que practica el yoga y menos gente que va a misa?*». Podría quitarme de encima la pregunta con relativa facilidad, arguyendo, qué sé yo, la eclosión del individualismo en la sociedad contemporánea, o bien la pérdida de un eslabón en la cadena de transmisión de la fe, o mejor la caída del sentido del precepto religioso como estructurador de la vida social... Pero esta pregunta tiene para mí mucha más metralla de la que parece, y es por ello por lo que me gustaría no quedarme en cuatro argumentos extraídos precipitadamente de la más elemental sociología contemporánea de la religión.

Son muchos los que parecen reconocer, como tú, un cierto renacimiento de la espiritualidad. Uno de los programas de éxito de la radio pública catalana tiene por objeto, precisamente, la espiritualidad en su espectro más amplio. Las tradicionales casas de Ejercicios se llenan con cursos y retiros que proponen las más diversas formas de espiritualidad alternativa: reiki, terapia del barro, musicoterapia, constelaciones familiares, danza contemplativa... El panorama se nos ha poblado de videntes, de chamanes, de curanderos, de maestros, de marabús, de nigromantes. Cierto es que la gente de tu edad miráis todas estas cosas a una distancia prudencial, pero debes saber que causan furor a partir de los treinta y cinco. Cuando has consumido los mejores años en fuegos fatuos, entonces llega el momento de hacer balance y buscar algo que llene el vacío que te va quedando.

Me refiero a todo lo vinculado a la *new age*, a toda forma de sincretismo, a toda práctica espiritual desvinculada de la tradición religiosa materna. No voy aquí a criticarla; al revés: me parece estupendo, y estoy convencido de que hacen un gran bien a mucha gente que, de otra manera, quedaría huérfana de espiritualidad. De la misma manera que a mí me va estupendo ir a bailes de salón y a mi hermano Pere tirarse en parapente. Lo que me parece excesivo es cuando se envuelven todas esas técnicas espirituales en un aura pseudorreligiosa, insinuando que son capaces de suministrar al sujeto algo más que un bienestar temporal, nada despreciable por otra parte. El yoga puede ser una práctica saludable pero no salva a nadie del egoísmo, de la mentira y de la maldad. El reiki te deja los chacras como nuevos, a condición de que no seas tetrapléjico ni estés postrado por la enfermedad en una cama de hospital. Todas estas técnicas saludables han ocupado, en todo caso, el lugar de las formas tradicionales de espiritualidad, pero no han ocupado el lugar de Dios, que ha quedado vacante.

El drama

de una espiritualidad sin Dios

Permíteme que te hable de «El fin es mi principio», una película relativamente reciente que, a mi parecer, representa a la perfección el máximo al que puede aspirar una espiritualidad sin Dios, esto es, un complejo combinado de panteísmo, orientalismo y egolatrismo. Y lo digo, créeme, sin la mínima intención de menosprecio. El gran testamento espiritual del protagonista, después de haber pasado en su juventud un tiempo preceptivo en la India, es una lección de cómo morir de «muerte natural», de cómo despedirse de este cuerpo «sin numeritos», de cómo fundirse de nuevo en el magma informe de lo divino sin angustias existenciales que no llevan a nada.

El protagonista, a falta de un Dios a quien adorar, lo cual sería altamente empobrecedor, se ha construido un templo a sí mismo en el margen del jardín de la preciosa villa italiana donde vive retirado. En ese «templo» retiene fotos y olores, silencios y sabores... que hablan de la sabiduría adquirida, del camino recorrido, de los paisajes del alma en los que ha habitado...

El «otro», representado por la mujer y el hijo que le hace la entrevista, son espectadores ajenos a ese drama, invitados a contemplarlo desde la barrera sin poder tocarlo. No importa lo que sientan, lo que teman, lo que sufran, lo que esperen... Deben asistir pasivos al desenlace, sin participar de él, solo tomando notas y teniendo siempre a punto el «atrezzo». Me parece especialmente significativo el papel de la mujer: calla, observa, cocina... con una delicadeza exquisita para no interferir en su mundo, como si tuviera bien asumido su papel de actor de reparto en una película que no es la suya.

El gran proyecto frustrado de monje budista, de sadhu en un ashram, de ermitaño del monte Athos... ha encontrado el modo ideal de combinar todo eso sin las servidumbres de la soledad, el celibato y la vinculación a la tradición religiosa correspondiente. Como puedes comprobar, el cóctel espiritual ideal para nuestros tiempos.

Un Dios arrodillado

Pero todo esto es anecdótico. ¿Sabes cuál es para mí el drama de toda espiritualidad sin Dios? Pues que sin Dios uno no puede arrodillarse y rezar, no puede referirse a alguien, más que referirse a algo, sea lo que sea este «algo»: una idea, una energía o un objeto. Sin Dios, hay que divinizar la naturaleza, el amor humano, la belleza o el ego. Criaturas todas ellas que, siendo divinas, no son Dios. Yo no quiero adorar las cosas, por sublimes que sean, como si fueran mi Dios; más bien adoro a Dios presente en todas ellas, haciendo que sean lo que son para mi felicidad y para su gloria.

¿Qué hacer, entonces, con esa necesidad invencible de arrodillarme? ¿Resistirla, como hacen los ascetas del ateísmo más consecuente? ¿Claudicar, como hacen los hedonistas, ante cualquier imagen? ¿Sublimarla, como hacen los gurús falsamente religiosos? ¿Convertirla en autoadoración, como hace el protagonista de «El fin es mi principio»?

¿Sabes cuándo he podido, por fin, arrodillarme? Cuando me he encontrado a un Dios que estaba ante mí, arrodillado. Solo entonces he sabido qué hacer con esa necesidad invencible que me urgía desde dentro. Y la religión, que no el yoga, me ha suministrado la única manera eficaz de hacerlo. La religión toda entera –y no solo las prácticas o los ideales o los preceptos morales– no tiene otro objetivo que el de llevarme de la mano ante Dios... y ahí dejarme. Y

hasta ahora, que yo sepa, no conozco ninguna otra mediación capaz de hacer eso sin quedarse a medias y sin avergonzarse. Es por eso que, a pesar del auge del yoga, no he dejado de ir a misa.

Llegados a este punto, empieza a hacerse más escurridizo el discurso y entramos de nuevo en el terreno de la perplejidad, el mismo lugar donde terminó tu carta y comenzó la mía. Después de caminar un rato juntos, yo me desvíé entre la niebla y tú sigues tu propio camino. Solo te dejo, eso sí, un pequeño consejo: que trates de buscar siempre compañeros de camino, aunque sea solo para pequeñas distancias; que te dejes llevar de esta necesidad sincera cuando la sientas, al igual que lo has hecho conmigo, porque el fin de la perplejidad no es quedarse estancada en sí misma, sino llevarnos a la sorpresa, y de la sorpresa al agradecimiento.

La solana

Intergeneracionalidad

Germán Sánchez Griese

El punto de la situación.

En la vida fraterna de las comunidades, los cambios que ha aportado el Concilio Vaticano II son notables y han aportado frutos encomiables. Citamos del documento *Vida fraterna en comunidad*: “Mientras que el Código de 1917 podía hacer pensar que se fijaba en elementos exteriores y en la uniformidad del estilo de vida, el Vaticano II y el nuevo Código insisten explícitamente en la dimensión espiritual y en el vínculo de fraternidad que debe unir en la caridad a todos los miembros. El nuevo Código ha hecho la síntesis de estos dos aspectos hablando de «vivir una vida fraterna en común». Se pueden distinguir, pues, en la vida comunitaria dos elementos de unión y de unidad entre los miembros: uno más espiritual: la «fraternidad» o «comunidad fraterna», que parte de los corazones animados por la caridad; éste subraya la «comunidad de vida» y la relación interpersonal; el otro más visible: la «vida en común» o «vida de comunidad», que consiste «en habitar en la propia casa religiosa legítimamente constituida» y en «vivir una vida común» por medio de la fidelidad a las mismas normas, por la participación en los actos comunes y por la colaboración en los servicios comunitarios.”³

Resulta evidente que la dimensión espiritual y la caridad han sido los dos aspectos que han prevalecido en la reforma de la vida comunitaria, suscitada por el Concilio. Las formas en que la espiritualidad y la caridad han cristalizado en la vida fraterna en comunidad son varias y si

³ Congregación para los Institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, *La vida fraterna en comunidad*, 2.2.1994, n.3.

bien hay quien desea catalogar estos modelos, somos conscientes que todos se basan en el primer grupo de discípulos de Cristo, “que dejándolo todo, lo siguieron.”

Todas estas posibles categorías o modelos de vida consagrada están atravesadas longitudinalmente a través de un factor único, que otorga características específicas, nada despreciables, a la constitución de una comunidad. Este factor, ajeno a los modelos, pero que se inserta en ellos, es el factor de la intergeneracionalidad, es decir, el aglutinar en un solo espacio de vida a mujeres de edad diversa. El factor edad ha existido siempre, desde los inicios de la vida consagrada, pero hoy se presenta con modalidades distintas que dan un *colorido* especial a la comunidad.

A lo largo de la historia de la vida consagrada, desde los cenobios hasta las actuales comunidades, las personas consagradas reunidas en torno a un carisma se han agrupado en comunidades en donde el factor de edad se distribuía regularmente o casi regularmente. Personas de edad avanzada convivían con mujeres jóvenes que hacían su ingreso en la profesión de los consejos evangélicos, a la vez que se convivían con mujeres jóvenes adultas, adultas y adultas avanzadas. Se daba por tanto una *tonalidad familiar* a este tipo de comunidades, pues a semejanza de una familia alargada, convivían personas de la más distinta y variada edad.

Bien sabemos que en Occidente la situación ha cambiado. Basta echar un vistazo a las estadísticas para darnos cuenta de estos cambios⁴. Surgen por tanto, a mi modo de ver, dos escenarios importantes y trascendentales para la vida fraterna en comunidad. El primero, formado de comunidades en donde conviven mujeres ancianas de más de 70 años con mujeres jóvenes de menos de 30 años. El segundo escenario, que es quizás el más común ahora en Europa, o por lo menos en Italia en donde resido y puedo palpar con mayor evidencia esta realidad, el de comunidades de personas ancianas, mayores de 70 años, que ven a sus espaldas los nuevos refuerzos y que avanzan inexorablemente a un envejecimiento paulatino. Las condiciones de estas comunidades las podemos abarcar de la siguiente manera: “Molte congregazioni si trovano, per la prima volta nella loro storia, con un numero preponderante di anziani e si sentono nel contempo confrontate, nella loro missione, con esigenze sempre più complesse, che fanno crescere il senso di smarrimento e di inadeguatezza. Inoltre, persone austere e decise, cresciute in un contesto culturale omogeneo ed uniforme, si trovano a vivere all'interno di una cultura del frammento che confligge con la loro e che presenta un modo completamente diverso di leggere la realtà.”⁵

El nuevo estilo de comunidad

de superiora de comunidad

Se presenta por tanto un nuevo estilo de comunidad y de superiora de comunidad de acuerdo a estos dos escenarios. La superiora de comunidad debe enfrentar los problemas de aquellas ancianas, que por la edad, las enfermedades propias de la edad, los avatares de la vida que han dejado una huella en el alma de cada persona, la situación actual del mundo actual y la poca respuesta *práctica* que estas personas pueden dar, la posible desilusión o frustración al ver que su vida se apaga y no hay quien continúe la Congregación tienden

⁴ I dati dell'Annuario CISM 1997, relativi alle congregazioni maschili in Italia, sono impietosi: al primo gennaio 1997, solo il 7% dei religiosi risulta essere di età inferiore ai 29 anni e soltanto il 28% ha meno di 49 anni. Gli ultrasettantenni sono il 33%, mentre i giovani in formazione dal noviziato alla teologia, considerando anche la consistente presenza in Italia di religiosi stranieri, sono solo il 13%. Cattani Oliviero, Il futuro nel presente, in Testimoni 20 (1997), p.3.

⁵ Giuseppe Tacconi, Alla ricerca di nuove identità, Editrice Elledici, Torino 2001, p. 77.

muchas veces a cerrarse en sí mismas, rechazando la vida fraterna en comunidad. Muchas de estas religiosas ancianas, llevando una vida ejemplar, se sienten casi traicionadas por la Congregación o por la comunidad al ver formas de vida muy distintas a las que ellas están acostumbradas a ver. A veces ellas mismas se erigen en jueces de sus hermanas, sembrando la cizaña, la desconfianza, la duda, la perplejidad. Y estas actitudes las toman no sólo frente a las religiosas más jóvenes, sino ante cualquier persona consagrada, incluso de su misma edad.

El *nuevo estilo de comunidad* que promueve el Vaticano II, lejos de caer en los extremos de una rigidez fría e impersonal o de una relajación de exasperación individualista y relativista, propone centrarse sobretodo en el misterio de la comunidad. “La comunidad religiosa es un don del Espíritu, antes de ser una construcción humana. Efectivamente, la comunidad religiosa tiene su origen en el amor de Dios difundido en los corazones por medio del Espíritu, y por él se construye como una verdadera familia unida en el nombre del Señor. Por lo tanto, no se puede comprender la comunidad religiosa sin partir de que es don de Dios, de que es un misterio y de que hunde sus raíces en el corazón mismo de la Trinidad santa y santificadora, que la quiere como parte del misterio de la Iglesia para la vida del mundo.”⁶

La superiora debe por tanto, no olvidarse de los problemas humanos, sino inserirlo dentro del misterio, es decir, dentro del don de Dios. No es fácil lograr la combinación entre los factores humanos – psicológicos y espirituales. No se trata de dar una prevalencia de una sobre la otra, pues significaría, por una parte, reducir la comunidad a una mera construcción humano- sociológica, o por otra despreciar los aspectos humanos y sobrevalorar los aspectos espirituales. Sin embargo, este último error no es real. Quien entiende la parte espiritual como rezos, como formalismos rituales, que no tienen nada que ver con la parte *humana* del hombre, no ha captado bien lo que significa *ser espiritual*. Ser espiritual es vivir de acuerdo con la voluntad de Dios, conformarse con Cristo o vivir la vida del espíritu, estas cuatro acepciones clásicas de lo que significa ser espiritual, implican que el hombre no puede dejar su naturaleza humana para ser espiritual, pues estaría contradiciendo su naturaleza humana, y por lo tanto, a su mismo Creador⁷. Por ello, si la vida fraterna en comunidad es un don de Dios, es decir, es una criatura espiritual, dicha criatura debe vivir también del cuerpo y del espíritu. La superiora de comunidad debe por tanto fijar bien los objetivos que debe alcanzar la comunidad y tomar en cuenta los elementos espirituales y humanos de los que se conforma la comunidad para encauzarlos, motivarlos y dirigirlos hacia el fin propuesto.

El nuevo estilo de la superiora de comunidad toma en cuenta el factor humano, sin olvidar el fin al que debe tender siempre la comunidad. Tomar en cuenta el factor humano no significa quedarse en las potencias humanas, es decir en la voluntad, el intelecto y la parte sensible, sino en conocer perfectamente la esencia del hombre. “Ogni creatura riceve direttamente da Dio l’essere secondo un progetto o profilo che riceve realmente in sé (essenza) e corrisponde al pensiero di Dio, e secondo una dotazione di capacità operativa (natura) per giungere al compimento con l’azione che le corrisponde. (...) Siccome poi il bene divino supera all’infinito le capacità umane, l’uomo ha bisogno di essere aiutato soprannaturalmente per poterlo raggiungere: e ciò avviene con tutti gli aiuti della grazia (Sth, II-II q. 175, a. 1, ad

⁶ Congregación para los Institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, La vida fraterna en comunidad, 2.2.1994, n. 4.

⁷ “Il soggetto che Dio crea e prende come interlocutore entra nell’alleanza tale quale Dio lo ha fatto: corpo e spirito, soggetto personale e sociale, situato nella storia e nella geografia. Su queste basi bibliche e teologiche si può apprezzare il valore spirituale della condizione umana nei suoi componenti storici e psicologici. Esiste uno stretto collegamento fra la vita spirituale e la condizione umana, a tutti i livelli. (...) La spiritualità prende lo spessore materiale della condizione umana e il corpo umano si spiritualizza nel senso della grazia e della vocazione.” Federico Ruiz, *Le vie dello spirito*, Sintesi di teologia spirituale, Edizioni Dehoniane, Bologna 2004, p. 155.

2.).”⁸ La superiora debe ser consciente, aunque sea difícil llevarlo a la práctica, que cada una de las religiosas que ella tiene encomendada, por su esencia tiene un proyecto definido, que es alcanzar a Dios. Sin embargo, este proyecto no se puede alcanzar con las solas fuerzas humanas, ya que la naturaleza humana no puede cumplir por sí misma el fin al que está llamada. Es aquí en dónde viene la ayuda de la gracia, que no es espiritualismo puro, vago, etéreo, sino que es la confianza segura y cierta de la ayuda de Dios, la gracia, para que esa persona alcance el fin al que está llamado.

La superiora debe por tanto ayudar a que cada una de las religiosas de la comunidad se abra a la gracia, a partir de la naturaleza. Esta simbiosis, repetimos no es nada fácil. Si por un tiempo se pecó de frialdad y rigidez en la vida religiosa, reduciendo los elementos de la consagración, como la vida fraterna en comunidad, a un mero cumplimiento externo de las normas, ahora se peca en el otro extremo, dejando todo el desarrollo de la vida consagrada al libre albedrío de la persona, basada casi exclusivamente en el desarrollo de las potencialidades humanas. Es cierto, un sano equilibrio psicológico es necesario para llevar a cabo los compromisos de la vida consagrada, pero, y aquí está el secreto del balance, sin olvidar que estas facultades humanas deben ser divinizadas, deben recibir el influjo de la gracia.

La vida fraterna de comunidad basada casi exclusivamente en el factor humano, desdeñando la acción de la gracia, lleva solamente a la construcción humana de una comunidad de mujeres consagradas que nunca alcanzará el fin previsto, es decir, la unidad y la comunión. Las ciencias humanas pueden y deben venir en ayuda, pero la superiora no debe pensar que todo se logrará únicamente cuando se tenga una sana psicología en todas las religiosas, cuando los conflictos de poder hayan quedado resueltos, cuando todas colaboren en los apostolados encomendados a la comunidad⁹. Todos estos aspectos, importantes para construir la comunidad, serán siempre en función de la apertura a la gracia, que potencia las facultades humanas y permite que se alcance el fin sobrenatural del hombre y el fin sobrenatural de la comunidad.

El problema de las religiosas ancianas.

Este nuevo estilo de la superiora de comunidad, centrado en lo espiritual, sin olvidar lo humano, precisamente porque lo espiritual debe llegar a lo humano, se enfrenta con no pocos problemas que resolver en nuestros días, con no pocas situaciones conflictivas para de verdad alcanzar la unidad y la comunión en la vida fraterna en comunidad. Decíamos que no es fácil combinar los aspectos humanos y los aspectos divinos y que no existen recetas fáciles para lograrlo. Quizás una luz nos puede venir del magisterio de la Iglesia, en uno de sus documentos en los que nos habla de la vida fraterna en comunidad: “Durante su vida terrena, Jesús llamó a quienes El quiso, para tenerlos junto a sí y para enseñarles a vivir según su ejemplo, para el Padre y para la misión que el Padre le había encomendado (cf. Mc 3, 13-15). Inauguraba de este modo una nueva familia de la cual habrían de formar parte a través de los siglos todos aquellos que estuvieran dispuestos a « cumplir la voluntad de Dios » (cf. Mc 3, 32-

⁸ Paolo Scarafoni, *I frutti dell'albero buono, santità e vita spirituale cristocentrica*, Edizioni Art, Roma 2004, p. 110 – 111.

⁹ De lo contrario, podría pensarse que la labor de la superiora de comunidad es únicamente la de proporcionar los medios necesarios para el desarrollo armónico de las facultades humanas de las religiosas, como dicen un autor moderno: “La fraternità cristiana affronta le tre fondamentali necessità psicologiche dell'essere umano, viste nella prospettiva del vangelo. La prima è la necessità di amare ed essere amato (...) La seconda necessità è produrre, essere utile, e ha il proprio ambito nella speranza cristiana che lotta per la trasformazione Della società e del mondo. L'ultima necessità è comprendere il senso della vita, e può trovare la propria soddisfazione nella fede che porta a vedere e a giudicare, in gruppo dialogante, la realtà in cui si vive.” Camilo Maccise, *Cento Temi di vita consacrata*, Edizioni Dehoniane, Bologna 2007, p.172.

35). Después de la Ascensión, gracias al don del Espíritu, se constituyó en torno a los Apóstoles una comunidad fraterna, unida en la alabanza a Dios y en una concreta experiencia de comunión (cf. Hch 2, 42-47; 4, 32-35). La vida de esta comunidad y, sobre todo, la experiencia de la plena participación en el misterio de Cristo vivida por los Doce, han sido *el modelo en el que la Iglesia se ha inspirado* siempre que ha querido revivir el fervor de los orígenes y reanudar su camino en la historia con un renovado vigor evangélico.”¹⁰

La imagen de una familia, como modelo para la vida consagrada y más específicamente como modelo para una comunidad, no es nueva¹¹. La vida consagrada, se ha construido sobre un modelo de familia, a semejanza de los apóstoles, que dejando su propia familia construyeron una nueva en torno a la persona de Jesús, no sólo el Jesús que ellos vieron, sino el que sigue viviendo, sobretodo a través de la Eucaristía. Bajo este modelo, del cual se inspira el magisterio en el citado documento, cada miembro tiene una importancia específica y no puede quedar relegado a segundo plano. Así como en una familia, cada miembro es importante y no viene valorizado por lo que hace o por lo que aporta a la familia, así cada miembro consagrado es importante para la familia religiosa por lo que es, no por lo que hace.

Bajo este modelo queda perfectamente encuadrado el papel de la persona anciana en la vida fraterna en comunidad. No es importante por lo que hace, ya que bajo esta óptica una persona anciana no tendría casi ningún valor, sino que es importante por lo que es, por su vida consagrada y por su testimonio de vivir su consagración al Señor, a pesar de las limitaciones propias de la edad, sea en los aspectos físicos, sea en los aspectos mentales. “Los cuidados solícitos que merecen no se basan únicamente en un deber de caridad y de reconocimiento, sino que manifiestan también la convicción de que su testimonio es de gran ayuda a la Iglesia y a los Institutos, y de que su misión continúa siendo válida y meritoria, aun cuando, por motivos de edad o de enfermedad, se hayan visto obligados a dejar sus propias actividades. *Ellos tienen ciertamente mucho que dar* en sabiduría y experiencia a la comunidad, si ésta sabe estar cercana a ellos con atención y capacidad de escucha. En realidad la misión apostólica, antes que en la acción, consiste en el testimonio de la propia entrega plena a la voluntad salvífica del Señor, entrega que se alimenta en la oración y la penitencia. Los ancianos, pues, están llamados a vivir su vocación de muchas maneras: la oración asidua, la aceptación paciente de su propia condición, la disponibilidad para el servicio de la dirección espiritual, la confesión y la guía en la oración.”¹²

La nueva superiora de comida, debe ser consciente de este papel de testimonio que tienen las ancianas en su comunidad, y debe ayudarlas, a pesar de sus achaques físicos y mentales a que sigan viviendo con gozo su testimonio de vida consagrada de frente a dios, dando por tanto un gran ejemplo a toda la comunidad.

¹⁰ Congregación para los Institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, La vida fraterna en comunidad, 2.2.1994, n. 41.

¹¹ “Mi venne spontaneo pensare alle nostre comunità religiose, che non a caso vengono chiamate <>. Mi domandai allora se la famiglia, così come Dio l’ha pensata, non sia davvero un modello a cui anche i religiosi e le religiose possono ispirarsi per la loro vita fraterna; se il modello familiare non fosse uno stimolo per affinare i dinamismi della comunione all’interno della comunità religiosa.” Fabio Ciardi, Esperti di comunione, pretesa e realtà della vita religiosa, Edizioni San Paolo, Milano 1999, p. 135.

¹² Congregación para los Institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, La vida fraterna en comunidad, 2.2.1994, n. 44.

¿Qué hacer en los casos difíciles?

Uno de los problemas con los que me encuentro frecuentemente en mi calidad de consultor para la vida consagrada femenina es el problema de la crítica en la comunidad, especialmente a las religiosas ancianas o de parte de ellas. Son innumerables las quejas de las superiores de comunidad que no saben lo que se debe hacer para que la comunidad deje de criticar en ambos sentidos.

Sin querer dar un manual para solucionar este caso, o hacer una fenomenología de la crítica, me limitaré a decir lo que quizás sería más conveniente para la superiora de comunidad. Es inútil, como dice el evangelio, esperar que cesen las críticas. Somos hombres y, por la huella que el pecado original ha dejado en nosotros, tendemos inexorablemente al mal, a pesar de que queramos hacer el bien. Esta lógica que parece clara, muchas veces la olvida la superiora de comunidad. O pretende crear una comunidad de ángeles, en donde el mal no se haga presente, o busca por los medios humanos la solución a todos los conflictos.

Hemos dicho que la solución se encuentra en dejar que la gracia pueda sanar la naturaleza de las personas, presentando a la gracia lo mejor de la naturaleza o una naturaleza en el mejor estado posible. La crítica, desgraciadamente, se ha enseñoreado de muchas comunidades, al grado de aparecer ya como un miembro más de la comunidad¹³. Lo que ha de hacer la superiora de comunidad es presentar a la gracia la parte mejor de la naturaleza de cada una de sus religiosas, motivándolas a la beneficencia, es decir al arte de bien de decir, de hablar bien de las religiosas. El hombre es capaz de hacer una cosa y de hacer el contrario de dicha cosa. Si una religiosa anciana es capaz de criticar a la comunidad, la superiora de comunidad debe partir de la idea, cierta, que esa religiosa también es capaz de hablar bien de la comunidad. Buscará la forma de ir creando en ella el hábito de ver las cosas positivas, si bien al inicio no las vea o le cueste trabajo verlas. Le hará notar que hablar mal de una religiosa o de la comunidad es hablar mal de la imagen de Dios, ya que toda religiosa ha sido creada a imagen y semejanza de Dios. “Si benedice il Signore e si maledice la sua immagine. E possiamo prendere il verbo maledire nel senso letterale di”.¹⁴ Hará ver a la comunidad que quine reza y alaba al Señor con su boca y en su corazón, pero pasa el tiempo en críticas hacia las demás, no es una persona coherente.

Mientras no obste una enfermedad psicológica grave, las religiosas de la comunidad, ancianas o jóvenes, pueden curarse del mal de la maledicencia, un mal que no sólo destruye a la persona que lo tiene, sino que es capaz de destruir comunidades y congregaciones. Recuerdo un dicho italiano, que traducido vendría a decir que “la lengua no tiene hueso, pero rompe los huesos”. Por ello un aspecto primordial de la nueva superiora de comunidad es fomentar por todos los medios posibles, la caridad en la vida fraterna de comunidad, ya que es a través de la caridad la forma en que la naturaleza se sana y la gracia puede penetrar y santificar la naturaleza..

¹³ “Gli abbracci fraterni non annullano il vezzo di divorarsi con mormorazioni, pettegolezzi e calunnie. Si parla di comunione, e si pretende realizzarla con l’aggressività. Non ci si rende conto della “forza distruttiva” di parole non improntate al rispetto reciproco e che minano alla base la comunità cristiana. Un giovane monaco, fanatico del digiuno e dell’austerità, e di penitenze assortite, si è sentito ricondotto così, da un anziano, al primato della carità. – È meglio mangiare carne e bere vino che mangiare, con la calunnia e la maldicenza, la carne del fratello.” Alessandro Pronzato, *Alla ricerca delle virtù perdute*, Piero Gribaudi, Editore, Milano 2000, p. 35.

¹⁴ *Ibidem.*, p. 44.

El anaquel

Adviento: Historia, teología y espiritualidad

Eduardo Sanz de Miguel, ocd

I. Introducción

En nuestros días, a partir de octubre ya se pueden ver adornos navideños en los comercios, tanto en los países de tradición cristiana como en los de Oriente Medio, Japón o China. Numerosas páginas de internet recogen fotografías y comentan las costumbres que han surgido en esos países durante los últimos años en torno a la Navidad: conciertos de música clásica, cenas para enamorados en restaurantes occidentales, Christmas Cake para el cumpleaños de Santa Claus, etc. Las películas de Hollywood han extendido una identificación de este tiempo con las decoraciones espectaculares, los conciertos benéficos, los personajes de la factoría Disney, el intercambio de regalos y los buenos sentimientos, acompañados por algún gesto de caridad, pero sin referencias religiosas explícitas. Para muchos, estas fiestas han perdido su identidad cristiana y se han convertido en unas meras vacaciones de invierno.

Pero no debemos fijarnos solo en lo negativo, las características de estas fechas, con su valoración de la vida familiar, de la inocencia de los niños, de los deseos de paz y reconciliación, pueden ser también la manifestación de que perviven algunos valores evangélicos en medio de un mundo incrédulo. Ciertamente, la Navidad no debe reducirse a un cuento para niños ni consiste en un regreso a la inocencia perdida de la infancia, como parecen sugerir las películas que se proyectan en esas fechas.

Si la Navidad ha sufrido una transformación tan grande, para la mayoría de nuestros contemporáneos el Adviento ha desaparecido, devorado por unas fiestas de fin de año que cada vez se adelantan y descristianizan más. Hasta el punto de que la misma palabra Adviento se ha vuelto extraña para la mayoría. Es importante recordar que el Adviento no consiste en la preparación para la fiesta del cumpleaños de Jesús. Tampoco es una mera evocación de las esperanzas del antiguo Israel.

2. Origen y significado del nombre

La palabra latina *adventus* traduce el término griego *parusía*, que originalmente significaba presencia, llegada, y se utilizaba con varios sentidos. En primer lugar, designaban la manifestación poderosa de un dios a sus fieles, por medio de un milagro o de una ceremonia religiosa. En el ámbito civil, indicaban la primera visita oficial a la corte de un personaje importante (un embajador de otro reino, por ejemplo), con la ceremonia en que tomaba posesión de su cargo y los posteriores festejos. El término *parusía-adviento* también se usaba para referirse a la visita solemne del emperador a una ciudad, con todo lo que conllevaba: reparto de regalos, banquetes, indultos, etc. De hecho, en unas excavaciones arqueológicas en Corinto aparecieron unas monedas con una inscripción que recuerda la visita de Nerón a la ciudad, denominada *Adventus Augusti*, y el Cronógrafo del 354 (un calendario de piedra) designa la coronación de Constantino como el *Adventus Divi*. Como la vida religiosa y la civil estaban totalmente unidas, con la llegada del rey se celebraba la epifanía de un dios en el monarca.

Los Santos Padres de la Iglesia comprendieron que hay una relación profunda entre los deseos de salvación que caracterizaban al mundo grecorromano y el mensaje cristiano. Si los pueblos deseaban la cercanía de sus dioses, sin conseguirla, en un tiempo y en un lugar concretos se ha producido el verdadero adviento, la *parusía*, la epifanía de Dios. El Hijo de Dios ha entrado en nuestra historia y ha revelado su misterio, hasta entonces inalcanzable para el hombre. En Cristo, Dios ha dado respuesta a la larga búsqueda de los filósofos y de los hombres religiosos de todos los tiempos. De alguna manera, Dios mismo sembró en ellos los deseos de encontrarlo, y los ha satisfecho: «Es conmovedor comprobar cómo ya la humanidad anterior a Cristo vivía anhelando la venida del verdadero Salvador [...]. Con los nombres de Adviento, *Parusía*, Epifanía y otros por el estilo, ofrecía la antigüedad pagana el cuerpo de palabras más apropiadas al milagro de la verdadera manifestación de Dios entre los cristianos, y la Iglesia no vaciló en llenar estos recipientes preparados por el paganismo, al cual guiaba la providencia de Dios, con la verdad que ansiaban» (Emiliana Löhr).

Esto no significa que el cristianismo sea únicamente la respuesta a las esperanzas de las religiones antiguas, ni aun a sus aspiraciones más nobles, ya que Jesucristo supera cualquier expectativa humana. De hecho, el hombre no sabe cuáles deben ser sus aspiraciones, aquéllas que responden al fin para el que fue creado. San Pablo llega a decir que no sabemos lo que nos conviene (cf. Rom 8,26). Y añade que hemos descubierto el eterno proyecto de Dios sobre el hombre, solo porque Cristo lo ha revelado (cf. Ef 1,3-13). Hasta entonces, ese plan permanecía escondido. Aunque el helenismo aceptaba las categorías de venida, aparición o manifestación de lo divino, nunca habría podido aceptar una encarnación de Dios, concebido como un ser totalmente trascendente e incompatible con la materia. El proyecto de Dios, que se ha revelado en Cristo, supera todos los pensamientos humanos (cf. 1 Cor 2,9).

Jesús no solo nos ha comunicado los contenidos del eterno proyecto de Dios. Él mismo lo ha realizado y nos ha introducido en él. Eso es algo tan novedoso, que no puede venir de los

hombres, sino solo de Dios. Aparecía como algo insensato para los judíos y los griegos de la antigüedad y sigue siendo incomprensible para las religiones y filosofías contemporáneas. Los primeros cristianos se encontraron con la dificultad de expresar estos conceptos sin tener las palabras adecuadas. Por eso tomaron los términos de su ambiente cultural y se sirvieron de ellos, transformándolos. La Iglesia primitiva usó la palabra *adventus* para indicar que Dios nos ha visitado en Cristo y se ha quedado a vivir entre nosotros, por lo que podemos encontrarlo en nuestra historia concreta.

3. Historia del Adviento

Al principio, los cristianos no celebraban el nacimiento de Cristo, sino únicamente su muerte y resurrección. La Pascua era la única fiesta anual y se esperaba el retorno glorioso del Señor durante una fiesta de Pascua, antes de que pasase la generación de sus contemporáneos. La esperanza de la *parusía* se acrecentaba en la liturgia. Por eso querían acelerarla con su oración, como testimonia la plegaria aramea, de proveniencia apostólica, *Maranatha*, que encontramos en I Cor 16,22, en Ap 22,20 y en la Didajé y que tiene dos posibles significados: Ven, Señor, si se lee *Marana Tha* y el Señor viene o ha venido si se lee *Maran Atha*.

A partir del s. IV se generalizó la celebración de la Navidad. San Agustín, hacia el año 400, afirmaba que no es un sacramento en el mismo sentido que la Pascua, sino un simple recuerdo del nacimiento de Jesús, como las memorias de los Santos. Por lo tanto, no necesitaría de un tiempo previo de preparación o de uno posterior de profundización. Sin embargo, 50 años más tarde, san León Magno afirmó que sí lo es. El único sacramento de nuestra salvación se hace presente cada vez que se celebra un aspecto del mismo, por lo que la Navidad es ya el inicio de nuestra redención, que culminará en Pascua. Estas consideraciones posibilitaron su enorme desarrollo teológico y litúrgico hasta formarse un nuevo ciclo celebrativo, distinto del de Pascua, aunque dependiente de él. En Pascua se celebra el misterio redentor de la pasión, muerte y resurrección de Cristo. En Navidad se celebra la encarnación del Hijo de Dios, realizada en vistas de su Pascua, ya que «por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación, bajó del cielo [...] y se hizo hombre», como dice el Credo.

A medida que Navidad-Epifanía fue adquiriendo más importancia, se fue configurando un periodo de preparación. Las noticias más antiguas que se conservan provienen de las Galias e Hispania. Parece que se trataba de una preparación ascética a la Epifanía, en la que los catecúmenos recibían el bautismo. Pronto se les unió toda la comunidad. La duración variaba en cada lugar. Con el tiempo, se generalizó la práctica de cuarenta días. Como comenzaba el día de san Martín de Tours (11 de noviembre), la llamaron Cuaresma de san Martín o Cuaresma de invierno.

Cuando el Adviento fue asumido por la liturgia romana, en el s. VI, ya había adquirido un paralelismo con la Cuaresma, tanto en su duración como en sus contenidos. De hecho, los antiguos sacramentarios romanos contienen oraciones para seis domingos (que se conservan hasta el presente en las liturgias Ambrosiana y Mozárabe). También el Rótulo de Rávena (colección de plegarias del s. V) recoge cuarenta oraciones, una para cada día del Adviento. La fuerte dimensión escatológica de la Cuaresma y de la Pascua impregnó también el Adviento, llegando a ser su dimensión más significativa.

Junto a la tensión escatológica, el Adviento heredó de la Cuaresma el carácter penitencial, entendido como purificación de las propias faltas, en orden a estar preparados para el juicio

final. Por eso, se practicaba un prolongado ayuno. (En la Iglesia Ortodoxa, se sigue ayunando del 15 de noviembre al 24 de diciembre. La víspera de la fiesta solo se puede comer trigo hervido con miel. En Occidente los ayunos se transformaron en abstinencia, excepto en las Téporas de diciembre y la víspera de Navidad. Después del Vaticano II desaparecieron). Igualmente, se generalizó el uso del color negro en los ornamentos sacerdotales (más tarde se pasó al morado), los diáconos no vestían dalmáticas, sino planetas (como una casulla, más pequeña por delante y plegada por detrás) y se eliminaron los cantos del Gloria, el Te Deum y el Ite missa est, así como el sonido de los instrumentos musicales. También se prohibió la celebración de las bodas solemnes. Después del rezo del Oficio Divino, estaban prescritas algunas oraciones de rodillas. En algunos lugares, para asemejarlo todavía más con la Cuaresma, en los últimos días de Adviento se cubrían con velos las imágenes y altares, igual que en el tiempo de Pasión. Durante siglos, el himno más usado en las misas y en el Oficio fue el Rorate coeli desuper, et nubes pluant iustum (Is 45,8), con las estrofas penitenciales que piden perdón por los pecados.

San Gregorio Magno redujo la duración del Adviento en Roma a cuatro semanas. Durante mucho tiempo convivieron las dos fórmulas, aunque a finales del s. XII se impuso definitivamente el uso breve. Las cuatro semanas evocaban la espera mesiánica del Antiguo Testamento, porque se interpretaban como el recuerdo de los cuatro mil años pasados entre la expulsión de Adán del Paraíso y el nacimiento de Cristo, según los cálculos de la época.

Para contrarrestar el espíritu penitencial, la liturgia reintrodujo el Aleluya los domingos en las antífonas del Oficio, lo que se ha conservado hasta el presente, extendido a los otros días de la semana. Los predicadores subrayaron cada vez más el recuerdo de la historia previa al nacimiento de Cristo, haciendo de la dimensión escatológica (tan importante al principio) algo secundario. Ésa ha sido la característica predominante durante siglos.

La liturgia anual de la Iglesia fue evolucionando y transformándose. Con el tiempo, sirvió para evocar toda la historia de la salvación. Adviento se consagró a los acontecimientos del Antiguo Testamento, Navidad a los misterios de la infancia del Señor, el tiempo después de Epifanía a su vida pública, Cuaresma a su pasión y muerte, Pascua a su resurrección, y el tiempo después de Pentecostés a la vida de la Iglesia.

En los momentos actuales, «el tiempo de Adviento comienza con las primeras vísperas del domingo que cae el 30 de noviembre o es el más próximo a este día, y acaba antes de las primeras vísperas de Navidad» (Nualc 40). Su característica principal es la tensión entre la «preparación para la Navidad, en la que se conmemora la primera venida del Hijo de Dios a los hombres y la expectación de la segunda venida de Cristo al fin de los tiempos» (Nualc 39). Consta de dos partes bien diferenciadas. La primera, desde el inicio hasta el 17 de diciembre, tiene una dimensión fundamentalmente escatológica. La segunda, del 17 al 24 del mismo mes, prepara más directamente la Navidad.

4. La triple venida del Señor

Las celebraciones de la Iglesia son memoriales; es decir:

1. Recuerdo de acontecimientos pasados,
2. promesa de realidades futuras y
3. actualización sacramental de lo que se celebra.

Meditando en la venida pasada de Cristo y preparando su venida futura, aprendemos a reconocer su venida presente. Comprendemos que Cristo está viniendo en cada acontecimiento y que tenemos que estar despiertos para acogerle. Para quien lo recibe en la fe, su venida se convierte en salvación. Quien lo rechaza, pierde la oportunidad que se le ofrece y permanece en la condenación.

El Señor vino. Durante el Adviento, la Iglesia mira al pasado: a las esperanzas de Israel, a las promesas de los profetas y a su cumplimiento en Cristo: el Hijo de Dios se hizo hombre para que los hijos de los hombres pudiéramos llegar a ser hijos de Dios. Porque Jesús vino y se ha quedado entre nosotros, en nuestros días no es necesario subir al cielo o bajar al abismo para encontrar a Dios (cf. Rom 10,6-7).

El Señor vendrá. En Adviento, al mismo tiempo que se hacen presentes las obras pasadas de Dios, la Iglesia mira al futuro: a la manifestación gloriosa de Cristo y a la nueva Jerusalén, que descenderá del cielo; cuando la humanidad redimida entrará en el Paraíso verdadero, del que el jardín del Edén era solo anuncio profético, y vivirá la vida de Dios para siempre. Cumpliendo sus promesas, Jesús vendrá para llevar a plenitud su obra salvadora. La liturgia anticipa proféticamente el cumplimiento pleno de sus promesas y nos permite pregonar la vida eterna.

El Señor viene. La liturgia actualiza de una manera misteriosa lo que recordamos (como ya sucedido) y lo que esperamos (como suceso futuro), por lo que podemos hablar de tres venidas del Señor: la que tuvo lugar hace más de 2000 años, la que se realizará al final de los tiempos y la presente, en que ambas se actualizan: Jesús viene, se hace presente entre nosotros. Por eso, la Sagrada Escritura llama a Jesús «el que es, el que era y el que viene» (Ap 1,8) y dice que «es el mismo ayer, hoy y siempre» (Heb 13,8). Este argumento ha sido propuesto continuamente por los autores espirituales, que insisten en la perenne actualidad de la venida del Señor a nuestras vidas.

Es significativo que las primeras oraciones del Adviento inviten a tomar conciencia de la perenne actualidad de la visita de Dios: «Anunciad a todos los pueblos y decidles: “Mirad, viene Dios, nuestro Salvador”». La Iglesia comienza su año litúrgico afirmando que Dios viene. Anuncia que el mismo que nació en Belén y volverá para llevar todo a plenitud, viene hoy. Viene porque somos importantes para Él. Viene para liberarnos de todo lo que nos impide ser felices. Viene para darnos su vida eterna. Y lo hace especialmente por medio de la Iglesia y de su liturgia. Esta venida actual hace significativo el Adviento y asegura que el cristianismo no es solo una hermosa utopía.

5. Invitación a la vigilia (semana I)

Todos sabemos que el cristianismo no es, en primer lugar, un conjunto de doctrinas o de normas morales, sino una persona: Jesús de Nazaret, el encuentro con Él y con la Buena Noticia de su amor. Esto es precisamente lo que celebra el Adviento: que Jesús viene a nosotros y que podemos encontrarlo. Si el Señor llama a nuestras puertas, es natural que la Iglesia nos invite a velar, para evitar que su llegada pase desapercibida. Las lecturas de estos días insisten: «Velad, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor» (Mt 24,42); «Vigilad, pues no sabéis cuándo es el momento» (Mc 13,33ss); «Estad siempre despiertos» (Lc 21,35).

San Pablo repite la invitación de Jesús oponiendo tres imágenes de pecado (noche, oscuridad, dormir) a tres de gracia (día, luz, despertar): «Ya es hora de despertaros del sueño, porque ahora nuestra salvación está más cerca que cuando empezamos a creer. La noche está

avanzada, el día se echa encima: dejemos las actividades de las tinieblas y pertrechémonos con las armas de la luz. Conduzcámonos como en pleno día, con dignidad. Nada de comilonas ni borracheras, nada de lujuria ni desenfreno, nada de riñas ni pependencias. Vestíos del Señor Jesucristo» (Rom 13,11-14).

Velar es despertar. El apóstol no se dirige a paganos que deberían abandonar su vida y convertirse, sino a cristianos que se supone que ya están convertidos. La situación de «oscuridad» no es propia únicamente de una época de la historia anterior a Cristo, aún no redimida. Los creyentes también se encuentran rodeados por los poderes de las tinieblas y, algunas veces, sucumben ante sus seducciones. De ahí la importancia del estar vigilantes, despiertos. San Pablo denomina «actividades de las tinieblas» a las comilonas, borracheras, actos de lujuria, desenfreno, riñas y pependencias. Actividades propias de aquellos que viven en la oscuridad del error y no se dejan iluminar por Cristo. Las actividades nocturnas se identifican con el sueño, con la incapacidad que encuentra el pecador para realizar el proyecto de Dios sobre su vida. Por el contrario, las obras de la luz hacen referencia a la dignidad del ser humano, creado a imagen de Dios y redimido por Cristo. Despertar significa dejarse interpelar por Dios, tomar conciencia de su proyecto sobre el hombre, como primer paso para poder vivirlo.

Velar es acoger el perdón. Despertar del sueño es aceptar la propia verdad, la propia debilidad, y pedir perdón. Solo los que toman conciencia de sus faltas comprenden que siguen necesitando de Cristo, y pueden orar con humildad: «Oh Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve»; es decir: que tu gracia nos vuelva a iluminar y restablezca en nosotros la luz del bautismo, ahora «oscurecida» por el pecado. En el camino de la vida, el creyente puede sentirse débil, afligido por el cansancio y los escándalos que se multiplican y le roban la ilusión de pertenecer a la Iglesia de Cristo. Parece que la oscuridad lo envolviera y que la llama de la fe se debilitara... Ése es el momento de pedirle que su luz nos restaure, es el momento de redescubrir el sentido del Adviento, para acoger con humildad a Cristo, que viene siempre «a buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19,10).

Velar es optar por Cristo. Por desgracia, en ocasiones, también los bautizados nos dejamos arrastrar por las seducciones del mundo. Por eso, Jesús advierte con realismo: «Velad en oración para no caer en la tentación, porque el espíritu está decidido, pero la carne es débil» (Mt 26,41). Hemos de estar atentos para que la gracia de Dios no se desperdicie en nuestras vidas (cf. 2Cor 6,1). La Iglesia invita siempre a velar. El beato John Henry Newman escribió un precioso sermón sobre el Adviento, en el que se pregunta qué significa velar. Mejor o peor, todos sabemos qué es creer, amar y esperar pero, ¿a qué se refiere Jesús cuando nos invita a mantenernos en vela? Comienza con una reflexión vivencial sobre los sentimientos del que espera a alguien. Continúa diciendo que, si el esperado es Cristo, estar en vela tiene que ver con el enamoramiento, con el deseo de encontrarle y de servirle en todos los acontecimientos: «¿Sabes lo que es vivir pendiente de una persona que está contigo, de forma que tus ojos van detrás de los suyos, lees en su alma, percibes todos los cambios en su semblante, anticipas sus deseos, sonrías cuando sonríe y estás triste cuando está triste, y estás abatido cuando está enfadado y te alegras con sus éxitos? Estar vigilante ante la venida de Cristo es un sentimiento parecido a todos éstos, en la medida en que los sentimientos de este mundo son aptos para reflejar los del otro. Está vigilante ante la venida de Cristo la persona que tiene una mente sensible [...], que lo busca en todo cuanto sucede» (J.H. Newman, A la espera del Amigo).

6. El juicio del Señor (semana II)

Movido por su amor, Dios envió al mundo a su propio Hijo, para librarnos del pecado (cf. 1Jn 4,10) y convertirnos en hijos suyos (cf. Gal 4,4ss). Ante este don, la respuesta lógica debería ser la acogida agradecida y la obediencia de la fe. Pero no siempre es así. En el pasado, algunas personas rechazaron a Cristo, y en nuestros días, el fenómeno ha adquirido dimensiones extraordinarias. En el contexto del Adviento, resuenan con fuerza las palabras del Señor: «Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe en la tierra?» (Lc 18,8).

Nuestras opciones nos juzgan. No debemos olvidar que cada venida de Cristo a nuestras vidas va acompañada de un juicio. Lo recuerdan los primeros domingos de Adviento y también los últimos del Tiempo Ordinario. De hecho, el año litúrgico concluye en la solemnidad de Cristo Rey, que ha de venir para llevar a plenitud su obra. El Adviento comienza con la contemplación del mismo misterio. El final y el principio del año litúrgico coinciden en su invitación a vivir seriamente la vocación cristiana, ya que las referencias al juicio final son, antes que nada, un estímulo para la vida presente. Tenemos que entender qué significa el juicio de Jesucristo. Él no necesita pronunciarse. Cada uno de nosotros, con sus elecciones, se juzga a sí mismo, tal como dice el evangelista san Juan: «Dios no envió a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para salvarlo por medio de Él. El que cree en Él no será condenado; por el contrario, el que no cree en Él, ya está condenado, por no haber creído en el Hijo único de Dios. El motivo de esta condenación está en que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz, porque hacían el mal» (Jn 3,17-19).

Cristo es la luz del mundo, el salvador enviado por el Padre. Ante Él hay que hacer una opción: o acogemos la luz, el perdón y la vida, o permanecemos en la oscuridad, la culpa y la muerte. La propia salvación o condenación dependen de nuestra actitud ante su persona. El juicio es, al mismo tiempo, salvación para los que reciben a Cristo y condenación para quienes lo rechazan. Por lo tanto, cada uno de nosotros se juzga a sí mismo, al decidir de qué parte quiere estar. San Juan dice que, cuando Jesús vino a los suyos, «los suyos no lo recibieron; pero, a cuantos lo recibieron, les dio poder para convertirse en hijos de Dios» (Jn 1,11-12). Este es el verdadero drama del ser humano: Cristo viene a darle vida eterna, a hacerle hijo de Dios, pero no le obliga, sino que respeta su libertad. Él debe decidir y, con sus opciones, condiciona su futuro.

La seriedad del Adviento. Cristo nos ofrece la posibilidad de ser hijos de Dios pero, a menudo, nos preocupa más el plan de pensiones o dónde pasaremos las próximas vacaciones. Por eso la Iglesia, que conoce nuestra debilidad, nos enseña a orar así: «Señor todopoderoso, rico en misericordia, cuando salimos animosos al encuentro de tu Hijo, no permitas que lo impidan los afanes de este mundo; guíanos hasta Él con sabiduría divina para que podamos participar plenamente de su vida». Necesitamos que Cristo venga a salvarnos, ya que no podemos salvarnos a nosotros mismos. Pero corremos el peligro de ser absorbidos por los afanes de este mundo y de olvidar cuál es el negocio más importante de la vida. Por eso suplicamos a Dios que nos dé su sabiduría, para que sepamos reconocer a Cristo en cada una de sus venidas. Esta oración ilumina la seriedad del Adviento.

En cada celebración de la Iglesia (es decir, en cada Adventus Domini) se cumplen las palabras de Jesús: «Ahora es el juicio de este mundo, ahora es arrojado fuera el príncipe de este mundo» (Jn 12,31). «Ahora» tengo que tomar decisiones, porque «ahora» se me convoca a juicio. Los que acogen la presencia salvadora de Jesús son salvados, los que la rechazan, permanecen en sus pecados. Esto me obliga a hacer una opción clara.

El cristianismo no es un movimiento más, que intenta dar una respuesta al deseo de trascendencia que arde en lo más profundo del hombre. No es una propuesta entre otras (aunque fuera considerada la más profunda y original). Si Dios mismo ha salido a nuestro encuentro y nos ha traído la salvación Jesucristo, no podemos permanecer indiferentes ante su venida. Debemos tomar decisiones, que tienen consecuencias. Por eso, los evangelios del primer domingo de Adviento (en sus tres ciclos) invitan a estar vigilantes para acoger al Señor que viene; y los del segundo (también en sus tres ciclos) transmiten el mensaje de Juan Bautista, que llama a la conversión, porque el Señor que viene es el juez del universo.

Jesús advierte (y con Él, la liturgia de la Iglesia) que, cuando venga, «los hombres quedarán sin aliento por el miedo y la ansiedad ante lo que se les viene encima» (Lc 21,26). Se refiere a los que no han abandonado las obras de las tinieblas mientras han tenido oportunidad, a los que no han preparado su corazón para acogerle. A continuación, Jesús añade, dirigiéndose a sus discípulos: «Cuando empiece a suceder esto, levantaos, alzad la cabeza: se acerca vuestra liberación» (Lc 21,28). Por eso, el juicio no inspira temor en los creyentes, sino confianza. La historia entera adquiere luz a partir del destino final, del cumplimiento último, hacia el que nos encaminamos y que ya podemos pregonar.

Todo ser humano necesita de esperanzas que le mantengan en el camino. Las dos primeras semanas de Adviento anuncian la gran esperanza, la salvación definitiva que puede dar un sentido a nuestras caídas y sufrimientos, a nuestro presente, aunque a veces sea fatigoso. Algo que no podemos alcanzar por nosotros mismos, pero que Dios nos ha prometido en Cristo. Este es el motivo por el que los cristianos queremos acelerar el día final, el triunfo definitivo de Cristo, que supone «nuestra liberación» del pecado, del sufrimiento y de la muerte; e insistimos: «Ven, Señor».

7. La alegría cristiana (semana III)

El tercer domingo de Adviento, llamado de Gaudete, recibe su nombre de la primera palabra del introito de la misa, tomado de un texto de san Pablo: «Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres. El Señor está cerca» (Flp 4,4-5). El gozo por la cercanía de Navidad se refleja en las flores de los templos, en la música y en las vestiduras litúrgicas, que por un día dejan el morado penitencial para transformarse en rosa. Parece ser que el origen se encuentra en la antigua costumbre de entregar ese día la Rosa de Oro; distinción que el Papa, desde el s. XI, ofrecía a algunos príncipes, como agradecimiento por su defensa de la Iglesia. Era ungida con Crisma el domingo IV de Cuaresma o de Laetare, que es el otro día en que también se usan los ornamentos de color rosa. Últimamente, los Papas la han ofrecido a algunos santuarios marianos, como Lourdes, Fátima, Guadalupe, Loreto o Aparecida.

En la Odisea, Homero llama siempre a la Aurora como «la de los dedos de rosa». Hermosa imagen, muy apropiada para este día que ya vislumbra la aparición de Cristo, sol que viene a visitarnos. Algunas poesías aclaman a María como la aurora que anuncia la llegada del sol salvador de los hombres, que es Cristo. Como en Navidad ese sol se manifiesta en un niño recién nacido, el rosa de los ornamentos es el color de los dedos de la aurora-madre y es también el color de la carne rosada y suave de su hijo.

La liturgia invita al gozo por la venida del Señor, al que llama «alegría y júbilo de cuantos esperan su llegada» e invita a celebrar «con alegría desbordante» la Navidad, a la que define como «fiesta de gozo» para todos los creyentes. Haciéndose eco de las promesas de los profetas (Zac 2,14; Sof 3,14-18; Jl 2,23-27; etc.) y del saludo del ángel a la Virgen María (Lc

1,28), invita a la alegría a la ciudad de Dios, que es figura de toda la Iglesia: «Alégrate, Jerusalén, porque viene a ti el Salvador». Incluso llega a pedir que se alegre toda la naturaleza ante la llegada del Señor: «Destilen los montes alegría, porque con poder viene el Señor, luz del mundo».

La cercanía del Señor es fuente de alegría. «El Señor está cerca». Estas palabras revelan la esencia del Adviento y del cristianismo en general. La cercanía del Señor y de su juicio no despierta temor en los creyentes, sino alegría, porque viene para salvarnos. Todo el evangelio es un gozoso anuncio del amor de Dios, manifestado en Cristo. La liturgia de Adviento lo recuerda de una manera especial. Somos dichosos porque ya no estamos en la situación de los justos que esperaron en el cumplimiento de unas promesas lejanas en el tiempo (cf. Mt 13,16-17). El Señor ha venido y se ha quedado. Tampoco hay que ir a buscarlo a sitios lejanos, ya que está más cerca de nosotros que nosotros mismos. Porque el Señor está cerca, la Iglesia se goza como la esposa en compañía de su Amado. A pesar de las contradicciones y de las zozobras, la cercanía del Señor es fuente de alegría y paz.

De por sí, toda la liturgia de Adviento es una invitación a la alegría. Incluso en medio de la oscuridad, los cristianos deben alegrarse porque «el Señor está cerca». Él no abandona a los suyos en la prueba. Los cristianos estamos invitados a compartir con los demás de la alegría que celebramos, la que brota del encuentro con Cristo.

8. La preparación de Navidad (últimos días de Adviento)

El 17 de diciembre la Iglesia latina comienza la segunda etapa del Adviento, dedicada a preparar más directamente las fiestas navideñas, lo que imprime un carácter especial a las lecturas y oraciones de la liturgia. A partir de ese día, en las primeras lecturas de la misa se proclaman las promesas mesiánicas de los profetas, que encuentran su cumplimiento en las primeras páginas de los evangelios de san Mateo y san Lucas, que se leen a continuación. Allí se presentan las escenas inmediatamente anteriores al nacimiento del Señor: anuncios del nacimiento de Juan y de Jesús, visitación de María a Isabel, cánticos de Zacarías y de María, genealogía de Jesús.

Las oraciones hacen continuas referencias a la cercanía de Navidad y a las actitudes necesarias para celebrarla cristianamente: «Al acercarse las fiestas de la Navidad, te rogamos que tu Verbo, que se hizo carne en el seno de la Virgen María y habitó entre nosotros, nos haga sentir su amor y su misericordia». La del día 24 por la mañana suplica directamente a Cristo que no retrase su venida, tan largamente deseada: «Apresúrate, Señor Jesús, no tardes ya, para que tu venida dé nuevas fuerzas y ánimo a quienes hemos puesto nuestra confianza en tu misericordia». La Iglesia, que ve en Cristo la fuente de su alegría y de su paz, expresa así sus sentimientos: «Es justo darte gracias, Padre, por Cristo, a quien los profetas anunciaron, la Virgen esperó con inefable amor de Madre, Juan lo proclamó ya próximo y señaló después entre los hombres. El mismo Señor nos concede ahora prepararnos con alegría al misterio de su nacimiento, para encontrarnos así, cuando llegue, velando en oración y cantando su alabanza».

Incluso los himnos de la liturgia de las horas se cambian, proponiéndose unos más navideños que los usados durante la primera parte del Adviento. La preparación del belén en los hogares cristianos, la novena al Niño Jesús, las Posadas y otras prácticas piadosas son también propias de estos días.

9. Las antífonas mayores de Adviento

La esperanza cristiana ha encontrado una feliz formulación en las hermosas antífonas mayores, que acompañan el magnificat en vísperas y que son los elementos más característicos de los últimos días de Adviento. En la antigüedad, se cantaban con gran solemnidad en las catedrales y monasterios, reservando una antífona para cada una de las dignidades, que la entonaba solo. Después respondía el coro, repitiéndola.

En latín, comienzan por la exclamación admirativa «O» (en español, por «Oh»). De ahí viene que Nuestra Señora de la Esperanza o de la Expectación, cuya fiesta litúrgica se celebra el 18 de diciembre, sea llamada también Virgen de la O. Boecio (s. V) hace una breve referencia a las antífonas de Adviento, por lo que podrían remontarse a su época (al menos, en una primera redacción). Adquirieron la forma actual en el s. VII. Posteriormente se añadieron otras, llegando a 10 ó 12, según las zonas. La liturgia romana actual conserva las 7 primitivas. Son un magnífico compendio de cristología y, a la vez, un resumen de los deseos de salvación de toda la humanidad, tanto del Israel del Antiguo Testamento como de la Iglesia del Nuevo. Condensan el espíritu del Adviento y la Navidad. Todas comienzan expresando la sorpresa de la Iglesia ante el misterio de un Dios hecho hombre, por lo que dice con asombro: «Oh». Esta aclamación inicial sirve para subrayar la fascinación de quien contempla algo inaudito y admirable.

Continúan las antífonas con una comprensión cada vez más profunda del misterio de Cristo, sirviéndose de títulos y expresiones de la Biblia. Jesús es aclamado como Sabiduría, Pastor, Sol, Rey, Emmanuel. Todos estos títulos son necesarios para comprender su identidad, aunque todos son insuficientes, ya que el misterio de Cristo nunca puede ser totalmente explicado con palabras. De ahí que la exclamación admirativa «Oh», con la que inicia cada una de las antífonas, sea tan importante.

Después de aclamar a Cristo con títulos diversos, todas terminan con la súplica: «Ven» y una indicación de los efectos que se esperan de su venida: la liberación del pecado y de la muerte, la enseñanza de la verdad, la salvación eterna. Además de en Vísperas, en nuestros días se proponen, algo resumidas, como versículo del aleluya antes del evangelio de la misa.

En el original latino, comienzan así: O Sapientia (sabiduría, Palabra de Dios dirigida a los hombres); O Adonai (Señor poderoso); O Radix (raíz, renuevo de Jesé); O Clavis (llave de David, que abre y cierra); O Oriens (oriente, sol, luz); O Rex (rey de paz); O Emmanuel (Dios-con-nosotros). Leídas en sentido inverso, las iniciales latinas de los títulos de Cristo forman el acróstico *ero cras*, que significa «seré mañana», «vendré mañana». Estamos, finalmente, ante la respuesta del Mesías a la súplica de sus fieles, que le dicen: «Ven pronto». Esta idea, escondida en las antífonas, se formula con claridad el día 24 por la mañana: «Hoy sabréis que viene el Señor, y mañana contemplaréis su gloria». Por la tarde, la Iglesia afirma convencida: «Cuando salga el sol, veréis al Rey de reyes, que viene del Padre, como el esposo sale de su cámara nupcial». Los anuncios de los profetas, las esperanzas de la Iglesia, finalmente, van a tener cumplimiento.

Tal como las recoge el breviario, dicen así:

Día 17: Oh Sabiduría, que brotaste de los labios del Altísimo, abarcando del uno al otro confín y ordenándolo todo con firmeza y suavidad, ven y muéstranos el camino de la salvación.

Día 18: Oh Adonai, Pastor de la casa de Israel, que te apareciste a Moisés en la zarza ardiente y en el Sinaí le diste tu ley, ven a librnarnos con el poder de tu brazo.

Día 19: Oh Renuevo del tronco de Jesé, que te alzas como un signo para los pueblos, ante quien los reyes enmudecen y cuyo auxilio imploran las naciones, ven a librnarnos, no tardes más.

Día 20: Oh Llave de David y Cetro de la casa de Israel, que abres y nadie puede cerrar, cierras y nadie puede abrir, ven y libra a los cautivos que viven en tinieblas y en sombra de muerte.

Día 21: Oh Sol que naces de lo alto, Resplandor de la luz eterna, Sol de justicia, ven ahora a iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte.

Día 22: Oh Rey de las naciones y Deseado de los pueblos, Piedra angular de la Iglesia, que haces de dos pueblos uno solo, ven y salva al hombre que formaste del barro de la tierra.

Día 23: Oh Emmanuel, rey y legislador nuestro, esperanza de las naciones y salvador de los pueblos, ven a salvarnos, Señor Dios nuestro.

10. Personajes del Adviento

En la liturgia de Adviento, la Iglesia deposita su mirada principalmente sobre cuatro grandes figuras bíblicas (Isaías, Juan Bautista, María y José), que la ayudan a vivir este tiempo con autenticidad.

Isaías

El primer personaje es el que muchos autores antiguos llaman el evangelista del Antiguo Testamento. Se lee durante el Adviento según una costumbre presente en todas las tradiciones litúrgicas, ya que él expresa con gran belleza la esperanza que brota de la fe y que ha confortado al pueblo elegido en los momentos difíciles de su historia.

Es el profeta más citado por los escritores del Nuevo Testamento, ya que habla tanto de la gloria del Mesías como de los sufrimientos del siervo de YHWH, que traerán la salvación al pueblo. En Adviento, de él se toman la mayoría de las primeras lecturas de la misa (tanto ferial como dominical) y del Oficio de Lectura. Estos textos son un anuncio de esperanza para los hombres de todos los tiempos, independientemente de las circunstancias concretas que les toque vivir. Todos ansiamos un tiempo en el que las víctimas del egoísmo encuentren justicia, en que las armas se transformen en instrumentos de trabajo y los pueblos vivan unidos.

Al mismo tiempo, Isaías invita a no permanecer con los brazos cruzados, a preparar activamente el camino del Señor, a hacer posible su venida al mundo: «Preparad el camino al Señor; allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios; que los valles se levanten, que montes y colinas se abajen, que lo torcido se enderece y lo escabroso se iguale» (Is 40,3-4). Estas palabras serán el corazón del anuncio de san Juan Bautista. La Iglesia las repite en las oraciones de Adviento. El Señor viene, pero quiere que le preparemos el camino abajando los montes del orgullo y rellenando los valles de la indiferencia, enderezando los comportamientos que se han desviado, igualando los derechos de todos. La salvación será un don de Dios en Cristo, pero Él quiere que nos dispongamos convenientemente y, de alguna manera, la adelantemos con nuestras buenas obras.

Juan Bautista

Es el segundo personaje de Adviento, cuya historia se lee los domingos segundo (en sus tres ciclos) y tercero (ciclos a y b) y los días feriales (desde el sábado de la segunda semana hasta el viernes de la tercera). Las lecturas patrísticas del segundo y tercer domingo reflexionan sobre su mensaje. Su ayuno, su ascetismo y su oración en la soledad del desierto son un estímulo para los que quieren acoger al «Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn 1,29). Bien encarna, por lo tanto, el espíritu de Adviento.

Juan es el punto de unión entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, entre las promesas y su cumplimiento. Es el último de los profetas de Israel y el primero de los evangelistas. Después de varios años de retiro y soledad, comenzó su tarea de predicación. Muchos lo escucharon y se acercaron al río para participar en el rito penitencial que él proponía. Insistía en que la urgencia de la conversión estaba motivada por la llegada inminente del reino de Dios, tantas veces anunciado por los profetas. Supo reconocer al Mesías y dar testimonio de Él.

Quizás su testimonio más significativo sea el que da poco antes de morir, cuando manda mensajeros a preguntar a Jesús: «¿Eres tú el que tenía que venir o esperamos a otro?» (Lc 7,19). La franqueza de la pregunta es la garantía de su seriedad. Juan se encuentra al final de su existencia, caracterizada por las privaciones. Vivir de saltamontes y miel silvestre en el desierto no tiene nada que ver con las excursiones turísticas a los lugares santos o con las idealizaciones de las personas devotas. Él lo ha hecho sostenido por el convencimiento de una misión divina. Ahora todo parece hundirse, ya que Jesús no respondía a las expectativas de Juan.

La respuesta de Cristo sirve para confirmarle en la fe y para ponerle un nuevo reto: «Contad a Juan Bautista lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los sordos oyen, los muertos resucitan, a los pobres se les anuncia el Evangelio, y ¡idichosos los que no se escandalicen de mí!» (Lc 7,22-23). Efectivamente, se han cumplido las palabras de Isaías, que indicaban las señales de los días últimos. Si el bien vence sobre el mal y la buena noticia se anuncia a los anawin, al resto humilde de Israel que confiaba en las promesas de Dios y esperaba su realización, es porque han llegado los días de la salvación.

Cuando los embajadores de Juan se retiran, Jesús dice que este no era «una caña batida por el viento», es decir: un hombre sin raíces ni convicciones, sino un profeta, «e incluso más que un profeta». Juan conocía las obras de Jesús, pero en cierto momento duda de que Él se ajustara a la figura de Mesías que sus contemporáneos esperaban, por lo que corre el riesgo de «escandalizarse». Efectivamente, con Jesús irrumpe en el mundo la novedad de Dios, que cumple las promesas del Antiguo Testamento superándolas, que va más allá de nuestras expectativas, que rompe nuestros esquemas, que nos obliga a hacernos pequeños para ver, más allá de las apariencias, los signos que muestran que Jesús es el que vino, el que vendrá, el que está viniendo.

Jesús invita a creer no solo cuando Dios se adapta a nuestras ideas sino, especialmente, cuando las rompe. Precisamente Juan Bautista, que dará el testimonio supremo al derramar su sangre, se convierte en figura de Jesús, que nos salva por medio del anonadamiento y del don total de sí. El Adviento de Dios sigue aconteciendo en la humildad. Él viene a los corazones de aquellos que no se dejan escandalizar por el hecho de que Dios no se presente como ellos deseaban. Viene a los corazones de los que están abiertos a la perenne novedad de Dios, que nunca se encierra en los pensamientos y deseos de los hombres, por muy nobles que sean.

María

El Vaticano II recuerda que en María confluyen las esperanzas mesiánicas del Antiguo Testamento: «Con ella, excelsa Hija de Sión, tras larga espera de la promesa, se cumple la plenitud de los tiempos y se inaugura la nueva Economía, cuando el Hijo de Dios asumió de ella la naturaleza humana para librar al hombre del pecado mediante los misterios de su carne» (LG 55). María es modelo excelso de las actitudes propias del Adviento: la confianza en la Palabra de Dios, que cumple sus promesas, y la disponibilidad para acoger al Señor que viene. Pablo VI, en su encíclica sobre el culto mariano, indica la profunda relación existente entre el Adviento y María: «La liturgia de Adviento, uniendo la espera mesiánica y la espera del glorioso retorno de Cristo al admirable recuerdo de la Madre, presenta un feliz equilibrio cultual que puede ser tomado como norma para impedir toda tendencia a separar el culto a la Virgen de su necesario punto de referencia: Cristo. Resulta así que este periodo, como han observado los especialistas en liturgia, debe ser considerado como un tiempo particularmente apto para el culto de la Madre del Señor» (Marialis Cultus, 3-4).

De hecho, en las misas de Adviento, María está presente en los textos bíblicos y en las oraciones, subrayando el paralelismo Adán-Cristo y Eva-María, muy común en los Santos Padres. Los textos de la liturgia de las Horas también la citan e invocan desde el principio. Ya al final del Adviento, la figura de María se une de una manera indisoluble con el cumplimiento de las promesas y la llegada del tiempo esperado.

Las actitudes de María se convierten en el modelo que los cristianos deben seguir para vivir el Adviento: su fe, su silencio, su oración, su alabanza agradecida al Padre, su disponibilidad a la voluntad de Dios y al servicio. Las fiestas de la Inmaculada, de Nuestra Señora de Guadalupe y de Nuestra Señora de la Esperanza, celebradas en el corazón de este tiempo litúrgico, subrayan aún más la relación de María con el Adviento.

José

Terminemos esta sección recordando a san José, especialmente presente en los evangelios de los días anteriores a la fiesta de Navidad. Dos aspectos hacen de san José uno de los personajes importantes del Adviento y de toda la historia de la salvación: su descendencia davídica (que él transmite a Jesús) y su condición de justo.

Respecto al primer punto, recordemos que José pertenece a la estirpe de David (cf. Mt 1,20). En cuanto que Jesús es legalmente el «hijo de José» (Lc 4,22), puede reclamar para sí el título mesiánico de «hijo de David» (cf. Mt 22,41-46), dando cumplimiento en su persona a las promesas hechas a su antepasado: «Mantendré el linaje salido de ti y consolidaré tu reino» (2Sm 7,12ss). José es el anillo que une a Jesús con la historia de Israel, desde Abrahán en adelante, según la genealogía de Mateo (1,1-16), y con las esperanzas de toda la humanidad, desde Adán, según la genealogía de Lucas (3,23-38).

Respecto al segundo punto, cuando la Escritura llama «justo» a José quiere decir, ante todo, que es un hombre de fe, que ha acogido en su vida la Palabra de Dios y su proyecto sobre él. Como Abrahán, ha renunciado a sus seguridades y se ha puesto en camino sin saber adónde iba, fiándose de Dios. De esta manera, vive las verdaderas actitudes del Adviento: la fe inquebrantable en la bondad de Dios, la acogida solícita de su Palabra y la obediencia incondicional a su voluntad.

Hablando de la relación entre san José y el Adviento, Benedicto XVI reflexiona sobre el silencio del santo Patriarca, manifestación de su actitud contemplativa, del asombro ante el misterio de Dios. Siguiendo su ejemplo, nos invita a vivir este tiempo en actitud de recogimiento interior, para meditar la Palabra de Dios y acogerle cuando viene a nuestra vida: «El silencio de san José no manifiesta un vacío interior, sino la plenitud de fe que lleva en su corazón y que guía todos sus pensamientos y todos sus actos. Un silencio gracias al cual san José, al unísono con María, guarda la palabra de Dios, conocida a través de las sagradas Escrituras, confrontándola continuamente con los acontecimientos de la vida de Jesús; un silencio entretejido de oración constante, oración de bendición del Señor, de adoración de su santísima voluntad y de confianza sin reservas en su providencia» (Ángelus, 18-12-2005).

Adviento, tiempo de la espera de Cristo

Jesús Castellano

I. Volver a empezar, volver a esperar

El año litúrgico que empieza con el tiempo de Adviento, marca el ritmo vital de la Iglesia en camino hacia su realización escatológica en el encuentro definitivo con el Señor. Cada año, al recorrer el ciclo anual de los misterios de Cristo, entramos en comunión con el Señor en la triple dimensión del misterio ya anunciado y cumplido (el pasado), de su presencia permanente que nos permite participar de este misterio en la liturgia de la Iglesia (el presente), de la espera de la bienaventurada realización del misterio anunciado y ya presente en su última y definitiva manifestación (el futuro).

Y sin embargo no deberíamos tener nunca la sensación que el año litúrgico que vuelve puntual en cada ciclo temporal, sea una repetición; como si nuestra vida y nuestra experiencia de los misterios fuera una especie de círculo cerrado que vuelve continuamente sobre sí mismo, como una eterna y monótona repetición de celebraciones. Cristo que es el Señor de la historia ha salvado nuestra experiencia humana del fatalismo del eterno retorno. El tiempo está abierto hacia el futuro, como en espiral, o como quien va hacia la cima de una montaña, subiendo poco a poco, bordeando la montaña. El tiempo es ya tiempo oportuno de Dios. Y es tiempo nuevo. Nuevo con la novedad de Dios. Nuevo con la novedad de nuestra propia experiencia humana y eclesial que permite que el misterio celebrado cobre tonos nuevos, tenga resonancias inéditas, nos ofrezca la posibilidad de vivir en salvación el momento presente de nuestra historia, en contacto con el eterno misterio de Cristo.

Estamos ya en Adviento y se acerca Navidad. Y con estos dos momentos iniciales del año litúrgico se nos ofrece la posibilidad de vivir algunos momentos o aspectos del misterio de Cristo y de la Iglesia.

El misterio de Cristo que celebramos en este tiempo es precisamente el del Mesías anunciado, esperado, que finalmente ha llegado para realizar las promesas y las

esperanzas. Y es también el misterio de aquel que tiene que venir al final de los tiempos. Por eso la Iglesia celebra el Adviento con una atención vigilante, atenta al misterio de la historia y a los signos de los tiempos, solícita por preparar los caminos del Señor y colaborar á la llegada definitiva de su Reino. Tiempo que espera con el sabor de esperanzas cumplidas; cuando llega Navidad, y se celebra la fidelidad de Dios a sus promesas con la venida de su Hijo, manifestación del amor de Dios para todos los hombres. El Verbo Encarnado, el Emmanuel, cuyos pasos se escuchan a través de las páginas del Antiguo Testamento, como afirman los Padres de la Iglesia, es ya una afirmación anticipada y una promesa cumplida que asegura a la Iglesia que también las esperanzas escatológicas tendrán su cumplimiento cabal.

Es también Adviento tiempo de la Iglesia. Iglesia que somos nosotros. Un misterio que nos concierne y una responsabilidad que nos atañe. Iglesia de Adviento que es Iglesia en vela, comunidad de la esperanza, pueblo peregrino y misionero, depositario de las promesas e intérprete de los anhelos de toda la humanidad. Iglesia misionera del anuncio del "Esperado de todas las naciones", en un tiempo en el que para muchos pueblos todavía es Adviento.

Adviento y Navidad son como las dos caras de una misma medalla en esta experiencia litúrgica de la Iglesia. Por una parte la espera y la esperanza; por otra la presencia y el cumplimiento de las promesas. Navidad asegura a este nuevo Adviento de la historia, en espera de Cristo glorioso, la fidelidad de Dios. No son vanas nuestras esperanzas, como no fueron vanas las del pueblo de Israel que esperaba al Mesías. Por eso Adviento es celebración de la espera mesiánica de nuestros Padres en la fe y actualización de nuestras esperanzas de cara a Cristo, cuando venga a salvar definitivamente nuestro mundo y nuestra historia. Y Navidad, en la que desemboca el Adviento, es celebración del Dios con nosotros, gozo por la compañía de Dios que desde hace dos mil años está presente en la vida de la Iglesia, a partir de su Encarnación y en una misteriosa y real presencia en los misterios de la liturgia.

2. El sabor primitivo del Adviento cristiano: "Marana-thá"

Sabemos que la celebración litúrgica de Adviento, como espera del Señor, es relativamente tardía en la tradición de la Iglesia. Su organización definitiva en la liturgia romana es del siglo VI. Y sin embargo lo que celebra tiene un inconfundible sabor primitivo que nos hace remontar a los primeros días de la Iglesia apostólica. La clave para entender este sentido primitivo del Adviento cristiano y vivirlo en sintonía con las esperanzas de la Iglesia primitiva nos la ofrece una palabra breve y densa en su significado; una palabra que resume la espiritualidad del Adviento y su misma oración litúrgica. Una palabra que hace de puente entre el ayer y el hoy, y nos proyecta hacia el futuro. Es la palabra "Maranatha".

Esta expresión, conservada casi como una reliquia en la misma lengua materna de Jesús, resonaba en las asambleas primitivas como resuena hoy en nuestro Adviento. Y puede y debe convertirse para nosotros es una fórmula para la "oración del corazón", como una invocación que se hace con el latido del corazón y el ritmo respiratorio, como para entrar con todo nuestro ser en la espiritualidad del Adviento.

Esta palabra tiene un doble significado, según sus dos posibles lecturas. Si separamos las dos primeras sílabas, la palabra *Maran-athá* se convierte en una afirmación gozosa,

pletórica de fe. Significa: "El Señor viene" o "El Señor ha venido". Es una fórmula, pues, que aclama la presencia del Resucitado en medio de la comunidad cultural. En cambio, si la pronunciamos separando las tres primeras sílabas de la cuarta diciendo *Marana-thá*, la invocación se convierte en un grito de esperanza: "Ven, Señor", como en las últimas palabras del Apocalipsis: "Ven, Señor Jesús" (Ap 22,20; Cfr. I Cor 16,22).

Las dos lecturas tienen su fundamento literario, su significado teológico y su carga de experiencia cristiana, tanto en la primitiva comunidad cristiana como en nuestra comunidad litúrgica. El Señor está presente en su comunidad, como él lo ha prometido (Cfr. Mt 18,20). Y sin embargo esta presencia no es evidente y no es definitiva. Por eso, cuanto más real es su presencia en la Iglesia, como en la celebración eucarística, más imperioso se hace el deseo de la presencia sin velos, de la manifestación definitiva. Y por eso aclamamos: "Ven, Señor, Jesús".

Es significativo que esta expresión se encuentre en la última página de la revelación del N.T. que es el Apocalipsis, como el último suspiro del Espíritu y de la Esposa, como la oración definitiva e incesante que rasga los cielos a través de los tiempos y resuena como un secreto de la historia que tiene que cumplirse, esperanza y deseo de los cristianos, pero con una proyección universal. Hasta el momento en que se escuche ya cercana la voz del que continuamente viene y diga: "Sí, vendré pronto" (Ap 22,20). Entonces comprenderemos que ya estaba con nosotros. Y ahora nos invita a que para siempre estemos con Él.

Curiosamente sabemos que esta expresión cristiana ha nacido en el ambiente de las celebraciones eucarísticas primitivas. Los discípulos que habían conocido al Maestro y hablaban de él suscitaban, podemos pensar, una gran nostalgia por su persona, un gran deseo de conocerlo. Esta nostalgia se convirtió en impaciencia escatológica por su venida, cuando las comunidades primitivas creyeron inminente su retorno. Por eso cada vez que en el memorial litúrgico del Señor, la Eucaristía, se celebraba en un intenso clima de esperanza, se evocaba la presencia del Resucitado y se profesaba la fe en su misteriosa autodonación en los signos del pan y del vino, "eucaristizados". Y sin embargo la presencia sacramental no colmaba el deseo de verlo cara a cara y se hacía más ardiente la súplica: "Marana-thá: "Señor, ven".

3. Adviento, proyección de la Pascua

Esta experiencia primitiva de la espera impaciente del retorno del Señor que nace de la Pascua, es fundamento de nuestra celebración actual del Adviento, como lo es también aquella larga espera de nuestros Padres en la fe que volvían sus miradas hacia el futuro, casi vislumbrando, como hacen los profetas, los rasgos de aquel que tenía que venir para salvar a su pueblo.

Por eso el tema del "Marana-thá", repetido en las invocaciones y en los himnos de Adviento, es como una prolongación de la invocación del Padre nuestro: "Venga a nosotros tu Reino". Ambas invocaciones nos permiten vivir una instancia fundamental de la experiencia cristiana que la Iglesia celebra de un modo coral en Adviento: la esperanza de la definitiva venida del Señor.

Así Adviento es como una proyección de la Pascua, una ritualización prolongada de una de las dimensiones esenciales de la Vigilia pascual que es la raíz y síntesis de todo el Año litúrgico. En realidad, la primera ritualización de la esperanza escatológica, los cristianos la

celebraban en la Vigilia pascual. Si antiguas tradiciones hebreas aseguraban que el Mesías tenía que venir en la celebración de la Cena pascual, los cristianos recogieron también esta tradición. Cuando se reunían para celebrar la Pascua tenían la certeza de que el Señor volvería una vez u otra. Un texto de San Jerónimo nos recuerda esta curiosa tradición: "Una tradición de los judíos dice que Cristo vendrá a medianoche, como en el tiempo de Egipto, cuando se celebró la Pascua... De aquí creo que viene la tradición apostólica que ha llegado hasta nosotros; según ésta no es lícito despedir la asamblea en la vigilia pascual antes de medianoche, mientras se espera todavía la venida de Cristo. Pero pasado este tiempo, todos hacen fiesta, al recobrar de nuevo la seguridad".

Textos litúrgicos antiguos, conservados todavía hoy en la celebración eucarística ambrosiana, ponen en labios del Señor estas palabras con las que aclamamos su presencia después de la consagración: "Cada vez que hagáis esto, lo haréis como memorial mío: anunciaréis mi muerte, proclamaréis mi resurrección, esperaréis con confianza mi retomo, hasta que venga de nuevo a vosotros desde el cielo".

Se puede, pues, afirmar que Adviento celebra un fragmento de la Pascua, su dimensión escatológica, y al colocarse como preparación del principio del misterio pascual que es Navidad, nos hace revivir la otra espera y la otra venida. La espera de los justos del Antiguo Testamento, y la venida que cumplió tantas promesas, el misterio de Navidad, misterio de la presencia del Dios con nosotros.

4. Adviento, espiritualidad de la esperanza

Estas dos actitudes, la espera escatológica y la espera mesiánica, dan el tono a la espiritualidad del Adviento y marcan el pensamiento de la Iglesia en su plegaria litúrgica, haciendo de ella la comunidad de la esperanza. Una venida anuncia y confirma la otra. Navidad es garantía de la Parusía del Señor. Pero nosotros nos podemos vivir el Adviento como los justos del Antiguo Testamento, como si en realidad el Mesías no hubiera venido. Adviento no es ficción. Es realidad, a partir del misterio de la Pascua.

La Iglesia nos dice a propósito de este tiempo de gracia: "El tiempo de Adviento tiene una doble índole: es el tiempo de preparación para las solemnidades de Navidad, en las que se conmemora la primera venida del Hijo de Dios a los hombres, y es a la vez el tiempo en el que por este recuerdo se dirigen las mentes hacia la expectación de la segunda venida de Cristo al fin de los tiempos. Por estas dos razones el Adviento se nos manifiesta como tiempo de una expectación piadosa y alegre".

Da el tono a esta orientación litúrgica el primer prefacio de Adviento, cuando bendecimos al Padre por este misterio de la espera de Cristo: "Quien al venir por vez primera en la humildad de nuestra carne, realizó el plan de redención trazado desde antiguo y nos abrió el camino de la salvación; para que cuando venga de nuevo en la majestad de su gloria, revelando así la plenitud de su obra, podamos recibir los bienes prometidos que ahora, en vigilante espera, confiamos alcanzar".

Entre el pasado y el futuro ¿cuál puede ser el significado del Adviento litúrgico para la vida de la Iglesia? ¿Cómo enriquecer el Adviento con nuestra propia experiencia espiritual y social de personas y comunidades que viven con realismo este tiempo de gracia?

Ante todo, la Iglesia tiene la clara conciencia de ser en este mundo la presencia inicial del Reino de Dios, pero ora y trabaja para que el Reino se manifieste en toda su plenitud. Por

eso cuanto más precaria se hace la seguridad de los hombres tanto más fuerte y responsable se hace la esperanza de la Iglesia y su misión. Con los textos del tiempo de Adviento -textos bíblicos arcaicos, textos eclesiales de rancio abolengo como las antifonas mayores o los himnos clásicos, textos de nueva composición como las intercesiones de Laudes y Vísperas- la Iglesia ora con realismo por toda la humana sociedad, necesitada de una salvación integral con la presencia del Señor. Hacemos nuestros los gemidos del Espíritu que brotan de la humana sociedad y de la creación, y los convertimos en oraciones de deseo y de esperanza, en fuertes imploraciones de salvación y de presencia.

La Iglesia, intérprete de la humanidad, sabe que el vacío del deseo crea espacios a la esperanza, y la conciencia de la necesidad de la redención abre las puertas al Mesías redentor. Por eso en este tiempo de Adviento, la Iglesia vive de forma intensa y concentrada las esperanzas del Antiguo Testamento, el deseo de las primeras comunidades cristianas; la oración es ya confesión de la necesidad de una venida y profesión esperanzadora de la certeza de que el Señor viene y que anticipa misteriosamente esta venida definitiva al mundo en los corazones de los fieles y en los espacios que la comunidad ofrece.

No es intimismo, sino realismo personalista, el poner el acento en la vivencia del Adviento como experiencia personal, interior, de espera y de vigilancia, en el momento presente de nuestra historia y de nuestro camino hacia la plenitud de la vida en Cristo.

El Cardenal H. J. Newman ha expresado muy bien el sentido personal del Adviento en una homilía de la que destacamos estas expresiones: "¿Sabéis lo que significa esperar a un amigo, esperar que llegue y ver que tarda? ¿Sabéis lo que significa estar en ansia cuando una cosa podría ocurrir y no acaece, o estar a la espera de algún acontecimiento importante que os hace latir el corazón cuando os lo recuerdan y al que pensáis cada mañana desde que abríis los ojos? ¿Sabéis lo que es tener un amigo lejos, esperar sus noticias y preguntaros cada día qué estará haciendo en ese momento o si se encontrará bien?... Velar en espera de Cristo es un sentimiento que se parece a todos estos, en la medida en que los sentimientos de este mundo pueden ser semejantes a los del otro mundo".

Salvación de Adviento. No es una palabra huera, cuando hay una experiencia viva. Se espera lo que se desea. Se desea aquello que se necesita. ¿Cómo podemos decir que esperamos al Señor si no lo deseamos, o que lo deseamos si no sentimos necesidad de su presencia? Sin deseo, no hay esperanza, sin necesidad no hay deseo. Y sin estas componentes de la espiritualidad del Adviento, la oración del deseo y de la esperanza pierde su verdad y su fuerza expresiva.

No hay Adviento donde no hay deseo y necesidad de presencia y de salvación. Por eso la materia prima del tiempo litúrgico de la espera y la esperanza, a nivel personal, es la invocación sentida y sincera de una nueva venida del Señor en nuestra vida personal, en ese momento del camino de nuestra experiencia eclesial. Lo ha expresado muy bien el anónimo autor de meditaciones evangélico-litúrgicas que firma "un monje de la Iglesia de Oriente" y que en realidad es el monje L. Guillet: "Quien espera a Cristo se ilumina y se dilata en cada instante. Se dilata porque lo vemos que tiende hacia su plenitud. Se ilumina porque la presencia de Cristo proyecta ya sobre él la luz de una venida todavía más perfecta. El vendrá, vendrá de nuevo. Vendrá siempre hasta el momento de su venida en la gloria. El ya ha venido. Viene a nosotros en cada instante. Cada instante no tiene otro valor que el de esta venida y esta presencia de Cristo que el momento presente nos trae".

Desde la experiencia personal, la oración universal de la Iglesia en Adviento referida a toda la humanidad, la evocación de las visiones lisonjeras de los profetas, pacifistas y pacificadores, el ansia de la venida del Mesías, dan a la espiritualidad del Adviento una dimensión también real y universalista. Este tiempo de la Iglesia celebra, afirma e implora con su oración la salvación de nuestro mundo y de nuestra historia. La Iglesia afirma en este tiempo, como le gustaba recordar a Teilhard de Chardin, que nuestro mundo y nuestra historia necesitan una salida, una salvación que no puede ser inmanente a la sociedad en que vivimos; tiene que venir de fuera, de Dios. Por eso el sabio jesuita con ardor poético y con una cierta inspiración mística y litúrgica apostrofaba a los cristianos con palabras que pueden ser también motivo de meditación litúrgica para este tiempo de Adviento: "Cristianos, encargados, después de Israel, de mantener viva en la tierra la llama del deseo. Apenas veinte siglos después de la Ascensión ¿qué hemos hecho de nuestra espera? Seguimos diciendo que estamos en vela en espera del Señor. Pero en realidad, si queremos ser sinceros, hemos de confesar que no esperamos nada. Hay que avivar la llama a cualquier precio. Hay que renovar a toda costa en nosotros la esperanza y el deseo de la venida del Señor".

Desde la perspectiva de un mundo que todavía espera al Mesías como Salvador de su propia historia, desde la experiencia comunitaria de una Iglesia que tiene que avivar el sentido de la espera y la llama de la esperanza, desde la propia experiencia de pobreza y de indigencia que hacen no superflua sino necesaria la presencia del Señor, podemos vivir el misterio del Adviento. Una acumulación de deseos, decía Teilhard de Chardin, hará explotar la Parusía del Señor.

Por eso la oración que resume la espiritualidad del Adviento, el *Marana-thá* puede ser el grito de la Iglesia que ansía, espera e invoca una nueva venida del Señor. Una oración que desde el corazón puede ir impregnando de liturgia cotidiana el trabajo de cada día. Y una oración coralmente celebrada en la Liturgia de las Horas y en la Eucaristía como expresión cabal de una Iglesia, Esposa en vela que anhela y espera al Esposo, mientras no deja de anunciar su venida a toda la humanidad.



Bicentenario de Don Bosco -espiritualidad-

La Misionariedad de Don Bosco -En el envío de la expedición misionera 2013-

Pascual Chávez, sdb

Agradezco este encuentro en una jornada que está en línea de continuidad con el 11 de noviembre de 1875, cuando Don Bosco envió la primera expedición misionera. Desde este punto de vista quisiera que nos pusiéramos en sintonía con lo que ha representado la inspiración de Don Bosco, su inspiración original, incluso porque el tema que me han propuesto es ofrecer la misionariedad de Don Bosco, la dimensión misionera de su vida y de su carisma, de su misión y, por tanto, el testamento espiritual que nos ha dejado. Este momento, además, nos ofrece la oportunidad de entender mejor la respuesta que estamos llamados a dar hoy, porque no cabe duda de que hoy existe una manera diferente de entender la misionariedad, de realizar la "misión ad gentes".

Yo, pues, os digo inmediatamente de donde provenía la misionariedad de Don Bosco, cuáles han sido las razones de su celo misionero.

Se trata de tres grandes elementos que deben ser un punto de referencia para todos nosotros.

El *primero* es el de *ser obedientes al mandato del Señor Jesús* que, en el momento de la Ascensión, antes de partir de este mundo al Padre, nos ha dicho "seréis mis testigos hasta los confines de la tierra" (*He 1,8*) Esto quiere decir que para nosotros creyentes, para nosotros Salesianos, FMA, miembros de la Familia Salesiana, jóvenes, la primera razón para ser misioneros es la obediencia al Señor Jesús. Desde esta perspectiva no debería ser algo extraordinario ser misionero. Sin embargo está siendo así, tanto que se piensa en ellos como

en héroes, cuando no hacen sencillamente más que lo que el Señor ha pedido hacer, ser sus testigos hasta los confines de la tierra, o sea, una tarea hasta el fin del mundo. Siempre hay, pues, espacio para la misión. Todos estamos llamados a ser misioneros, y éste es tiempo de ser misioneros, más que nunca.

El *segundo* elemento que está en la base de la gran dimensión misionera de Don Bosco es la *convicción del valor fermentador del Evangelio*, o sea, la convicción de que el Evangelio tiene la capacidad de hacer fermentar todas las culturas. En uno de los documentos más bellos de la Santa Sede, *La Evangelii Nuntiandi*, del 1975, Pablo VI ha dicho por una parte lo que es obvio, que el Evangelio se puede inculturar en todas las culturas, y es cierto que se puede expresar diversamente, según las culturas, pero que el Evangelio está llamado a no identificarse con ninguna cultura. Para entender por qué el Evangelio no puede identificarse con ninguna cultura basta mirar a la cruz. La cruz hace saltar por el aire la cultura hebrea, que cerrándose en sí misma, por no dejarse purificar y transformar por Jesús y por su Evangelio, afirme, como dice el Evangelio de Juan en el capítulo 19, versículo 6: "Nosotros tenemos una ley y según esta ley debe morir". La crucifixión pone en crisis las culturas en todo lo que hay de deshumano, en todo lo que no corresponde al designio de Dios sobre la dignidad de todas las personas, sean de la cultura que sean, o del sexo, raza, o color de la piel que sean. La cruz obliga a la cultura, a cualquier cultura, a revisarse: Por eso no existe evangelización si no se toca el nervio de la cultura, el alma de la cultura, los centros de decisión de la persona. Y un ejemplo lo hemos visto en lo que se ha sucedido en Ruanda y en Burundi, dos pueblos en los que el Evangelio ya había llegado hace siglos y que, apenas hace veinte años, han vivido un genocidio en el que se ha matado un millón de personas, la mayoría cristianos. Entonces ¿qué quiere decir esto? Que el Evangelio no había tocado el nervio de la cultura. Toda cultura es importante porque es el espacio donde las personas nacen, crecen, se desarrollan, aprenden a relacionarse, a afrontar la vida, pero la cultura tiene sus límites. Esta es la convicción de Don Bosco, la fuerza fermentadora del Evangelio capaz de asumir sí, pero al mismo tiempo de purificar y elevar las culturas. Dicho con otras palabras, todo el mundo tiene necesidad del Evangelio.

Cuando hablamos de misionariedad no estamos pensando sólo en Oceanía, en Asia, en África, en América latina, sino también en Europa. Esta cultura de Europa de hoy tiene tanta necesidad de ser evangelizada. Por eso es que, aunque no todos vais a ir a las misiones, sí todos debéis ser misioneros en donde os encontréis.

El *tercer* elemento que nos ocupa es muy específico de la misionariedad de Don Bosco y su *predilección por los jóvenes*, consciente de que ellos no cuentan en el tejido social de los pueblos, y parecen resignarse a ser sólo consumidores del producto experiencias y sensaciones, o espectadores de la historia, en vez de protagonistas. Esto, sin embargo, no corresponde al Evangelio, a la praxis de la idea de Jesús, que cuando se le pregunta "¿quién es el más importante?", llama a un niño y lo pone el centro. Lo cual quiere decir que los jóvenes, los niños y los adolescentes deben estar en el centro: este es uno de los elementos del patrimonio espiritual salesiano más rico que debemos llevar a todas las culturas donde vayamos, y donde los jóvenes no suelen contar.

Hemos comenzado este encuentro con la pregunta de si os ha gustado la película de Don Bosco que ha transmitido la RAI. A mí sí me ha gustado mucho, precisamente por esto, porque nos ha hecho ver a un hombre sensible a la realidad social, un hombre que ha visto en los muchachos pobres y abandonados la señal de Dios que le indicaba su misión, un hombre que debe tal vez abrir caminos nuevos como sacerdote, un hombre que no ha tenido otra razón

de vivir que los jóvenes; un hombre que ha descubierto que, aunque los jóvenes no cuentan para la sociedad, ellos son la porción más delicada y por eso necesitada de oportunidad, de recursos y de inversiones para su desarrollo; un hombre que ha sabido creer en ellos y ha apostado por su educación, con un estilo innovador, hecho de cercanía, confianza, amistad, amor, y que ha dado resultados maravillosos como lo demuestra el hecho de que los muchachos han sido los que han compartido con Don Bosco la pasión educativa y han prolongado su obra en la historia. ¡Los jóvenes no son sólo el futuro: son el presente!

Ahora trato de precisar cada uno de los tres elementos que he indicado.

La obediencia al mandato de Jesús: ser testigos de Cristo.

Tenemos que ser testigos de Cristo, para una Europa y para un mundo, de la esperanza, porque parece que ya no hay esperanza. Parece que hemos llegado a la conclusión de que es posible una trascendencia al infinito del sector económico y tecnológico, convencidos de la dignidad de los derechos, pero sin trascendencia, encerrados en una inmanencia sin futuro, condenados como Sísifo a llevar harta la cima de la montaña una pesada piedra sobre las espaldas sólo para experimentar que cuando se está por llegar a la cumbre, la piedra cae hasta el fondo y se debe volver a salir del punto de partida.

Estamos asistiendo al nacimiento y al desarrollo de una cultura sin futuro por falta de esperanza. Entonces ser cristianos quiere decir apostar por un mundo, por una Europa de la esperanza.

¿Qué significa esto? Juan Pablo II lo ha expresado con claridad meridiana, o sea, dar alma cristiana al proceso de integración de Europa. Y esto se resuelve no sólo reconociendo las raíces cristianas de la Europa del pasado, sino sobre todo con la presencia de cristianos que puedan testimoniar y decir qué significa ser cristianos en una Europa que ha decidido organizarse sin Dios, como los constructores de la torre de Babel en tu intento de llegar al cielo, con sus propias manos, como quien quiere quitar el cielo a Dios para ser ellos mismos Dios.

¿Qué significa ser cristianos capaces de poder dar alma cristiana a Europa? Significa construir un mundo acogedor. El mundo en el que vivimos no es nada acogedor. Baste ver el problema siempre más candente de los emigrantes, de los desplazados por las guerras y las guerrillas, de las víctimas de los desastres naturales pero también de las grandes locuras e injusticias; significa apostar por un mundo más solidario en un contexto de globalización en el que se privilegia el éxito individual, “to be the number one”; significa tener una manera diferente de concebir a la persona, a la comunidad, al tejido social, al mundo. Significa construir un mundo siempre más respetuoso de la diversidad. Por eso afirmaba que esta expedición misionera está en la línea de continuidad con la primera de Don Bosco del 1875, pero también diversa. Hoy ya no podemos imponer el Evangelio. Podemos sólo proponerlo pero no imponerlo. Hace nueve años, cuando me concedieron el doctorado honoris causa por la Universidad de Turín, se le concedió también al Profesor Romano Prodi, el cual en su lección magistral presentó su experiencia como Presidente de la Comisión Europea. Entre otras cosas nos dijo que, en su relación con las otras naciones, Europa no puede imponer la democracia en ninguna parte del mundo, sino simplemente proponerla. De la misma manera hoy tampoco se puede imponer el Evangelio, tenemos que ser respetuosos de la diversidad cultural, religiosa, y colaborar en la construcción de un mundo siempre más comprensivo, más tolerante.

Esto es lo que significa ser siempre obedientes al mandato de Cristo. Me parece importante tratar de dar contenido a esto, hacerlo programa educativo, programa pastoral, si no se convierte en un eslogan publicitario sin contenido.

El segundo punto, el del valor fermentador del Evangelio

Aquí quisiera hablar del problema de la globalización como se la entiende y vive en las esferas económicas, que implica ni más ni menos que el paso de mercados nacionales a internacionales, un fenómeno invasivo ya que, como lo constatamos por todas partes, se trata de un proceso de intercambio planetario que pone en conexión economía, finanza, naciones, culturas, valores, y religiones, casi homogeneizando todo. Resulta fácil entender e imaginar el influjo negativo de la globalización para los países pobres. De hecho se da un abuso de las poblaciones, un dominio de las multinacionales, el proteccionismo económico, la crisis y fragilidad de las economías, la exclusión de las minorías, y se podría continuar hasta denunciar los medios con los que millones de hombres y mujeres son humillados en su dignidad, atropellados en sus derechos.

Cierto, no condeno la globalización. Es una realidad humana, por tanto no es una fatalidad sino una oportunidad, que tiene también implicaciones positivas. La apertura de horizontes, el intercambio planetario de información, el conocimiento de la situación de pobreza y de explotación generalizado, la creación de centros culturales internacionales, la conciencia de solidaridad internacional y apertura a los intercambios estructurales. Pero ¿qué quiere decir que no es una fatalidad sino una oportunidad? Significa que debe ser gobernada políticamente, orientada positivamente en la dirección indicada anteriormente de la solidaridad universal. Juan Pablo II insistía en la necesidad de humanizar la globalización, de darle un rostro humano. Este es la apuesta real de la globalización que nos implica a todos y cuestiona sobre todo a las nuevas generaciones. Porque el significado más grande no es el económico, ni siquiera el social y político, sino el antropológico.

El desafío consiste, pues, en garantizar una globalización centrada en la persona que es el presupuesto de la globalización de la solidaridad, de la paz y de los derechos humanos. Sólo centrándola en la persona, en los jóvenes, en los adultos, en los discapacitados, en los emigrantes, o sea, partiendo de los últimos, la comunión entre los individuos y pueblos, puede ser valorada por encima de cualquier sistema, idea o ideología. Yo insisto en que el problema en el mundo no es la pobreza, sino la cultura imperante, o sea, un modo de pensar, de entender la persona humana, de organizar el tejido social, la relación internacional que favorece el individualismo, la avaricia, el egoísmo, el predominio del bien individual sobre el social, la exclusión, la segregación. Bajo este punto de vista no estoy convencido de que el problema del mundo a nivel internacional sea sólo “a new governance”, como postulan algunos, sino que se necesita “un nuevo orden internacional”. Hacen falta planes de acción, inversiones para crear nuevas oportunidades de trabajo, coraje para pasar del plano escolástico de pura instrucción a una planificación integral, conscientes de que la educación es una prioridad para superar la pobreza y cambiar la cultura.

La Unesco, en el preámbulo de su constitución, afirma que el crecimiento de una nación es necesario pero no suficiente y que el desarrollo político es indispensable pero no suficiente, que el verdadero *welfare* depende de la solidaridad intelectual y moral de la sociedad.

Es necesario tocar las culturas tan heridas por esta globalización, secuestrada por la economía, con la fuerza del Evangelio y de nuestra presencia educativa. Para globalizar la

solidaridad, la paz, los derechos humanos, es necesario apostar sobre todo por la educación de los jóvenes. Es nuestra oportunidad, como nunca, para nosotros Salesianos, HMA, Familia Salesiana, Voluntariado Salesiano. Es también necesario y urgente actuar porque los jóvenes son los más expuestos al riesgo, al poder injusto y malo, porque no tienen experiencia, ni preparación, son frágiles. Los jóvenes, con su presencia están llamados a enriquecer a los pueblos, las culturas, a transformarlas. Esta era la convicción de Don Bosco. Los jóvenes están llenos de vida nueva, llevan alegría y música a nuestros corazones.

Pues bien, ¿cómo ayudar a los jóvenes a superar los grandes problemas que afrontan, problemas del presentismo, del la fragmentación de su persona, de la ética del "autoservicio" sin valores absolutos? Repito: en este mundo globalizado necesitamos una nueva cultura: una cultura de la libertad responsable. Decía Víctor Flankl que así como en la costa Este de los Estados Unidos se había alzado la estatua de la libertad, enviada por Francia como regalo, en la costa Oeste debería erigirse la estatua de la responsabilidad. Necesitamos no sólo una cultura de los derechos sino una cultura de los deberes, una cultura de la libertad responsable al servicio de los otros que nos ayude a superar la lógica de poder, del individualismo prevalente. ¿Qué hace falta para crear esta nueva cultura? Implantar una cultura de la esencialidad contra el empobrecimiento general de los bienes materiales y espirituales. Una cultura del amor contra la de la idolatría del cuerpo y de la prostitución del espíritu a la que estamos asistiendo. Implica honestidad cultural para llamar a las cosas por su nombre, llamar malo a lo que es malo, bueno a lo que es bueno, denunciar sin miedo lo que es injusto, la violación de los derechos de los débiles sin demonizar o canonizar todo y a todos. Implica superar el culto al cuerpo (basta ver la horas que gastan los jóvenes y no sólo los jóvenes en actividad de body building e fitness) hasta convertirse en una idolatría. Me pregunto ¿de dónde sacaba Madre Teresa la luz para ver las necesidades de los más pobres y la energía para ir a su encuentro? No del "body building", sino del corazón. Está bien la salud y el cuidado del cuerpo, pero no se puede llegar a una corpolatría. Implica el coraje de ser solidarios, de compartir los propios bienes materiales y espirituales y luchar contra el desperdicio de las cosas, de la naturaleza, del lenguaje, del sufrimiento, de la alegría, del amor.

He aquí, queridos, lo que significa estar convencidos como Don Bosco del valor fermentador del Evangelio. Que debemos asumir todas las culturas pero también purificarlas y elevarlas.

Finalmente el tercer punto: la predilección por los jóvenes

¿Qué hay que hacer? Creer en la centralidad de los jóvenes, como ha dicho Jesús, que ha puesto al niño en el centro. Esto significa el respeto del derecho a la vida, la salvaguardia de la familia.

Comporta luchar contra el individualismo, el consumismo, el relativismo ético, la superficialidad. Implica más concretamente el cuidado de los emigrantes, aprender el diálogo intercultural, el apostar cada vez más por la educación, la formación y la ocupación, la tutela del matrimonio, y el compromiso por una ciudadanía mucho más activa. Tenemos que ser constructores de paz.

Quisiera terminar con una carta que he recibido el día antes de venir, una carta de un joven, Nino Baglieri, un joven que hizo la opción de ser Voluntario con Don Bosco, y que un accidente lo dejó parálítico desde la cabeza hasta los pies. Es una carta que escribió a los

jóvenes el 17 de julio de 2004, en ocasión de su profesión perpetua con la que se consagró enteramente al Señor aún clavado en la cama. Fijaos lo que escribe a los jóvenes:

Queridos jóvenes:

Ayudadme a alabar y dar gracias a Dios por todo lo que realiza en mi vida.

Me encuentro desde hace 36 años bajo el peso de la cruz, Jesús hace mi cruz ligera y suave, cambiando mi sufrimiento en alegría.

Estoy completamente paralizado, sólo puedo mover la cabeza, pero mi corazón está lleno de alegría y mucho valor para testimoniar al Señor por el mundo entero.

Él me hace caminar por el mundo a pesar de estar quieto en mi lecho, me hace abrazar al mundo aunque no puedo mover las manos.

Estoy contento de poder comunicaros la alegría del Señor; Jesús es la verdadera alegría y yo os invito a saborear su alegría, abrid vuestro corazón a su amor; Jesús es el compañero de la vida, el amigo fiel que no os deja jamás, él cuida de cada uno de vosotros, os lleva de la mano por los caminos de este mundo.

Creedme, el mundo no da la felicidad, huid de los vendedores de muerte, cuántos jóvenes se pierden por los caminos del mundo, la droga, el sexo, el poder, diversiones y placeres que os dejan vacíos, frustrados. Se va siempre buscando cosas que nos den alegría, pero se termina pronto y comienza otra búsqueda.

La verdadera alegría está dentro de vosotros, basta descubrirlo, Jesús es la verdadera alegría, dejaos guiar por su amor y todo será más fácil, él os ayuda a superar toda la dificultad de la vida, alimentaos de su palabra que es Luz para nuestros pasos, acercaos con frecuencia a los Sacramentos, especialmente a la confesión y a la comunión para tener fuerza y para ser auténticos cristianos, hijos de Dios.

Vuestro corazón necesita abrirse al Amor de la Caridad hacia los hermanos. Sed portadores de Paz, siempre prontos a perdonar todo y a todos. No os quedéis indiferentes ante los problemas de los hermanos, haceos cargo de su sufrimiento.

Don Bosco dijo que El HECHO DE QUE SEÁIS JÓVENES ES EL MOTIVO PARA QUE OS AME MUCHO.

Yo también os quiero, estoy cerca de vosotros con la oración y con mi ofrenda de sufrimiento; dad testimonio con vuestra vida del Amor de Dios a los demás jóvenes; debéis ser Luz, Fermento y Sal de la tierra; el Espíritu Santo os dará fuerza para ser sus testigos.

Todos somos llamados a la Santidad, no se excluye a nadie, depende de nosotros, de cómo damos nuestro "Sí" al Señor. Y si alguno siente en su corazón la voz del Señor que lo llama a seguirlo más de cerca, a una vida Consagrada, no tenga miedo de decir el propio "Sí", total, un sí a la vida.

María Auxiliadora sea vuestra guía que os lleve a Jesús, la Maestra y la Compañera de la vida. Os deseo todo bien; rogad por mí...

¡Aleluya!

Nino Baglieri

Don Pascual Chávez V., sdb
Roma – 16 de Septiembre de 2013



AÑO DE LA FE 2012 2013

Año de la fe

Solemnidad de Cristo Rey

-Homilía en la Clausura del Año de la Fe -

Papa Francisco

La solemnidad de Cristo Rey del Universo, coronación del año litúrgico, señala también la conclusión del Año de la Fe, convocado por el Papa Benedicto XVI, a quien recordamos ahora con afecto y reconocimiento por este don que nos ha dado. Con esa iniciativa providencial, nos ha dado la oportunidad de descubrir la belleza de ese camino de fe que comenzó el día de nuestro bautismo, que nos ha hecho hijos de Dios y hermanos en la Iglesia. Un camino que tiene como meta final el encuentro pleno con Dios, y en el que el Espíritu Santo nos purifica, eleva, santifica, para introducirnos en la felicidad que anhela nuestro corazón.

Dirijo también un saludo cordial y fraterno a los Patriarcas y Arzobispos Mayores de las Iglesias orientales católicas, aquí presentes. El saludo de paz que nos intercambiaremos quiere expresar sobre todo el reconocimiento del Obispo de Roma a estas Comunidades, que han confesado el nombre de Cristo con una fidelidad ejemplar, pagando con frecuencia un alto precio.

Del mismo modo, y por su medio, deseo dirigirme a todos los cristianos que viven en Tierra Santa, en Siria y en todo el Oriente, para que todos obtengan el don de la paz y la concordia.

Las lecturas bíblicas que se han proclamado tienen como hilo conductor la *centralidad de Cristo*. Cristo está en el centro, Cristo es el centro. Cristo centro de la creación, del pueblo y de la historia.

1. El apóstol Pablo, en la segunda lectura, tomada de la *carta a los Colosenses*, nos ofrece una visión muy profunda de la centralidad de Jesús. Nos lo presenta como el *Primogénito de toda la creación*: en él, por medio de él y en vista de él fueron creadas todas las cosas. Él es el centro de todo, es el principio: Jesucristo, el Señor. Dios le ha dado la plenitud, la totalidad, para que en él todas las cosas sean reconciliadas (cf. I, 12-20). Señor de la creación, Señor de la reconciliación.

Esta imagen nos ayuda a entender que Jesús es el centro de la creación; y así la actitud que se pide al creyente, que quiere ser tal, es la de reconocer y acoger en la vida esta centralidad de Jesucristo, en los pensamientos, las palabras y las obras. Y así nuestros pensamientos serán pensamientos *cristianos*, pensamientos de Cristo. Nuestras obras serán obras *cristianas*, obras de Cristo, nuestras palabras serán palabras *cristianas*, palabras de Cristo. En cambio, La pérdida de este centro, al sustituirlo por otra cosa cualquiera, solo provoca daños, tanto para el ambiente que nos rodea como para el hombre mismo.

2. Además de ser centro de la creación y centro de la reconciliación, Cristo es *centro del pueblo de Dios*. Y precisamente hoy está aquí, en el centro. Ahora está aquí en la Palabra, y estará aquí en el altar, vivo, presente, en medio de nosotros, su pueblo. Nos lo muestra la primera lectura, en la que se habla del día en que las tribus de Israel se acercaron a David y ante el Señor lo ungieron rey sobre todo Israel (cf. 2S 5, 1-3). En la búsqueda de la figura ideal del rey, estos hombres buscaban a Dios mismo: un Dios que fuera cercano, que aceptara acompañar al hombre en su camino, que se hiciese hermano suyo.

Cristo, descendiente del rey David, es precisamente el «hermano» *alrededor del cual se constituye el pueblo*, que cuida de su pueblo, de todos nosotros, a precio de su vida. En él somos uno; un único pueblo unido a él, compartimos un solo camino, un solo destino. Sólo en él, en él como centro, encontramos la identidad como pueblo.



3. Y, por último, Cristo es *el centro de la historia de la humanidad, y también el centro de la historia de todo hombre*. A él podemos referir las alegrías y las esperanzas, las tristezas y las angustias que entretengan nuestra vida. Cuando Jesús es el centro, incluso los momentos más oscuros de nuestra existencia se iluminan, y nos da esperanza, como le sucedió al buen ladrón en el Evangelio de hoy.

Mientras todos se dirigen a Jesús con desprecio -«Si tú eres el Cristo, el Mesías Rey, sálvate a ti mismo bajando de la cruz»- aquel hombre, que se ha equivocado en la vida pero se arrepiente, al final se agarra a Jesús crucificado implorando: «Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino» (Lc 23,42). Y Jesús le promete: «Hoy estarás conmigo en el paraíso» (v. 43): su Reino. Jesús sólo pronuncia la palabra del perdón, no la de la condena; y cuando el hombre encuentra el valor de pedir este perdón, el Señor no deja de atender una petición como esa. Hoy todos podemos pensar en nuestra historia, nuestro camino. Cada uno de nosotros tiene su historia; cada uno tiene también sus equivocaciones, sus pecados, sus momentos felices y sus momentos tristes. En este día, nos vendrá bien pensar en nuestra historia, y mirar a Jesús, y desde el corazón repetirle a menudo, pero con el corazón, en silencio, cada uno de nosotros: “Acuérdate de mí, Señor, ahora que estás en tu Reino. Jesús, acuérdate de mí, porque yo quiero ser bueno, quiero ser buena, pero me falta la fuerza, no puedo: soy pecador, soy pecadora. Pero, acuérdate de mí, Jesús. Tú puedes acordarte de mí porque tú estás en el centro, tú estás precisamente en tu Reino.” ¡Qué bien! Hagámoslo hoy todos, cada uno en su corazón, muchas veces. “Acuérdate de mí, Señor, tú que estás en el centro, tú que estas en tu Reino.”

La promesa de Jesús al buen ladrón nos da una gran esperanza: nos dice que la gracia de Dios es siempre más abundante que la plegaria que la ha pedido. El Señor siempre da más, es tan generoso, da siempre más de lo que se le pide: le pides que se acuerde de ti y te lleva a su Reino.

Jesús es el centro de nuestros deseos de gozo y salvación. Vayamos todos juntos por este camino.

(Algunas) claves de lectura

Exhortación Apostólica “Evangelii Gaudium” del Papa Francisco sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual

Intervención de Mons. Rino Fisichella

Presidente del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización

Evangelii gaudium: Exhortación Apostólica escrita bajo la luz de la alegría con el fin de redescubrir la fuente de la evangelización en el mundo contemporáneo. En esta expresión se podría resumir todo el contenido del nuevo documento que el Papa Francisco ofrece a la Iglesia para delinear los caminos del compromiso pastoral que la ocuparán en el futuro cercano. Una invitación a recuperar una visión profética y positiva de la realidad, sin por ello dejar de ver las dificultades. El Papa Francisco infunde valentía e invita a mirar hacia adelante no obstante el momento de crisis, haciendo una vez más de la cruz y de la resurrección de Cristo la "insignia de la victoria" (85).



En varias ocasiones el Papa Francisco hace referencia a las *Propositiones* del Sínodo de octubre de 2012, demostrando cuánto la contribución sinodal haya sido un importante punto de referencia para la redacción de la Exhortación. De todas maneras, el texto va más allá de la experiencia del Sínodo. El Papa imprime en estas páginas no solo su anterior experiencia pastoral, sino sobre todo su llamado a aprovechar el momento de gracia que la Iglesia está viviendo para emprender con fe, convicción y entusiasmo la nueva etapa del camino de evangelización. Continuando la enseñanza de la *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI, él coloca de nuevo al centro la persona de Jesucristo, el primer evangelizador, quien llama hoy a cada uno de nosotros a participar con él en la obra de salvación (12). "La acción misionera es el paradigma de cualquier obra de la Iglesia" (15) – afirma el Santo Padre –; por ello es necesario captar el tiempo favorable para vislumbrar y vivir la "nueva etapa" de la evangelización (17). Esta se articula en dos temáticas particulares las cuales marcan la estructura fundamental de la Exhortación. Por una parte, el Papa Francisco se dirige a las iglesias particulares para que, viviendo en primera persona los desafíos y las oportunidades propias de cada contexto cultural, estén en grado de proponer los aspectos peculiares de la nueva evangelización en sus países. Por otra, el Papa traza un denominador común que le permita a toda la Iglesia, y a

cada evangelizador en particular, reencontrar una metodología común para convencerse de que el compromiso de evangelización es siempre un camino participado, compartido y jamás aislado. Los siete puntos, recogidos en los cinco capítulos de la Exhortación, constituyen las columnas basales de la visión del Papa Francisco sobre la nueva evangelización: *la reforma de la Iglesia en salida misionera, las tentaciones de los agentes pastorales, la Iglesia entendida como totalidad del pueblo de Dios que evangeliza, la homilía y su preparación, la inclusión social de los pobres, la paz y el diálogo social, las motivaciones espirituales en el compromiso misionero*. El elemento que mantiene unidas estas temáticas se concentra en el amor misericordioso de Dios que sale al encuentro de cada persona para manifestar el corazón de su revelación: la vida de cada persona adquiere sentido en el encuentro con Jesucristo y en la alegría de compartir esta experiencia de amor con los demás (8).

Así entonces, el primer capítulo se desarrolla a la luz de la reforma de la Iglesia en clave misionera, llamada a "salir" de sí misma para encontrar a otros. Es la "dinámica del éxodo y del don de salir de sí, del caminar y del sembrar siempre de nuevo, siempre más" (21), lo que el Papa expresa en estas páginas. La Iglesia que debe hacer suya la "intimidad de Jesús que es una intimidad itinerante" (23). El Papa, como ya es habitual, profundiza sobre algunas expresiones impactantes y crea neologismos para hacer entender la naturaleza misma de la acción evangelizadora. Entre ellos, por ejemplo, "*primerear*"; esto quiere decir que Dios nos precede en el amor, indicando a la Iglesia el camino que debe seguir. Ella no se encuentra en una vía sin salida, sino que va tras las huellas mismas de Cristo (cfr. I Pt 2,21); por tanto, tiene la certeza acerca del camino que debe recorrer. Esto no le provoca miedo, sabe que debe "ir al encuentro, buscar a los alejados y llegar a los cruces de los caminos para invitar los excluidos. Vive un inagotable deseo de ofrecer misericordia" (24). Para que esto suceda, el Papa Francisco vuelve a proponer con vehemencia la exigencia de la "conversión pastoral". Esto significa pasar de una visión burocrática, estática y administrativa de la pastoral a una perspectiva misionera, mejor aún, a una pastoral en estado permanente de evangelización (25). En efecto, así como existen estructuras que facilitan y sostienen la pastoral misionera, lamentablemente también "hay estructuras eclesiales que pueden terminar condicionando el dinamismo evangelizador" (26). La presencia de prácticas pastorales anticuadas y rancias obliga entonces a la audacia de ser creativos para repensar la evangelización. En este sentido el Papa afirma: "Una individuación de los fines sin una adecuada búsqueda comunitaria de los medios para alcanzarlos está condenada a convertirse en mera fantasía" (33).

Es necesario, por tanto, "concentrarse en lo esencial" (35) y saber que solamente una dimensión sistemática, es decir, unitaria, progresiva y proporcionada de la fe puede ayudar verdaderamente. Esto implica para la Iglesia la capacidad de evidenciar la "jerarquía de las verdades" y su adecuada referencia con el corazón del Evangelio (37-39). Esto impide caer en el peligro de una presentación de la fe hecha solo a la luz de algunas cuestiones morales como si ellas pudieran prescindir de su relación con la centralidad del amor. Fuera de esta perspectiva, "el edificio moral de la Iglesia corre el riesgo de convertirse en un castillo de naipes, y este es nuestro mayor peligro" (39). Aparece entonces un fuerte reclamo del Papa para que se establezca un sano equilibrio entre el contenido de la fe y el lenguaje que lo expresa. Puede suceder, a veces, que la rigidez con la que se pretende conservar la precisión del lenguaje, vaya en detrimento del contenido, comprometiendo así la visión genuina de la fe (41).

Un pasaje realmente importante en este capítulo es el número 32, en el que el Papa Francisco muestra la urgencia de llevar a cabo algunas perspectivas del Vaticano II. En particular la tarea del ejercicio del Primado del Sucesor de Pedro y la de las Conferencias Episcopales. Ya Juan

Pablo II en *Ut unum sint*, había solicitado ayuda para comprender mejor los deberes del Papa en el diálogo ecuménico. Ahora el Papa Francisco continúa haciéndolo y entrevé que una forma de ayuda más concreta al respecto podría llegar si se desarrollase mayormente el estatuto de las Conferencias Episcopales. Otro pasaje de particular intensidad, por las consecuencias que tendrá en la pastoral, son los números 38-45: el corazón del Evangelio "se encarna en los límites del lenguaje humano". Es decir, la doctrina se aloja en la "jaula del lenguaje" – por usar una expresión muy querida por Wittgenstein –, lo cual implica la exigencia de un verdadero discernimiento entre la pobreza y los límites del lenguaje, con la riqueza – en ocasiones todavía desconocida – del contenido de la fe. El peligro de que en ocasiones la Iglesia pueda no considerar esta dinámica es real; puede suceder entonces que sobre algunas posiciones exista una cerrazón injustificada, con el consiguiente riesgo de esclerotizar el mensaje evangélico, haciendo que no se pueda percibir más la dinámica propia de su desarrollo.

El segundo capítulo está dedicado a acoger los desafíos del mundo contemporáneo y a superar las fáciles tentaciones que minan la nueva evangelización. En primer lugar, afirma el Papa, es necesario recuperar la propia identidad, sin esos complejos de inferioridad que conducen a "ocultar la propia identidad y las convicciones... [y] que terminan sofocando la alegría de la misión en una especie de obsesión por ser como todos los demás y por tener lo que los otros tienen" (79). Esto hace que los cristianos caigan en un "relativismo incluso más peligroso que el doctrinal" (80), porque termina corroyendo el estilo de vida de los creyentes. Sucede entonces que en muchas expresiones de nuestra pastoral las iniciativas resientan la pesadez, pues en el primer puesto se coloca la iniciativa y no la persona. Sostiene el Papa que la tentación de una "despersonalización de la persona" para favorecer la organización, es real y común. Del mismo modo, los desafíos de la nueva evangelización deberían ser asumidos más como una oportunidad para crecer y no como un motivo para caer en depresión. Hay que desterrar entonces "el sentido de la derrota" (85). Es necesario recuperar la relación interpersonal para que tenga el primado sobre la tecnología del encuentro hecho con el control remoto en mano, con el que se establece cómo, dónde, cuándo y por cuánto tiempo encontrar a los demás según las propias preferencias (88). De todas maneras, entre los múltiples desafíos, además de aquellos que son más corrientes y más recurrentes, es necesario individuar los que inciden de un modo más directo en la vida. El sentido de "precariedad cotidiana, con consecuencias funestas", las variadas formas de "disparidad social", el "fetichismo del dinero y la dictadura de una economía sin rostro", la "exasperación del consumo" y el "consumismo desenfrenado"... en fin, nos encontramos ante una "globalización de la indiferencia" y ante un "desprecio socarrón" en relación a la ética, en donde se pretende continuamente marginar cualquier reclamo crítico de frente al predominio del mercado que con su teoría de la "filtración de la riqueza", engaña acerca sobre la posibilidad real de favorecer a los pobres (cfr. nn. 52-64). Si la Iglesia aparece todavía con una gran credibilidad en tantos países del mundo, incluidos aquellos donde es minoría, esto se debe a su obra de caridad y solidaridad (65).

En la evangelización de nuestro tiempo, por tanto, especialmente ante los retos de las grandes "culturas urbanas" (71), los cristianos están invitados a escapar de dos expresiones que lesionan su misma naturaleza y que el Papa Francisco define en general como "mundanidad" (93). En primer lugar, la "fascinación del gnosticismo"; es decir, una fe cerrada en sí misma, en sus certezas doctrinales y que hace de sus propias experiencias el criterio de verdad para juzgar a los demás. Además, el "neopelagianismo autorreferencial y prometeico" de cuantos sostienen que la gracia es solo un accesorio mientras lo que crea progreso es

únicamente el propio empeño y las propias fuerzas. Todo esto contradice la evangelización. Crea una especie de "elitismo narcisista" que debe ser evitado (94). Qué cosa queremos ser, se pregunta el Papa, ¿"generales de ejércitos derrotados" o "simples soldados de un escuadrón que continua batallando"? el riesgo de una "Iglesia mundana detrás de telones espirituales o pastorales" (96), no es recóndito, sino real. Es preciso, entonces, no sucumbir a estas tentaciones, sino ofrecer el testimonio de la comunión (99). Esta se hace fuerte en la complementariedad. A partir de esta consideración, el Papa Francisco expone la exigencia de promover el laicado y la mujer; del compromiso con las vocaciones comenzando por los propios sacerdotes. Mirar la Iglesia con todos los avances realizados en estos decenios requiere evitar la mentalidad del poder y transformarla por aquella del servicio a la construcción unitaria de la Iglesia (102-108).

La evangelización es una tarea de todo el pueblo de Dios, ninguno está excluido. Ella no está reservada ni puede ser delegada a un grupo particular. Todos los bautizados están directamente involucrados en ella. El Papa Francisco explica, en el tercer capítulo de la Exhortación, cómo ella se puede desarrollar y las etapas que expresan su progreso. En primer lugar se detiene a evidenciar el "primado de la gracia" que obra sin descanso en la vida de cada evangelizador (112). Desarrolla, además, el tema del inmenso papel desempeñado por las diversas culturas en su proceso de inculturación del Evangelio, y previene sobre terminar cayendo en la "vanidosa sacralización de la propia cultura" (117). Luego indica el itinerario fundamental de la nueva evangelización en el encuentro interpersonal (127-129) y en el testimonio de vida (121). Finalmente, aboga por que la *piEDAD popular* sea valorizada, pues ella expresa la fe genuina de tantas personas que en este mundo dan un verdadero testimonio de la simplicidad del encuentro con el amor de Dios (122-126). Por último, el Papa hace una invitación a los teólogos para que estudien las mediaciones necesarias a fin de lograr una valorización de las distintas formas de evangelización (133), no sin antes considerar ampliamente el tema de la homilía como forma privilegiada de evangelización, la cual necesita una auténtica pasión y amor por la Palabra de Dios y por el pueblo que se nos ha confiado (135-158).

El cuarto capítulo está dedicado a la reflexión sobre la dimensión social de la evangelización. Un tema muy apreciado por el Papa Francisco porque "si esta dimensión no se explicita debidamente, se corre siempre el riesgo de desfigurar el significado auténtico e integral de la misión evangelizadora" (176). Es el grande tema del vínculo entre el anuncio del Evangelio y la promoción de la vida humana en todas sus expresiones. Una promoción integral de cada persona es lo que impide reducir la religión a un hecho privado, sin ninguna incidencia en la vida pública y social. Una "fe auténtica implica siempre un profundo deseo de cambiar el mundo" (183). A esta sección de la Exhortación pertenecen dos grandes temas. El Papa habla de ellos con particular pasión evangélica, consciente que determinarán el futuro de la humanidad: ante todo, "la inclusión social de los pobres"; además, "la paz y el diálogo social".

En lo que se refiere al primer punto, con la nueva evangelización la Iglesia siente como misión propia "colaborar para resolver las causas instrumentales de la pobreza y para promover el desarrollo integral de los pobres", como también la de "gestos simples y cotidianos de solidaridad de frente a miserias muy concretas" que cada día encontramos delante de nuestros ojos (188). Lo que emerge de estas densas páginas es una invitación a reconocer la "fuerza salvífica" que poseen los pobres y que debe ser puesta en el centro de la vida de la Iglesia mediante la nueva evangelización (198). De todas maneras, esto significa que es necesario, ante todo, redescubrir la atención, urgencia y conciencia de esta temática, mucho antes de cualquier experiencia concreta. La opción fundamental por los pobres que urge

realizar, sostiene el Papa Francisco, es principalmente, aunque no exclusivamente, una "atención espiritual" y "religiosa"; esta forma es prioritaria sobre cualquier otro modo de atención (200). Sobre estos temas la palabra del Papa es franca, dicha con parresia y sin circunlocuciones. Un "Pastor de una Iglesia sin fronteras" (210), no se puede permitir mirar hacia otro lado. Es por esto que mientras pide con fuerza considerar el tema de los migrantes, denuncia con igual claridad las nuevas formas de esclavitud: "¿Dónde está aquel que estás matando cada día en la pequeña fábrica clandestina, en la red de prostitución, en los niños que usas para la mendicidad, en aquel que debe trabajar a escondidas porque no está debidamente contratado? No aparentemos que aquí no pasa nada. Existen muchas complicidades" (211). Para evitar equívocos, el Papa defiende con la misma fuerza la vida humana desde su primer comienzo y la dignidad de todo ser viviente (213). En lo que concierne al segundo aspecto, el Papa propone cuatro principios que son como el denominador común para crecer en la paz y para su aplicación social concreta. Haciendo memoria, tal vez, de sus estudios sobre Romano Guardini, el Papa Francisco parece crear una *nueva oposición polar*; recuerda, en efecto, que el "el tiempo es superior al espacio", "la unidad prevalece sobre el conflicto", la "realidad es más importante que la idea" y que el "todo es superior a la parte". Estos principios se abren a la dimensión del diálogo como primera contribución para la paz y se extiende, a lo largo de la Exhortación, al ámbito de la ciencia, del ecumenismo y de las religiones no cristianas.

El último capítulo busca expresar el "espíritu de la nueva evangelización" (260). Este se desarrolla bajo el primado de la acción del Espíritu Santo que infunde siempre y de nuevo el impulso misionero, a partir de la vida de oración en la que la contemplación ocupa el puesto central (264). La Virgen María "estrella de la nueva evangelización" es presentada, al finalizar, como el icono de la genuina acción de anuncio y transmisión del Evangelio que la Iglesia está llamada a realizar en las próximas décadas, con gran entusiasmo e inmutable amor por el Señor Jesús.

"¡No nos dejemos robar la alegría de la evangelización!" (83). Es un lenguaje claro, inmediato, sin retórica ni subterfugios, el que escuchamos en esta Exhortación Apostólica. El Papa Francisco va al núcleo de los problemas que vive el hombre de hoy y que, de parte de la Iglesia, exigen mucho más que una simple presencia. A ella se la pide una diligente acción programática y una renovada praxis pastoral que manifieste su compromiso por la nueva evangelización. El Evangelio debe llegar a todos, sin ningún tipo de exclusión. Algunos, sin embargo, son privilegiados. Para evitar equívocos, el Papa Francisco presenta su orientación: "No tanto los amigos y los vecinos ricos, sino especialmente los pobres, los enfermos, aquellos que con frecuencia son despreciados y olvidados... no deben quedar dudas ni subsistir explicaciones que debiliten este mensaje tan claro" (48).

Como en otros momentos cruciales de la historia, también hoy la Iglesia siente la urgencia de afinar la mirada para cumplir la evangelización a la luz de la adoración; con una "mirada contemplativa" para continuar viendo los signos de la presencia de Dios. Signos de los tiempos no solo estimulantes, sino puestos como criterio para un testimonio eficaz (71). El Papa Francisco es el primero de todos en recordar el misterio central de nuestra fe: "No huyamos de la resurrección de Jesús, non nos demos por vencidos jamás, suceda lo que suceda" (3). A la postre, la que nos está indicando el Papa Francisco es la Iglesia que se hace compañera de camino de cuantos son nuestros contemporáneos en la búsqueda de Dios y en el deseo de verlo.

Intervención de Mons. Lorenzo Baldiseri

Secretario General del Sínodo de los Obispos



El documento *Gaudium Evangelii* (EG) del Santo Padre Francisco nace de la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos sobre "La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana" (2012), como un anuncio de alegría a los cristianos y a todos los discípulos y misioneros y a toda la humanidad. El Santo Padre ha tenido en sus manos las *Proposiciones* de los Padres sinodales, las hizo propias, reelaborándolas en modo personal, y escribió un documento de programático y

exhortativo, utilizando la fórmula de "Exhortación Apostólica", cuya centralidad es la *misionariedad*, a todo campo. Lo que llama la atención desde la primera página es la presentación gozosa del Evangelio – por esto *Evangelii Gaudium* – que se expresa incluso por la repetición, en todo el texto, de la palabra "alegría" hasta un máximo de 59 veces.

El Papa ha tenido en cuenta las *Proposiciones* citándolas 27 veces. Sobre esta base, a partir de las reflexiones de los Padres sinodales, desarrolla la Exhortación en un sólido marco doctrinal, fundado en referencias bíblicas y magisteriales, con una presentación temática de los diversos aspectos de la fe, en el que se afirman los principios y las doctrinas encarnadas en la vida. Este desarrollo se enriquece con referencias a los Padres de la Iglesia, entre ellos San Ireneo, San Ambrosio y San Agustín - por citar algunos - además se apoya en la contribución de los Maestros medievales, como el Beato Isaac de Stella, San Tomás de Aquino y Tomás de Kempis; entre los teólogos modernos aparecen el beato John Henry Newman, Henri De Lubac y Romano Guardini, y otros escritores, entre ellos Georges Bernanos.

En particular, hay que tener en cuenta, en el texto, de varias referencias a las Exhortaciones apostólicas como *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI (13 citas), y otras post-sinodales como la *Christifideles laici*, *Familiaris Consortio*, *Pastores dabo Vobis*, *Ecclesia in África*, *in Asia*, *in Oceanía*, *in América*, *in Medio Oriente*, *in Europa*; *Verbum Domini*. Además, está la atención dada a los pronunciamientos de las Conferencias Episcopales de América Latina, como los documentos de Puebla y Aparecida; a los de los Patriarcas Católicos de Oriente Medio en la XVI Asamblea, a los de las Conferencias Episcopales de la India, Estados Unidos, Francia, Brasil, Filipinas y el Congo.

El tema de la *sinodalidad* se introduce ya en la parte inicial que trata de "La transformación misionera de la Iglesia". En la perspectiva de la "Iglesia en salida" (n. 20) "de la salida de sí hacia el hermano" (n.º 179), el Santo Padre propone una "pastoral en conversión" de 360 grados, a partir de la parroquia (cf. n. 28), de las comunidades de base, movimientos y otras formas asociativas (cf. n. 29), de las Iglesias particulares (cf. n. 30), hasta "pensar en una conversión del papado" (n. 32). Se siente que desea incluir en esta "pastoral en conversión" una especial atención a la expresión colegial del ejercicio del primado; por lo tanto, dice, "también el papado y las estructuras centrales de la Iglesia universal, necesitan escuchar el llamado a una conversión pastoral" (n. 32).

Refiriéndose al Concilio Vaticano II, en analogía con las antiguas Iglesias patriarcales, el Santo Padre desea que las Conferencias Episcopales puedan "desarrollar una obra múltiple y fecunda a fin de que el afecto colegial tenga una aplicación concreta" (*Lumen Gentium*, n. 22, *Evangelium Gaudium*, n. 32). Esta expresión de sinodalidad ayudaría a atribuciones concretas acerca de la autoridad doctrinal y de gobierno (cf. n. 32). Bajo el punto de vista ecuménico - gracias también a la experiencia de la presencia en el Sínodo del Patriarcado de Constantinopla y del arzobispo de Canterbury (cf. n. 245.) -, la sinodalidad se expresa de un modo especial, ya que, a través del diálogo "con los hermanos ortodoxos, los católicos tenemos la posibilidad de aprender algo más sobre el sentido de la colegialidad episcopal y sobre su experiencia de la sinodalidad" (n. 246).

Otro elemento importante en este sentido está representado por la *recepción, en la Exhortación Apostólica - que es un documento de carácter universal -, de los estímulos pastorales procedentes de las diversas Iglesias locales de todo el mundo*. Esto significa mostrar el ejercicio de la colegialidad en acto. En este sentido, el énfasis dado por el Santo Padre a la salida misionera de la Iglesia a las periferias existenciales, a través de la conversión pastoral, proviene de su experiencia personal de Arzobispo de Buenos Aires y en cuanto está directamente involucrado en la redacción del documento de Aparecida (ver n. 25). A esta experiencia pastoral se debe también el gran espacio dedicado a la piedad popular, que en América Latina y el Caribe "los obispos llaman también "espiritualidad popular" o "mística popular". Se trata de una "verdadera espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos"" (n. 124).

Haciendo eco a una famosa definición de Santo Tomás, según la cual "la gracia supone la naturaleza", el Santo Padre, basándose en el documento de Puebla, acuñó la hermosa expresión: "La gracia supone la cultura, y el don de Dios se encarna en la cultura de quien lo recibe" (n. 115). Esta abierta apreciación de *las diferentes culturas* que se predisponen a la recepción del Evangelio, y lo informan con sus riquezas, lleva al Santo Padre a redimensionar las pretensiones de carácter absoluto de cualquier cultura, por lo que "no es indispensable imponer una determinada forma cultural, por más bella y antigua que sea, junto con la propuesta del Evangelio" (n. 117). En este sentido, "los Obispos de Oceanía han pedido que la Iglesia "desarrolle una comprensión y una presentación de la verdad de Cristo que arranque de las tradiciones y culturas de la región" (n. 118).

Otros temas se abordan con referencias precisas, procedentes de diferentes regiones del mundo. *El diálogo entre las religiones*, puesto en términos de apertura en la verdad y en el amor, es presentado por el texto del Papa, "en el primer lugar como una conversación sobre la vida humana o, simplemente, como proponen los obispos de la India, "estar abierto a ellos, compartiendo sus alegrías y sus penas" (n. 250). En relación al Islam "es indispensable la formación adecuada de los interlocutores, no sólo porque estén firme y gozosamente arraigados en su propia identidad, sino porque sean capaces de reconocer los valores de los demás, comprender las preocupaciones subyacentes a sus alegaciones y llevar a la luz las convicciones comunes. [...] Frente a episodios de fundamentalismo violento que nos preocupan, el afecto hacia los auténticos creyentes del Islam debe llevarnos a evitar generalizaciones odiosas, porque, como han enseñado los Patriarcas Católicos de Oriente Medio, "sabemos que el verdadero Islam y una adecuada interpretación del Corán se oponen a toda violencia" (n. 253).

Especialmente querida por el Santo Padre, por su urgencia en todo el mundo, es "*La dimensión social de la evangelización*", a la que dedica una parte sustancial del documento. La

experiencia latinoamericana y del Caribe de una Iglesia profundamente inmersa en la vida del pueblo ha llevado a una cuidadosa atención hacia los pobres, los marginados, los oprimidos, y ha despertado también una gran reflexión teológica, cuyas repercusiones han traspasado las fronteras, asumiendo rostros contextuales propios en las diversas áreas del mundo, que comparten la misma condición social (cf. n. 176 y ss.). En su exposición del tema, el Papa habla de la inclusión social de los pobres, que presenta como un grito por la justicia y la dignidad, que la Iglesia debe escuchar (cf. n. 186 y ss.). Están también en juego las causas estructurales de la pobreza. No se trata sólo de la pequeña solidaridad, sino de transformación estructural. "Un cambio en las estructuras sin generar nuevas convicciones y actitudes dará lugar a que esas mismas estructuras tarde o temprano, se vuelvan corruptas, pesadas e ineficaces" (n. 189). No se excluye tampoco el grito de pueblos enteros que reclaman sus derechos como naciones, a los cuales se les debe permitir "llegar a ser por sí mismos artífices de su destino" (PP. 15, EG, n. 189).

Por último, tratando de la relación entre el bien común y la paz social, el Papa afirma que "el anuncio de paz no es el de una paz negociada, sino la convicción de que la unidad del Espíritu armoniza todas las diversidades" (nº 230), porque el Espíritu Santo *ipse armonía est*.

Intervención de Mons. Claudio María Celli

Presidente del Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales

Se me ha pedido presentar este documento pontificio en relación a su dimensión comunicativa, sobre cómo y por qué la comunicación entra en la temática de la nueva evangelización. Mi intervención toma en cuenta dos puntos fundamentales.



I. El estilo del documento

Se trata de una Exhortación Apostólica y como tal tiene un estilo y un lenguaje propios. Me gustaría subrayar que el tono es coloquial con una característica propia de profunda inspiración pastoral.

Como dice Papa Francisco, "*deseo dirigirme a los fieles cristianos, invitarles a una nueva etapa evangelizadora*". Leyendo el texto se percibe que nos encontramos con un pastor que se pone en coloquio de meditación con sus fieles.

Destaca una característica propia: el Papa usa un lenguaje sereno, cordial, directo y en sintonía con el estilo con el que se ha manifestado estos meses de pontificado.

II. La forma en la que emerge el papel de la comunicación en esta nueva etapa evangelizadora, sobre todo porque el Papa quiere "*indicar la dirección en el camino de la Iglesia para los próximos años*".

Emerge sobre todo la conciencia del Papa acerca de lo que está aconteciendo en el mundo de hoy, especialmente en el campo de la salud, la educación y la comunicación. El Papa es consciente de los adelantos/logros obtenidos por el hombre en estos tres campos (n.52) y hace referencia a las evidentes innovaciones tecnológicas: "*Estamos en la era del conocimiento y la información, fuente de nuevas formas de un poder muchas veces anónimo.*" (n.52)

Sin duda se trata de progreso y de éxitos, sin embargo el Papa es totalmente consciente de que la sociedad de la información actual nos satura indiscriminadamente con datos, todos al mismo nivel y que terminan conduciéndonos a una tremenda superficialidad a la hora de plantear las cuestiones morales. Por consiguiente, se hace necesaria una educación que enseñe a pensar críticamente y que ofrezca un camino de maduración en valores. (n.64).

El documento reconoce que las mayores posibilidades de comunicación también pueden traducirse en amplias posibilidades de encuentro entre todos. De aquí la exigencia de descubrir y transmitir la mística de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos (n.87).

Emerge también la conciencia de que "*las nuevas culturas continúan gestándose en estas enormes geografías humanas en las que el cristiano ya no suele ser promotor o generador de sentido, sino que recibe de ellas otros lenguajes, símbolos, mensajes y paradigmas que ofrecen nuevas orientaciones de vida, frecuentemente en contraste con el Evangelio de*

Jesús." El Papa remarca asimismo que una *"cultura inédita late y se elabora en la ciudad"*. (n.73)

Tampoco falta una mención sobre la actitud de la cultura mediática en relación al mensaje de la Iglesia. En el número 79, el Papa subraya que *"la cultura mediática y algunos ambientes intelectuales, a veces, transmiten una marcada desconfianza hacia el mensaje de la Iglesia, y un cierto desencanto."*

Como era previsible, un amplio sector está dedicado al análisis de cómo el mensaje viene comunicado. No faltan algunas observaciones sobre este tema. El Papa es consciente de la velocidad de la comunicación moderna y de cómo, a veces, los medios de comunicación realizan una selección interesada de distintos contenidos. Por este motivo se corre el riesgo que el mensaje aparezca mutilado y reducido sólo a aspectos secundarios. Existe el riesgo que algunas cuestiones de la enseñanza moral de la Iglesia permanezcan fuera del contexto que les dan sentido, o que a veces el mensaje parezca identificarse con aquellos aspectos secundarios que no manifiestan el corazón auténtico del mensaje de Jesucristo.

Frente a estos riesgos, el Papa retiene conveniente ser realistas, es decir, no dar por supuesto que nuestros interlocutores conocen el trasfondo completo de lo que decimos o que pueden conectar nuestro discurso con el núcleo esencial del Evangelio que le otorga sentido, hermosura y atractivo. (n.34).

Por este motivo, el Papa subraya que *"una pastoral en clave misionera no se obsesiona por la transmisión desarticulada de una multitud de doctrinas que se intenta imponer a fuerza de insistencia."*(n.35)

El anuncio debe concentrarse en lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario. La propuesta se simplifica, sin perder por ello profundidad y verdad, y así se vuelve más contundente y radiante.

Se destina una amplia reflexión a un tema que personalmente es de mi interés; es decir, el tema del lenguaje. El Papa, refiriéndose a las enormes y rápidas transformaciones culturales actuales, nos recuerda que es necesario prestar *"una constante atención para intentar expresar las verdades de siempre en un lenguaje que permita advertir su permanente novedad."* (n.41).

A este propósito, el Papa recuerda que *"a veces, escuchando un lenguaje completamente ortodoxo, lo que los fieles reciben, debido al lenguaje que ellos utilizan y comprenden, es algo que no responde al verdadero Evangelio de Jesucristo"* y en este sentido subraya que *"con la santa intención de comunicarles la verdad sobre Dios y sobre el ser humano, en algunas ocasiones les damos un falso dios o un ideal humano que no es verdaderamente cristiano. De ese modo, somos fieles a una formulación, pero no entregamos la substancia"*. (n.41).

En efecto, el tema del lenguaje es una gran desafío para la Iglesia actual. Un desafío que debe ser acogido conscientemente y con decisión, con audacia y sabiduría como recordaba el papa Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi*.

El Papa Francisco, al mismo tiempo, remarca que *"nunca podremos convertir las enseñanzas de la Iglesia en algo fácilmente comprendido y felizmente valorado por todos. La fe siempre conserva un aspecto de cruz, alguna oscuridad que no le quita la firmeza de su adhesión."*(n.42) y nos recuerda a todos que *"hay cosas que sólo se comprenden y valoran desde esa adhesión que es hermana del amor, más allá de la claridad con que puedan percibirse las razones y argumentos."* (n.42).

Según lo que se ha expresado hasta aquí, emerge que *"la tarea evangelizadora se mueve entre los límites del lenguaje y de las circunstancias"* (n.45). Se procurará *"comunicar mejor la verdad del Evangelio en un contexto determinado, sin renunciar a la verdad, al bien y a la luz que pueda aportar cuando la perfección no es posible."* (n.45).

El Papa continúa: un corazón misionario *"nunca se repliega en sus seguridades, nunca opta por la rigidez autodefensiva."* (n.45). Él tiene la responsabilidad de crecer en la comprensión del Evangelio y en el discernimiento de los senderos del Espíritu, sin renunciar al bien posible, *"aunque corra el riesgo de mancharse con el barro del camino."* (n.45)

En este contexto el Papa - como era de esperarse - pone una particular atención en la homilía, y según lo que se ha expresado hasta aquí, reconoce que el problema no es solamente saber aquello que se debe decir, sino también prestar atención al "cómo"; es decir al modo concreto de desarrollar una predicación (n.157)

Conociendo el estilo comunicativo del Papa Francisco, no sorprende que, en este contexto, insista en el hecho de que uno de los esfuerzos más necesarios es de aprender a utilizar imágenes en la predicación, *"es decir a hablar con imágenes"* (n. 157) y precisamente en esta exhortación descubrimos que en el origen de su estilo comunicativo, se encuentra la enseñanza que un viejo maestro había dado al joven Bergoglio: una buena homilía debe contener *"una idea, un sentimiento, una imagen"*.

Continuando con el tema del lenguaje, el Papa recuerda que la simplicidad está relacionada con el lenguaje utilizado. Debe ser un lenguaje que los destinatarios puedan comprender para no correr el riesgo de hablar al vacío. (n.158)

En este sentido, el Papa subraya pastoralmente que *"el mayor riesgo para un predicador es acostumbrarse a su propio lenguaje y pensar que todos los demás lo usan y lo comprenden espontáneamente"*. (n. 158)

Por lo tanto, podríamos decir que el camino es el de la simplicidad, la claridad y la dimensión positiva. (n. 159) En efecto *"una predicación positiva siempre da esperanza, orienta hacia el futuro, no nos deja encerrados en la negatividad"*.

Quisiera poner el último énfasis de mi intervención en el tema de la belleza, *via pulchritudinis* (propositio 20, n. 267): *"Anunciar a Cristo significa mostrar que creer en Él y seguirlo no es sólo algo verdadero y justo, sino también bello, capaz de colmar la vida de un nuevo resplandor y de un gozo profundo"*. (n. 167)

Todas las expresiones de verdadera belleza - dice el Papa - pueden ser reconocidas como un sendero que ayuda a encontrarse con el Señor Jesús; el aprecio de la belleza es necesario para poder llegar al corazón humano y hacer resplandecer en él la verdad y la bondad del Resucitado. Se nos recuerda por tanto el uso del arte en la tarea evangelizadora de la Iglesia; y el Papa no duda en hablar de un nuevo *"lenguaje parábólico"*.

Culmino mi intervención con una ulterior cita de Papa Francisco que da sentido a nuestra actividad comunicativa en la Iglesia *"hay que atreverse a encontrar los nuevos signos, los nuevos símbolos, una nueva carne para la transmisión de la Palabra, las formas diversas de belleza que se valoran en diferentes ámbitos culturales"*.

Papa Francisco nos pone a todos delante ese desafío; y por lo que se refiere a nosotros se trata de un desafío que el Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales desea asumir en plenitud para responder positivamente.

